

Dani Collins

EL CASTIGO DEL SICILIANO

Bianca™

EL CASTIGO DEL SICILIANO

Dani Collins



Capítulo 1

CÓMO puede despedirme? ¡Si ni siquiera he empezado a trabajar!

Cameo Fagan trató de controlar el volumen de su voz para que no se oyera en el vestíbulo del hotel, pero no pudo disimular el pánico en su tono. Había dejado su puesto en otro hotel y, lo que era peor, su apartamento.

–Técnicamente, se ha retirado la oferta de empleo –se apresuró a decir Karen, llamándola a la calma con la mano.

Era la directora de Recursos Humanos de la cadena canadiense de hoteles Tabor. Una amiga común las había puesto en contacto seis meses antes, cuando las obras de reforma de aquel establecimiento en Whistler estaban en pleno apogeo. El Tabor iba a inaugurarse el siguiente lunes con una gala previa a su apertura oficial en dos semanas.

Karen y ella habían congeniado enseguida. Prácticamente la había contratado en el momento.

–Pero… –dijo Cami señalando hacia el estrecho pasillo que había detrás de la recepción–. Iba a mudarme este fin de semana.

Aquel pasillo conducía a las oficinas y a las sencillas y cómodas habitaciones que ocupaban los empleados en el sótano del hotel.

Karen le dirigió una mirada de impotencia. Sabía tan bien como Cami que era imposible encontrar apartamentos disponibles en Whistler, y menos aún con tan poco tiempo.

–No ha sido decisión mía, lo siento.

–¿De quién ha sido? Porque no lo entiendo.

«No llores», se dijo.

Cada vez que empezaba a irle bien, el destino se empeñaba en ponerle la zancadilla.

Karen echó una ojeada alrededor del vestíbulo en donde unos obreros daban los últimos retoques a la repisa de la chimenea.

–Todavía no se ha anunciado –dijo Karen bajando aún más la voz–, pero el Tabor acaba de ser comprado por una empresa italiana.

Alzó la mirada al mural del techo, uno de los muchos detalles que se habían llevado a cabo con la reforma. Aquel lujo era el motivo por el que Cami había renunciado a un buen puesto de trabajo y había decidido arriesgarse. Sin embargo, en aquel momento sentía el estómago encogido. ¿Sería siciliana la empresa que había comprado el Tabor?

–¿Sabes si los nuevos dueños van a ofertar puestos?

Karen dejó caer los hombros y se removió incómoda.

–Es a ti a quien no quieren.

Las referencias de Cami eran buenas y su dedicación al trabajo era muy alabada. En todo se esforzaba al máximo.

–¿A mí? ¿Acaso piensan que soy demasiado joven?

–Lo siento mucho, de verdad. Yo tampoco lo entiendo. Mandé la lista con las nuevas contrataciones y tu nombre fue el único que tachó.

–¿Quién?

Cami no se podía creer que todavía siguiera bajo el influjo de los Gallo. Se le encogió el corazón. El ascensor anunció su llegada y Karen miró hacia las puertas.

–Él: Dante Gallo.

No hizo falta que Cami le preguntara a qué hombre se refería. A pesar de que todo el grupo vestía atuendo formal, uno de ellos destacaba por el estilo y aplomo con el que llevaba su traje hecho a medida. Tenía el pelo muy corto y una incipiente barba ensombrecía sus mejillas. Su gesto adusto y su mirada penetrante le daban un aire distante. Era guapo y atractivo. Parecía la clase de hombre acostumbrado a salirse con la suya, poderoso y seguro de sí mismo.

Cami estaba asustada. Tenía una extraña sensación en el estómago, una mezcla de sensualidad y nerviosismo, que se intensificó cuando su mirada depredadora se posó en ella como la de un halcón sobre su presa. Los latidos de su corazón se aceleraron.

Todo se detuvo a su alrededor cuando sus ojos se encontraron. Su visión se volvió borrosa y dejó de respirar. Una sensación tan antigua como la vida misma despertó en su interior.

Aquel temblor interno se expandió. Una sensual calidez se apoderó de ella de un modo que no había experimentado nunca. Trató de convencerse de que aquella chispa que había saltado entre ellos se debía a su inesperado encuentro y al anticipo de un enfrentamiento. Alguna vez había buscado información sobre él en Internet y en muchas ocasiones se había imaginado charlando cara

a cara con él. Por fin iba a tener la oportunidad.

Desde luego que no podía ser deseo lo que sentía entre los muslos.

Trató de recuperar el control y el arrojo. Esa vez, no se dejaría avasallar. Quizá tuviera motivos para estar enfadado con su padre, pero aquella rencilla ya duraba demasiado. ¿De veras pensaba que podía destruirla solo por su apellido?

Mientras sus latidos resonaban en sus oídos, esperó ver algo en su expresión que indicara que él también la había reconocido. Pero no se produjo y se lo tomó como un insulto a la vez que una ofensa. La confianza en sí misma comenzó a flaquearle. Se sentía vulnerable.

Entonces se dio cuenta de que su mirada denotaba cierto interés.

El cosquilleo de su piel fue tornándose en un fuego que se extendió por todo su cuerpo, recordándole con sus llamas que, después de todo, formaba parte de la especie humana. Le gustaba observar a la gente y siempre le había intrigado la forma en que las personas se emparejaban. Le causaba perplejidad porque nunca había sentido un impulso tan fuerte y repentino. Se trataba de una atracción imposible de ocultar.

Y eso era precisamente lo que le estaba pasando en aquel momento. Un primitivo magnetismo animal se había apoderado de ella, sorprendiéndola con una fuerza que escapaba a su voluntad. Le resultaba mortificante, ya que era ella la que estaba dando el espectáculo ante Karen y ante cualquiera que se fijase. Estaba enviando señales equívocas con su mirada encandilada y atónita, pero era incapaz de despegar la vista de él.

Una sensación de indefensión la invadió. Aquella reacción no le agradaba. No estaba preparada para la virilidad que irradiaba y que tan femenina le hacía sentirse. Instintivamente, se irguió corrigiendo su postura y metió el estómago.

Aquella reacción le perturbaba tanto como él, provocándole una timidez que hizo que le ardieran las mejillas.

Los nervios, tenían que ser los nervios. Quizá fuera el resentimiento, la frustración por haber perdido el trabajo en el que había puesto todas sus esperanzas para salir adelante. Todo por culpa de él, se recordó, y aprovechó aquella animosidad para tratar de superar esa abrumadora sensación. Tal vez fuera ella responsable en parte de su hostilidad, pero había intentado por todos los medios arreglar las cosas. Ya estaba bien.

Decidida, avanzó en dirección a aquel depredador que parecía a punto de saltar. Se le veía demasiado poderoso y fiero, demasiado

hambriento, e ignoró la adrenalina y la excitación que corrían por sus venas.

Él esbozó una sonrisa de suficiencia al verla acercarse.

–Señor Gallo, ¿puedo hablar con usted?

Desde niño, nadie le había hablado en un tono tan imperativo. Aquello exasperó a Dante, pero evitó reafirmar con palabras su autoridad.

Aquella morena de piel clara, tenía un cuerpo de infarto y unos labios con forma de pétalos cuya sonrisa resultaba tan ingenua como traviesa. Se movía con la gracia de una bailarina y era tan osada como para atreverse a mirarlo directamente a los ojos sin inmutarse.

De repente sintió un incontrolable deseo de hacerla suya y se sintió perturbado. Tenía un impulso sexual saludable, muy saludable, pero sabía cómo contenerlo y disfrutar de él en su tiempo libre.

Sin embargo, con aquella mujer el cerebro le había dejado de funcionar y se le había disparado la libido. ¿Por qué? Se quedó observándola buscando lo que la hacía diferente. Llevaba ropa discreta, pero bien elegida para resaltar su figura. Sus pechos generosos y firmes se balanceaban ligeramente y se preguntó si llevaría sujetador. Sus caderas redondeadas prometían un buen trasero.

El color ciruela de su chaqueta contrastaba con una fina línea blanca en la base del cuello que parecía una cicatriz. Un sentimiento protector lo asaltó y sintió el impulso de apartarle su densa y oscura melena y besarla en aquel punto.

Un deseo intenso y cálido se extendió desde su vientre al imaginarse todos los besos y caricias con los que la agasajaría hasta sumirse en las garras del placer. Le gustaba cómo las ondas de su pelo caían en cascada y se movían al ritmo de sus pasos. Se moría por hundir las manos en aquellos mechones sedosos y sujetarla para darle un beso que encendiera…

Maldita fuera. Iba a tener que ahuecarse el pantalón para que no se adivinara el bulto de su entrepierna. No era más que una mujer y nunca había tenido problemas para conseguir a todas las que había querido. Estaba allí por trabajo y por dar gusto a su abuela, no para divertirse. Toda su vida giraba en torno a la responsabilidad y al deber que le debía a su familia. No podía permitirse pensar en sí mismo. No lo había hecho desde su juventud, cuando persiguiendo

sus sueños había estado a punto de arruinar a toda la familia.

Aun así, por primera vez en mucho tiempo, estaba ante algo que deseaba solo para él. No la veía como un objeto, aunque la idea de poseer a una mujer despertaba su instinto más primitivo. Cuando se detuvo ante él, la atracción entre ellos era demasiado real para ignorarla.

Clavó la vista en ella y trató de comprender por qué su físico lo había impactado tanto. Las mujeres que solían interesarle llevaban capas y capas de maquillaje para resaltar sus rasgos y lo provocaban con sus sonrisas seductoras. Eran sofisticadas a la vez que complacientes.

La suya era una belleza natural, con bonitas cejas arqueadas y nariz respingona. La frescura de su rostro le daba un aspecto inocente. Sus ojos eran de color avellana, una explosión de tonos marrones dentro de un círculo gris verdoso.

¿Cuándo había mirado tan de cerca a alguien a los ojos? Un torbellino de emociones se adivinaba en su mirada valiente y retadora.

Sintió ganas de reírse. Pocas personas conseguían ya desafiarlo o emocionarlo.

–Vayamos a mi despacho –dijo señalando el que sería el despacho del director.

Habían hecho aquella inversión después de asegurarse de que daría beneficios. Arturo, su primo, era el que solía encargarse de las operaciones de adquisición. Sin embargo, esa vez su abuela se había empeñado en acompañarlos y habían tenido que alterar sus agendas. Dante no se había cuestionado los motivos y había decidido aprovechar la oportunidad para pasar unos días con la mujer que lo había criado. Por la hora que era, debía de estar a punto de llegar para conocer el lugar y disfrutar de una agradable comida. Aunque tenía muchas cosas que hacer, en aquel momento toda su atención estaba puesta en aquella joven tan atractiva.

–Creo que no nos conocemos –dijo cerrando la puerta.

Luego le tendió la mano, deseando sentir la suya. Ella alzó la barbilla y se la estrechó con firmeza, lo que le sorprendió. Deseó aferrarse a aquella mano, tirar de ella y dejarse llevar por lo inevitable.

–Soy Cameo Fagan, su nueva directora.

Su nombre resonó en su cabeza. Todas las posibilidades de una relación con ella se desvanecieron. En un abrir y cerrar de ojos, viajó diez años atrás. Estaba viendo a la competencia anunciar un coche sin conductor muy parecido al que había estado

desarrollando. Todo el tiempo y el dinero que había empleado para nada. Aquel fracaso había sido el factor desencadenante de la muerte de su abuelo, cuyo corazón no había podido resistirlo. Dante se había encontrado con un enorme agujero en la economía familiar, un puñado de parientes dependientes de él y el amargo sabor de una traición.

Dante retiró su mano y esperó en vano que su impulso sexual se desvaneciera. Su parte animal se negaba a dejarse arrinconar. Su libido quería tenerla, pero su cabeza la rehuía. ¿Cómo podía sentirse atraído por una Fagan?

–No debería estar aquí.

Lo había dejado muy claro después de ver su nombre en la lista de nuevas contrataciones. Un correo electrónico a su oficina de Milán le había confirmado que era hija de Stephen Fagan, el hombre que lo había traicionado, y no estaba dispuesto a confiar en nadie más de esa familia.

Buscó el pomo de la puerta dispuesto a echarla. Ella no se movió de su sitio y se cruzó de brazos.

–No sé cómo funcionan las cosas en Italia, pero esto es Canadá. Aquí hay leyes contra el despido improcedente.

Dante dejó la puerta cerrada y la contrariedad dio paso a la ira. Lo había asaltado un deseo irrefrenable. Nunca antes había conocido a nadie que le despertara una atracción tan abrasadora y se esforzó en mantener un tono de voz gélido.

–Italia tiene leyes contra los ladrones y la mayoría de ellos acaban en la cárcel. Aunque parece ser que algunos logran escapar a Canadá antes de ser condenados. Quizá debería ponerlo en conocimiento de su país.

Cami contuvo la respiración y se le aceleró el pulso. Su mirada ardiente brilló. ¿Lágrimas? ¡Ja!

–Se lo estoy devolviendo –dijo entre dientes–. Claro que si me quedo sin trabajo no podré seguir haciéndolo, ¿verdad?

–Aunque eso fuera cierto, no tiene sentido que sea yo el que le proporcione un dinero con el que luego va a pagarme lo que me debe, ¿no le parece? ¿Qué gano de esa manera?

–¿Qué quiere decir con «aunque eso fuera cierto»? –preguntó ella apretando los puños.

–Aunque se hubiera fijado una indemnización por las ganancias que habría obtenido del diseño de un vehículo de conducción autónoma, nunca he recibido nada de nadie, así que…

–Entonces, ¿dónde ha ido a parar?

El tono agudo de su voz abrió en él un resquicio de duda y a

punto estuvo de dejarse convencer por su indignación. Pero no podía olvidar que era una Fagan, una familia capaz de cualquier cosa.

Sacudió la cabeza para apartar aquel momento de duda. La traición siempre era precedida por la confianza. No, no podía ni debía confiar en ella.

–No pretenda hacerme creer que su padre ha intentado compensarme. Ni lo ha hecho ni puede hacerlo.

–Por supuesto que no puede hacerlo –replicó ella frunciendo el ceño–. Está muerto.

Dante no había vuelto a saber nada del hombre que le había hecho perder una fortuna y le había complicado la vida a su familia, dejándolo en una posición muy vulnerable.

–Vaya, estupendo –dijo furioso.

Aquellas palabras no habían sido acertadas. Lo supo mucho antes de ver cómo palidecía. Sus labios se tensaron al intentar mantener la compostura y su mirada dolida se tornó tan oscura que tuvo que apartar la vista.

–Me acaba de hacer un favor –dijo ella con voz aguda–. Prefiero morirme de hambre que trabajar para alguien capaz de decir algo así.

Fue a abrir la puerta, pero Dante seguía teniendo la mano en el pomo. El calor de su cuerpo se unió al de él y lo envolvió con su perfume de flores, aturdiéndolo.

–Déjeme salir.

Más que oír sus palabras, las leyó en sus labios. El encuentro había sido tan intenso, tan rápido, que todo le daba vueltas. No sabía si era vencedor o vencido. Fuera como fuese, todavía no había acabado.

Dante sintió unos dedos fríos rozando su mano, seguido de un codazo en las costillas antes de que ella girara el pomo y abriera la puerta. Su cuerpo a punto estuvo de tocar el suyo, y de repente se encontró mirándole el trasero, mucho más espectacular de lo que se había imaginado. Se había escapado.

Cerró la puerta de golpe, tratando de dar igualmente portazo a aquel deseo imposible que sentía por ella.

No había razón para sentirse culpable. El mal que el padre de aquella mujer le había causado había sido malintencionado y de gran alcance. Dante había sido tan estúpido como para retirar los cargos a cambio de la admisión de su culpabilidad y la promesa de una indemnización, dejando que el hombre escapara porque, en aquel momento, su vida se estaba derrumbando. La súbita muerte

de su abuelo había supuesto para Dante dejar de lado todos sus sueños y hacerse cargo de los complejos negocios de la familia. Sus intereses iban desde viñedos a hoteles, pasando por transportes y operaciones de exportación e importación.

Todo aquello había peligrado por la pérdida del capital que su abuelo le había concedido para hacer realidad su sueño de diseñar un vehículo de conducción autónoma. A aquel descalabro económico había seguido toda una década de esfuerzos para mantener la estabilidad y volver a la cima, una razón más por la que quería dedicar tiempo a su abuela. No le había prestado la suficiente atención mientras trabajaba para recuperar lo que ella y su marido habían construido.

Cameo Fagan debía de estarle agradecida por haberse negado a contratarla. Aun así, no podía quitarse de la cabeza su gesto de disgusto y eso lo enfurecía.

Alguien llamó a la puerta. Farfulló que no quería que lo molestaran y echó el pestillo.

Cami temblaba tanto que apenas podía caminar. Respiraba entrecortadamente, con jadeos ahogados y descontrolados.

Su cabeza le decía que se fuera, pero las lágrimas de dolor y rabia apenas le dejaban ver. ¿De veras había dicho «estupendo»? ¡Qué imbécil!

Estaba tan absorta en su angustia que apenas reparó en el hilo de voz de la anciana que estaba sentada en un banco, a media manzana de la entrada del Tabor.

–*Pi fauri.*

A pesar de su estado de agitación, Cami se detuvo, se secó las mejillas y trató de recomponerse.

–¿Qué pasa?

–*Ajuti, pi fauri.*

Cami conocía un puñado de palabras en otros idiomas debido a su trabajo con los clientes extranjeros que visitaban Whistler. Aun así, no le cupo ninguna duda de que la mujer pedía ayuda al verla levantar débilmente la mano.

–Lo siento. *Qu´est-ce que c´est?*

No, eso era francés y aquella mujer parecía que hablaba… ¿italiano, tal vez?

–*Che cos'è?*

La mujer murmuró algo incomprensible, pero Cami creyó entender una palabra: *«malatu».* Enferma. Se sentó a su lado y se dio

cuenta de que se había llevado la mano al pecho y le costaba hablar.

–Voy a llamar a una ambulancia para que la lleven al hospital –dijo Cami sacando su móvil–. *Ambulanza. Ospedale.*

Era habitual oír aquellas palabras en las competiciones de los Alpes.

Podía haber vuelto al Tabor y haberle pedido a Karen que llamara, pero había hecho un curso en primeros auxilios y sabía cómo actuar. La anciana estaba consciente, aunque asustada y muy pálida. Cami le tomó el pulso y trató de tranquilizarla mientras le facilitaba información a la operadora. Con el permiso de la anciana, revisó su bolso y pudo facilitar su nombre y la medicación que estaba tomando.

–¿Está de viaje con familiares? ¿Quiere que llame a su hotel para dejar un mensaje?

Bernadetta Ferrante señaló al Tabor y Cami no pudo evitar estremecerse. Tenía un presentimiento, aunque no tenía sentido. Dante Gallo no parecía viajar con compañía. Bernadetta podía ser familiar de cualquiera que se estuviera hospedando allí.

Le pidió a un transeúnte que se acercara al hotel y que avisara a los acompañantes de Bernadetta. Luego, señaló al cielo al oír la sirena.

–*Ambulanza* –dijo de nuevo–. Enseguida estarán aquí.

Bernadetta asintió y sonrió débilmente, aferrándose a la mano de Cami.

–¿Qué demonios ha pasado?

Una fuerte voz masculina las sobresaltó.

Cami cerró los ojos. Era él. ¿Qué probabilidades había de toparse dos veces seguidas con él?

Bernadetta alzó una mano, con gesto de angustia.

–*Non tu, noni* –dijo Dante suavemente, antes de volverse a Cami con un tono de voz más áspero–. Estoy hablando con ella.

La ambulancia llegó en aquel instante. Cami se quedó el tiempo necesario para asegurarse de que no necesitaban nada de ella, y luego se escabulló. Bernadetta respiraba con la ayuda de una máscara de oxígeno y tenía mejor aspecto. Dante se había ido a buscar su coche para seguirla hasta el hospital.

Cami siguió caminando bajo la fina lluvia primaveral hasta la siguiente parada de autobús, deseando perder de vista a aquel hombre. Al menos, aquella situación la había sacado de su ensimismamiento. Las lágrimas no servían para nada. Lo que necesitaba era un nuevo plan. Mientras esperaba el autobús, mandó

un mensaje a su hermano.

Me he quedado sin trabajo. ¿Puedo dormir en tu sofá?

Capítulo 2

HACER galletas era el antídoto perfecto tras una noche de autocompasión y una mañana cargando cajas de un lado para otro. Así daría cuenta de lo que le quedaba en la despensa y tendría un detalle de agradecimiento con la vecina.

Al oír que llamaban, se imaginó que sería Sharma, del otro extremo del pasillo. Cuando abrió la puerta, se le heló la sonrisa en los labios.

–Qué demonios…

No era Sharma, era él.

Dante Gallo estaba en su puerta, cual ángel vengador, con una camisa azul salpicada de gotas de lluvia y pegada a sus anchos hombros por la humedad. Transmitía un lujo discreto. En sus pantalones a medida una raya impecable acababa sobre unos brillantes zapatos de piel, probablemente italianos.

Deseaba odiarlo y sentir repulsa por él. Quería cerrarle la puerta en las narices, pero a pesar de que la ira se había vuelto a apoderar de ella, era incapaz de resistirse a aquel magnetismo que proyectaba. Una fuerte tensión la invadió. Se le tensaron los pezones y aquel calor traicionero de su vientre se extendió por la parte interna de sus muslos, provocándole un cosquilleo.

Mujer. Hombre. ¿Cómo era posible que aquella distinción se hiciera tan visceral con él? Todo parecía afectarle más. Estaba abrumada.

Se sentía ansiosa, necesitada y expectante. Se odiaba por ello y estaba sufriendo un arrebato de angustia mientras la recorría con sus ojos depredadores, despojándola de lo poco que llevaba. El horno había caldeado su diminuto apartamento hasta alcanzar una temperatura casi tropical, así que se había puesto una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos. Metió la barriga al sentir su mirada.

Se quedó observándolo, buscando algo que decir con la idea de traspasar su caparazón, pero no parecía sentir nada más que

desprecio. Aquel examen le resultó doloroso y le dejó la sensación de estar indefensa y en desventaja. Se sentía rechazada y no pudo evitar una quemazón desde el fondo de la garganta a la boca del estómago.

Debería haberle cerrado la puerta en las narices. Justo en aquel momento sonó la alarma del temporizador y se sobresaltó. Con los sentimientos a flor de piel, volvió al horno, sacó la última tanda de galletas y dejó bruscamente la bandeja encima de los fogones.

Se quitó la manopla y se pasó la palma de la mano por la ceja. ¿Qué estaba haciendo allí? Bastante incómodo había sido su encuentro del día anterior. No necesitaba que invadiera su espacio personal, que la juzgara y la menospreciara.

Apagó el horno y al volverse, lo vio cerrando la puerta como si lo hubiese invitado a pasar. Se quedó junto a la puerta, dejándola acorralada en la pequeña cocina en forma de herradura.

Su corazón empezó a latir con más fuerza, pero no de miedo, sino de excitación. ¿Cómo podía alegrarse de volver a verlo? ¿Cómo podía olvidarse del pasado? Era una persona cruel e insensible. Lo odiaba, de veras lo odiaba.

No le preguntó cómo había conseguido entrar en el edificio. No era la única que se mudaba ese fin de semana. La entrada principal había estado abierta durante todo el tiempo que había estado bajando cajas al coche de Sharma para llevarlas al trastero que había alquilado.

–No es bienvenido en esta casa –dijo dejando las manoplas a un lado.

Dante volvió a fijar la vista en ella después de recorrer con la mirada el apartamento, que ya estaba prácticamente vacío. Parecía algo cansado, aunque no sería ella quien le habría quitado el sueño.

Aun así, no pudo evitar sentir un extraño cosquilleo en la pelvis al pensarlo. No había dejado de dar vueltas en toda la noche, pasando de la ira a las fantasías más románticas. Era un hombre muy atractivo y la reacción que despertaba en ella era demasiado visceral. En sus horas más oscuras, no había dejado de preguntarse qué habría pasado si no se hubieran odiado tanto. Su cabeza se había llenado de imágenes de sábanas revueltas, pieles húmedas, manos calientes, bocas hambrientas, cuerpos entrelazados… ¿Qué habría sentido?

No podía pensar en eso en aquel momento y mucho menos estando él allí.

Al cruzarse de brazos, se dio cuenta de que llevaba un sujetador fino debajo de la camiseta. Tenía los pechos hinchados y duros. Si

hubiera tenido dormitorio, habría ido corriendo a cubrirse con algo. Su escote era demasiado generoso como para salir de su apartamento con aquel atuendo, especialmente cuando tenía los pezones erectos por la excitación.

De repente le agobió lo ligera de ropa que iba, lo cerca que estaba de ella y lo pequeño que era el espacio. Sin sus cosas, el estudio debería parecerle más grande. Solo quedaban el sofá cama que ya estaba cuando se mudó a vivir allí, una mesa ovalada de centro, una lámpara de pie y un escritorio para el ordenador. Lo único que quedaba suyo era una mochila abierta y el saco de dormir que se iba a llevar a casa de su hermano. La estancia parecía haberse quedado sin aire y el ambiente era tenso.

–¿Qué está haciendo aquí? –preguntó al ver que no respondía a su comentario.

–Mi abuela quiere darle las gracias.

¿Era posible que lo hubiera dicho con más desdén?

Reparó en su mala cara y le asaltó la preocupación.

–Llamé al hospital. No quisieron darme detalles porque no soy familiar, pero me dijeron que le habían dado el alta. Pensé que se habría recuperado.

–Está bien.

–¿Qué le pasó?

–Asma. Hacía años que no le daba un ataque, así que no llevaba el inhalador.

Definitivamente, algo tenía que estarle pasando a Cami, porque a pesar de que no parecía cómodo hablando con ella, la cadencia de su voz al hablar de asma y de inhaladores le resultaba tremendamente seductora y sexy.

El calor del horno debía de haberle chamuscado el cerebro.

–Me alegro de que esté bien. No sabía que era su abuela.

–¿Ah, no?

Qué tonta había sido. Había llegado a pensar que estaba allí para disculparse o para darle las gracias personalmente. Qué ilusa.

Lo cual hacía que fuera aún más insoportable la reacción tan ridícula que le provocaba. De todo lo que odiaba de él, lo peor era el desprecio que le hacía sentir hacia sí misma. Le provocaba una falta de confianza total. Le había dicho todas aquellas cosas horribles y todavía no se había recuperado. Se sentía nerviosa y desconcertada.

–No –replicó bruscamente–, no lo sabía. Y, antes de que me lo pregunte, sí, la habría ayudado aunque hubiera sabido que era familia suya. No me parece justo aplicar a nadie el principio de

asociación y tratar a la gente como si fuera basura.

Nada más decir aquello tuvo que apartar la mirada porque no podía poner la mano en el fuego por su padre. Había firmado una declaración de culpabilidad, pero le había dicho a su hermano que era inocente. En el caso de que hubiera sido culpable, ¿habría tenido ella algo que ver para que robara el diseño y se lo vendiera a la competencia? No estaba segura y esa falta de conocimiento la torturaba día tras día.

Le hacía sentirse insegura en aquel momento, justo cuando más quería mostrarse confiada.

–¿Cómo iba a saber que era familia suya? Ni siquiera tienen el mismo apellido.

–Las sicilianas no pierden su apellido cuando se casan –replicó él, frunciendo el ceño como si le extrañase que no lo supiera–. No suelo salir en las páginas de sociedad, pero ella sí. Con tan solo haber hecho una búsqueda de mi nombre, nos habría relacionado.

–Para hacer eso, habría que haber tenido ganas. ¿Por qué iba a querer hacerlo?

–Dígamelo usted. ¿Por qué su padre me eligió como objetivo? ¿Por dinero, por envidia, porque vio la oportunidad? Ayer sabía quién era. Seguro que ha estado buscando información sobre mí.

El sentimiento de culpabilidad aumentó. No estaba dispuesta a admitirlo, pero ¿cómo no querer saber más del hombre que tenía tanto poder sobre ella aunque estuviera fuera de su alcance?

–Tal vez.

Trató de encogerse de hombros y sacudir la cabeza para mostrar indiferencia, pero lo único que consiguió fue que se le soltara la coleta. Al ir a sujetársela, atrajo su mirada hacia sus pechos, y perdió un poco más la compostura. Era un error desafiarlo. Solo conseguía darse contra un muro. Lo sabía por las pocas veces en que la desesperación la había llevado a intentar ponerse en contacto con él para hacer valer sus argumentos.

Al menos en aquellos momentos se encontraba en mejor situación, aunque seguía siendo precaria. Su hermano se las arreglaba solo, aunque tampoco le quedaba mucho después de pagar el préstamo de estudios. El que ella no tuviera trabajo ni casa no suponía que a él fuera a faltarle comida y cobijo. De hecho, contaba con un sitio al que ir ahora que su vida volvía a desmoronarse.

Por eso, aunque le hiciera frente a Dante no tenía nada que perder. Dejó caer los brazos a los lados y levantó la barbilla.

–¿Me está acusando de haberle provocado el ataque de asma a

su abuela para pedir ayuda?

–No, pero creo que la ha reconocido y ha aprovechado la ocasión.

–¿Para qué, para ser amable? Sí, de eso sí soy culpable.

–Para ver mi lado bueno.

–Ah, ¿pero lo tiene?

–Todavía no ha visto mi lado malo, Cami –replicó.

Sintió que el suelo se movía bajo sus pies al oírle pronunciar su nombre. Por el brillo de sus ojos supo que se había dado cuenta de su reacción y se sintió aún más humillada.

Sharma llamó a la puerta en aquel preciso instante, y se obligó a recuperar la compostura. Al pasar a su lado para abrir, lo obligó a adentrarse en el apartamento. No pudo evitar estremecerse ante la idea de que viera sus escasas pertenencias y sacara sus conclusiones. ¿Por qué le importaba lo que pensara de ella?

–Hola –dijo Sharma con una gran sonrisa.

Cami se había olvidado de que estaba esperándola.

–Hola –respondió sin mucho entusiasmo, lo que hizo que Sharma la mirara con curiosidad.

–¿Va todo bien? Ah, ya veo que tienes compañía –dijo, y saludó con la mano a Dante–. Hola, ¿eres el nuevo vecino?

Cami se mordió la lengua. La gente como Dante Gallo no vivía en sitios como aquel.

–Está solo de visita –contestó, devolviéndole unas llaves a su vecina–. Gracias por dejarme el coche.

–Qué pena me da que te mudes de la ciudad –dijo Sharma tomando una caja con platos–. ¿Qué ha pasado con el trabajo?

–Ya te lo explicaré más tarde –contestó Cami agitando una mano en el aire.

No quería hablar en presencia de aquel semidiós que tenía a su espalda y cuyos ojos estaban atravesándola. Sharma deslizó la mirada hacia él y de vuelta a ella, consciente de que Dante tenía algo que ver en ello.

–Bueno, ha sido un placer conocerlo –dijo despidiéndose de Dante con la mano antes de volverse hacia Cami–. Tengo que ir a recoger a Milly, pero no te vayas sin despedirte.

–De acuerdo.

Cami cerró la puerta y decidió aprovechar la ocasión para apelar a su lado más razonable, aunque era consciente de que cabía la posibilidad de que todo empeorara.

Aun así, tenía que hacerle ver que estaba intentando limar asperezas y poner fin a aquel resentimiento que sentía hacia ella y

que tanto estaba afectando a su vida.

Mientras Dante esperaba a que Cameo Fagan acabara de hablar con su vecina, su mente seguía tratando de encajar las piezas de aquel puzle que había empezado con la impactante noticia de la muerte del padre de ella.

Al principio, antes de que su relación se fuera a pique, había tenido a Stephen Fagan por una especie de mentor. Su abuelo había desempeñado magníficamente el papel de padre después de la muerte del suyo. Como empresario, siempre se había mostrado dispuesto a apostar por su nieto, aunque no compartiera la pasión de Dante por la electrónica. Eso lo había encontrado en Stephen y había confiado en él plenamente, motivo por el cual su traición le había dolido tanto. Había llegado a pensar que algún día, aquel hombre al que había considerado un amigo, le daría una explicación de lo que había hecho. Dejando aparte el daño económico, lo que más le había dolido había sido equivocarse en su buen juicio. ¿Cómo había estado tan ciego? Siempre había deseado conocer la versión de Stephen para comprender por qué lo había traicionado.

Al enterarse de que Stephen había muerto… Bueno, lo había sentido a pesar de haber fingido que no. Mientras asumía la idea de que nunca podría obtener respuestas de Stephen, alguien le había avisado de que su abuela había tenido un percance. ¿Y a quién se había encontrado al ir a socorrerla? A Cami.

En medio de la confusión había desaparecido, pero la había tenido en la cabeza durante el tiempo en que su abuela había sido atendida. Nada más recuperarse, la anciana había insistido en darle las gracias a la joven que la había atendido.

Tras la pérdida de su marido, Dante no había querido aumentar su dolor revelándole cómo había puesto en peligro la seguridad de la familia. Era uno de los motivos por los que no había presentado cargos contra Stephen. No había querido que ni su abuela ni el resto de la familia supieran del mal estado de su situación financiera y se preocuparan más de lo necesario. Con la ayuda de su primo, había trabajado sin parar para sacarlos del agujero.

Por eso no podía mostrarse escéptico ante *noni* por el altruismo de Cami. No podía decirle que preferiría retorcerle el cuello que invitarla a comer, pues no estaba dispuesto a permitir que su abuela buscara por toda la ciudad a su buena samaritana y volviera a desmayarse. Tampoco quería que Cami estuviera a solas con ella.

Así que después de una noche en blanco, había buscado en su currículum su dirección y había ido hasta allí. Al subir la escalera de aquel edificio anticuado, se había preguntado qué clase de deudas habría contraído Stephen para haberle dejado tan poco a su hija.

Le había abierto la puerta con una camiseta rosa claro cuyo escote dejaba ver la curva superior de sus pechos, lo suficientemente fina como para adivinar sus pezones oprimidos debajo. Unos pantalones cortos rojos complementaban su atuendo, marcando de tal modo su entrepierna que había deseado acariciársela.

Apenas se había fijado en una fina cicatriz blanca que le llegaba hasta la rodilla, cuando se había dado la vuelta y se había inclinado para sacar algo del horno, ofreciéndole una estupenda visión de su trasero. Se le había disparado la libido y se le había hecho la boca agua.

¿Cómo podía sentirse atraído físicamente por alguien a quien debía repeler? Era absurdo. Aun así, era incapaz de contener la tensión de su entrepierna.

En aquel momento, Cami se despidió de su vecina y cerró la puerta. Al volverse, su belleza le resultó insultante y apretó los puños. Ella se cruzó de brazos y sus pechos volvieron a hacerse prominentes. ¿Lo hacía deliberadamente?

–No sé cómo convencerle para que me crea cuando le digo que ayer no me movía ningún motivo oculto.

–No se moleste, no va a poder convencerme. Mi abuela quiere que vaya al hotel de todas formas, pero no al Tabor, sino al hotel en que nos alojamos.

Una expresión de sorpresa asomó a su rostro, pero enseguida se tornó en cautela.

–¿Ha venido a intimidarme otra vez, a decirme que no vuelva a acercarme a ella?

¿De veras se sentía intimidada? No lo parecía.

–He venido para recogerla en mi coche. Pero es cierto que no quiero que se acerque a ella, por eso quiero estar presente.

–Ja. Eso suena divertido –dijo ella, y ahogó una carcajada.

Una expresión de dolor asomó a los ojos de Cami, pero lo disimuló con un batir de pestañas. Luego se fue a la cocina y puso la última tanda de galletas en la rejilla para que se enfriasen.

–Lástima que no haya esperado hasta el lunes para venir –añadió–. Ya me habría ido. Dígale que me he marchado de la ciudad.

Dante se acercó al otro lado de la barra del desayuno y se quedó observándola. Hornear galletas se le antojaba una actividad muy casera, una imagen muy diferente a la que se había hecho de aquella familia.

–A diferencia de usted, yo no miento, y menos aún a la gente a la que quiero.

–Vaya, ya veo que no está dispuesto a dar su brazo a torcer, ¿verdad? ¿Cuándo le he mentido?

–Olvídelo, no estoy aquí para remover el pasado. He pasado página.

Sí, de mala manera y con rabia contenida.

–Sí, ya –replicó Cami con ironía–. ¿Es por eso por lo que me ha despedido sin darme siquiera una oportunidad? ¿Es por eso por lo que dijo que era «estupendo» que mi padre estuviera muerto? Mi madre murió en el mismo accidente. ¿Acaso le alegra la noticia?

Había la misma nota emotiva en su voz que el día anterior y de nuevo aquella agonía en su mirada.

Podía tacharla de melodramática, decirle algo cortante para bajarle los humos, pero no pudo evitar que se le encogiera el corazón. A pesar de lo que había pasado, perder a un padre era un golpe muy duro y no podía pasarlo por alto como si tal cosa.

–No debería haber dicho eso –admitió Dante, bajando la vista a la cicatriz de su clavícula.

También le había visto otra en la pierna. ¿Acaso ella también había estado en el accidente? Trató de recordar lo que sabía de la familia de Stephen Fagan, pero solo se le vino a la cabeza una vago recuerdo sobre una esposa y un número indeterminado de hijos.

¿Por qué le inquietaba tanto la idea de que hubiera tenido un accidente? Todo en aquella mujer lo desconcertaba y eso no le gustaba. Bastante tenía con la dosis de humillación que iba pareja a la traición de su padre. Un sentimiento de tristeza lo había embargado con la muerte de su abuelo, pero también de culpabilidad. El viejo lo quería y le consentía todo, y Dante le había fallado hasta el punto de haber contribuido con su error a provocarle la muerte.

Aquel sentimiento de culpabilidad todavía ardía en su interior. Había tenido que aplacar aquella rabia como había podido para tomar las riendas y adentrarse en el futuro.

Desde entonces, todo se hacía según su voluntad y con su permiso. Se regía por el sentido común, no por su libido ni por su temperamento. No se dejaba llevar por los sentimientos. Aun así, el día anterior la furia lo había sacado de quicio. O, tal vez, había sido

ella.

–No, no debería haberlo dicho –murmuró Cami.

En ese momento, las emociones empezaban a apoderarse de él de nuevo. El descaro de aquella mujer lo enervaba.

Cami dejó la bandeja de las galletas y la espátula en el fregadero. Se le estaba soltando la coleta, y unos mechones castaños caían alrededor de su rostro. Aunque tenía un aire delicado, Dante tuvo que recordarse que no era más que un espejismo. Quizá fuera sincero aquel aire de tristeza, pero no el de indefensión. Los Fagan siempre habían caído de pie.

–Escuche, fue muy amable de su parte ayudar a mi abuela, pero no voy a darle el empleo si es eso lo que pretende.

–¡Fue una coincidencia! –exclamó Cami, y metió unas cuantas galletas en una bolsa antes de ofrecérsela–. Tenga y llévele esto, dígale que me alegro de que se encuentre mejor.

Le temblaban las manos.

–Quiere que vaya a cenar con ella –dijo él, negándose a tomar lo que le ofrecía.

–Ya he quedado –mintió Cami, y dejó la bolsa de las galletas en la barra.

–Póngase un vestido y acabemos con esto cuanto antes.

–Ya los tengo todos guardados en cajas.

–¿Me está pidiendo que le compre uno?

Ya había jugado a aquel juego muchas veces, aunque no parecía ser esa su intención. En circunstancias normales, disfrutaba dándoles caprichos a las mujeres. Un vestido estrecho, marcando aquel trasero, con una abertura enseñando las piernas…

–No –dijo ella con firmeza, sacándolo de sus fantasías.

–Entonces, ¿qué quiere? Está claro que pretende algo.

–Usted está paranoico. Aunque ¿sabe qué es lo que quiero de verdad? –dijo Cami dando un golpe al borde del fregadero–. Que reconozca que ha estado recibiendo mis pagos.

–¿Qué pagos?

–¿Tan rico es que ni siquiera se ha dado cuenta?

Cami salió de la cocina, se dirigió a toda prisa hacia un desvencijado escritorio y nada más abrir un cajón se detuvo y volvió a cerrarlo bruscamente.

–Ah, no, no lo tengo aquí. Se llama Benito no sé qué. Es italiano.

–¿Qué busca?

–¡La carta! Es la prueba de que le he estado pagando –respondió distraída, frunciendo el ceño–. Mi hermano se llevó todos los papeles.

–Qué oportuno.

–Dios, es usted muy arrogante.

–Dejémonos ya de juegos. Sé que pretende algo. Dígamelo sin rodeos.

–¡No pretendo nada! Solicité un empleo para el que estoy más que capacitada y usted decidió prescindir de mí. Luego, fui amable con una encantadora anciana que resultó ser su abuela. Ahora, tengo que pasar página y rehacer mi vida una vez más. ¿Cómo iba a saber hace seis meses, cuando hice la entrevista, que usted iba a acabar comprando el Tabor? No estoy tratando de jugársela. Es usted el que parece que la ha tomado conmigo.

Parecía realmente fastidiada. Él sacudió la cabeza, asombrado.

–Parece sincera, pero lo mismo pasaba con su padre. Tengo que reconocer que es un gran talento familiar.

Se sentía tan tentado de acariciarla que decidió neutralizar aquella arma secreta que poseía.

–Claro que él no tenía los atributos de los que usted se vale –añadió, mirándola de arriba abajo.

Se quedó boquiabierta al oír aquel comentario y se sonrojó. Se sentía acorralada.

–Yo no… ¡Ha venido sin avisar! Ni que me estuviera insinuando.

–¿Ah, no?

Estaba provocándola, decidido a tener la sartén por el mango.

–Es el último hombre con el que querría tener algo –dijo airada, apartándose el pelo de la cara.

Cuando volvió a mirarlo desafiante, Dante advirtió una expresión diferente en sus ojos. Su luz había cambiado, o más bien, la animosidad se había tornado en un velo de deseo.

El ambiente se volvió cálido y opresor. No podía olvidar que aquella mujer estaba fingiendo, pero qué demonios, podía aprovechar y sacar algo de aquello.

–Si quiere hablar de compensaciones, adelante, la escucho.

De repente, parecía muy cercano. Su voz se había vuelto suave como el terciopelo.

–¿Cómo?

Cami dio un paso atrás, aturdida por la forma en que su cuerpo la estaba traicionando. Quería rechazarlo, pero todo en él anulaba sus sentidos.

Cuando se topó con la pared, Dante aprovechó para colocar las manos a cada lado de su cabeza y acorralarla. Ella puso las suyas

sobre su pecho, alarmada a la vez que intrigada por la fuerza y la calidez que sentía bajo los dedos. ¿Cómo había conseguido desarmarla? ¿Cómo habían acabado así? Sentía sus pezones erectos bajo las palmas de las manos y eso la excitaba. Quería recorrer su pecho, su espalda, explorarlo por todas partes.

Tuvo que sofocar el impulso. Aquel deseo aterrador y excitante era imposible de ignorar.

–¿Qué me ofrece? –preguntó él.

Su voz evidenciaba su excitación. Las comisuras de sus labios se curvaron y Cami no supo adivinar qué se le estaría pasando por la cabeza. Se le puso la carne de gallina y sus senos se hincharon.

Una sensación extraña e irresistible se apoderó de ella. Era como si una droga hubiera invadido su cuerpo, dejándola lánguida y eufórica. No se apartó, no podía hacerlo. Sus pechos subían y bajaban al ritmo de su agitada respiración y estaba convencida de que aquello que sentía era su erección.

Sus músculos parecían de hierro. En vez de empujarlo para apartarlo de ella, hundió los dedos en él explorándolo aun en contra de su voluntad. ¿Cómo podía su fuerza inherente hacerla sentir tan débil sin apenas tocarla?

Era incapaz de hacer que su cuerpo reaccionara para apartarlo. Se quedó quieta, observando cómo se acercaba cada vez más, llenando todo su campo de visión. Esperó con los labios abiertos y la mente en blanco a que su boca rozara la de ella.

Por qué se había quedado inmóvil a la espera de su beso no lo sabía. Se puso rígida, tal vez a la espera de algún tipo de castigo. No era un hombre delicado, eso lo sabía.

La besó con ferocidad, pero de una manera que no hubiera adivinado. Con gran sutileza le hizo abrir los labios y lentamente fue buscando el ángulo, a la espera de que su boca se acoplara a la suya para devorársela.

Se estremeció. Era como si llevara toda la vida esperando aquello. Un escalofrío recorrió su cuerpo y suspiró. Aquello debería asustarla, pero estaba tan fascinada por aquel descubrimiento, por aquella corriente de deseo y necesidad que siguió besándolo arrastrada por aquel dulce placer. Nunca había sentido tanto con un solo beso ni había conocido nada parecido. Era una sensación muy agradable que la hacía sentirse fuerte y viva, omnipotente.

Sus dedos tantearon la firmeza de sus pectorales, y continuó deslizándolos por las costillas hasta llegar a la espalda. Él emitió un gruñido y la rodeó por la cintura. Luego deslizó las manos hasta sus pechos y le acarició los pezones con los pulgares mientras acoplaba

las caderas a las de ella. Cami sintió que algo cálido invadía su entrepierna y enseguida reconoció la rigidez de su miembro erecto. Sus muslos fuertes y calientes presionaron contra los de ella hasta que su pelvis quedó en contacto con aquella forma rígida. Se estremeció al sentir aquel roce tan íntimo. Jamás había deseado algo con tanta intensidad.

«Más, quiero más».

Se estaban devorando de una manera descontrolada. Nunca había sentido un impulso tan primitivo. Lo rodeó con los brazos por el cuello y se arqueó, ofreciéndole sus pechos. Él le pellizcó los pezones, haciéndola jadear entre el placer y el dolor. Se le doblaban las piernas. Acarició su pelo corto antes de atraer su cabeza y aumentar la intensidad del beso. No era suficiente. Nunca lo sería.

Le metió la lengua en la boca a la vez que empujaba sus caderas contra las de él, deleitándose con aquellas sensaciones que se iba encontrando. Jamás se había sentido tan salvaje y por eso nunca había llegado hasta el final. Se estaba volviendo loca por la manera en que le estaba acariciando los pechos. Estaba tan excitada que se sintió perdida cuando levantó la cabeza y la sujetó por las caderas. Sin dejar de mirarla a los ojos, empujó su sexo contra el de ella. La expresión de su rostro era oscura, primitiva y de satisfacción, y aquel movimiento tan erótico fue recibido con una ansiedad desenfrenada. Un gemido escapó de sus labios al sentir que el nivel de excitación aumentaba hasta llevarla al borde del precipicio.

Se aferró a su camisa y empujó la pared con la cabeza para ofrecerle la parte inferior de su cuerpo sin ninguna inhibición. Tuvo que morderse el labio inferior para no gritar al sentir que se frotaba contra su zona más íntima, apenas protegida por la fina tela de sus pantalones. Cerró los ojos y contuvo la respiración, estremeciéndose por la tensión. Estaba tan cerca de…

Dante la tomó con fuerza de las caderas y la empujó contra la pared, apartándola.

Aturdida, Cami se apoyó en la pared jadeando mientras se esforzaba en mantenerse en pie. Su cuerpo ansiaba el suyo, por lo que aquel rechazo rozaba la crueldad.

A Dante le temblaba el mentón, pero no parecía tan afectado como ella. Estaba excitado, pero había un brillo cínico en su mirada que le resultaba hiriente.

–Ya seguiremos hablando más tarde. Vístete y péinate. Se nos ha hecho tarde.

–¿Qué?

Las rodillas amenazaban con fallarle.

Si le había parecido que estaba al límite, aquella impresión se evaporó al verlo sonreír, implacable y seguro de sí mismo. Los rasgos de su rostro destacaban entre claros y oscuros. Se le veía guapo e indiferente.

–Puesto que la compensación que me estás ofreciendo conlleva un interés tan alto –dijo curvando los labios–, ya te daré la oportunidad de que te expliques. Ahora, nos espera mi abuela –añadió mirando el reloj de oro de su muñeca–. Tenemos que irnos.

–No voy a ir a ninguna parte.

–¿Quieres que acabemos de hablar ahora?

Por la entonación de la pregunta, Cami supo que no iban a usar sus bocas para hablar.

Capítulo 3

No!

Cami se apartó de la pared y se dirigió hacia el sofá, en el que estaba su mochila abierta. Tomó el jersey que estaba más a mano y se lo llevó al pecho.

–Vete.

Quería que se alejara de ella para poder dar sentido a lo que acababa de ocurrir.

–Esperaré en el coche –anunció Dante–. Si en diez minutos no estás fuera, volveré.

Cami sintió que el corazón le latía con fuerza y se mordió el labio inferior para no decir nada, consciente de que necesitaba que se fuera para recuperar el control. Nada más oír que la puerta se cerraba, se dejó caer en el sofá sin saber muy bien si llorar, gritar o maldecir.

¿Por qué lo había besado? Seguramente habría pensado que estaba dispuesta a prostituirse. ¡Era humillante!

Le había hecho sentir cosas que nunca antes había experimentado. ¿Por qué él? Llevaba toda la vida esperando al hombre adecuado y no porque considerara la virginidad como algo sagrado. Cuando tuviera sexo, quería que fuera con alguien que se hubiera ganado su confianza, que la amara por ser como era y que se mereciera ser el primero.

Ahora que Dante Gallo había irrumpido en su vida, había dejado muy alto el listón. ¿Dónde encontraría a otro hombre que la hiciera sentir así?

–¡Oh!

Hundió la cara en el jersey. Todavía se sentía excitada. Habría acabado acostándose con él, algo que no habría sido propio de ella. Nunca había entendido por qué otras mujeres eran tan desinhibidas y estaban dispuestas a acostarse con cualquier desconocido. Cami nunca se había dejado llevar y había llegado a cuestionarse si tendría algún tipo de problema.

Había ido a dar con Gallo, el hombre equivocado, y todavía podía sentir su cuerpo contra el de ella. Una oleada de excitación la inundó, mortificándola. Al parecer, no estaba tan encendido como había creído.

Levantó la cabeza y recordó lo que habían hablado antes del beso. ¿Cómo era posible que no supiera nada de los pagos? Llevaba cinco años haciéndolos con regularidad, incluso cuando había tenido que hacer frente a imprevistos.

Se obligó a levantarse para ponerse algo más apropiado. Le daba igual la cena con su abuela, pero no estaba dispuesta a enfrentarse de nuevo a él tan ligera de ropa.

Se puso lo que tenía reservado para el viaje a Vancouver del día siguiente: una falda clásica de lana gris, medias negras y el jersey azul claro en el que se había secado unas lágrimas unos minutos antes. Completó el atuendo con unas botas altas que costaban una fortuna. Se las había dado la madre de un alumno de esquí porque no le habían cabido en la maleta al volver a Francia, y por esa misma razón las había elegido para ponérselas al día siguiente.

Además, se sentía femenina, fuerte e invencible cada vez que se las ponía. Necesitaba aquella inyección de ánimo para irse a vivir al destartalado sofá del sótano en el que estaba el apartamento de su hermano, en una zona no muy recomendable de Vancouver.

Miró el reloj y comprobó que le quedaban un par de minutos para peinarse y cerrar la puerta. Tecleó en el teléfono el número secreto para acceder a su cuenta bancaria y buscó entre las últimas operaciones la última transferencia.

Al llegar al aparcamiento, levantó la cabeza y miró a su alrededor.

Dante estaba concentrado en su teléfono, apoyado en un todoterreno negro. Había dejado de llover, pero con las nubes tan plomizas, el anochecer parecía haberse adelantado. Una extraña luz lo bañaba. Todavía estaba bajo su embrujo y aún sentía sus manos sobre ella.

No, tenía que recordar que ella era una mujer equilibrada e inteligente, capaz de controlar su vida. Había madurado deprisa y había asumido responsabilidades que no eran propias de su edad.

Sin embargo, todo aquello se le olvidó cuando la miró de arriba abajo, desde la cabeza a la punta de las botas. Nunca había estado tan ansiosa por sentirse reafirmada. Se había quedado al borde del orgasmo y aquella sensación seguía torturándola.

Quizá había una parte de ella que se sentía tan culpable por su padre que buscaba el castigo de Dante. Tal vez por eso aquella

atracción la estaba cegando de aquella manera.

–Estás guapa. *Grazij.*

Sus palabras la sorprendieron, seguramente porque no se esperaba un cumplido.

–No me he vestido para ti –dijo, y avanzó hacia él, mostrándole la pantalla del teléfono–. Mira esto.

Dante le sujetó la mano y miró la pantalla. Ella contuvo el aliento y el pulso se le aceleró con el simple roce de sus dedos. Todo lo que había pasado en su apartamento se le vino a la cabeza, atormentándola. Quería apartarse, pero se obligó a permanecer allí de pie, con el corazón desbocado, a la espera de que se produjera algún cambio en su expresión.

Dante no sabía qué demonios estaba mirando. Seguía cegado por la lujuria. Aquella mujer lo había excitado tanto y tan rápido que a punto había estado de perder el control con tan solo unos besos. Había pasado de la cautela a la sorpresa para acabar participando en lo que parecía una rendición de las más exquisitas.

Por algún motivo, en el último segundo, había recordado quién era y se había negado a dejar que se saliera con la suya. Había permanecido bajo la suave lluvia primaveral contando los minutos con la incertidumbre de si lo desafiaría y le obligaría a volver a su apartamento y terminar lo que habían empezado.

Había salido justo a tiempo, muy guapa con una falda corta y una blusa de manga larga. La brisa agitaba su melena suelta y sus pasos resonaban al saltar los charcos con aquellas botas tan sexys.

Mientras su mano temblaba bajo la suya, se preguntó cómo había sido capaz de marcharse sin arrancarle la ropa y hundirse en ella. ¿Formaría parte de su plan seducirlo? A pesar de que le costaba creerlo, aquello había sido una provocación.

–¿Y bien?

Aquel tono ronco de su voz hizo que se le pusiera la carne de gallina.

–¿Y bien qué? –replicó Dante, deslizando un dedo bajo su manga.

Cami apartó la mano.

–¿Te suena la cantidad?

–No.

–Es la misma todos los meses. ¿Quién te lleva las cuentas?

–Mi contable, pero sé muy bien de dónde viene mi dinero y a dónde va –contestó abriendo la puerta del todoterreno.

–Pero…

–¿Necesitas ayuda para subir? Está empezando a llover otra vez.

Las gotas de lluvia empezaban a caer con fuerza, humedeciendo su camisa.

Ella suspiró y entró en el coche con sorprendente destreza.

–Pregúntale a tu contable. Él te lo podrá decir.

–Ella –la corrigió, y apoyó el brazo en el volante para volverse a mirarla.

¿Qué pretendía demostrar? ¿O acaso era otra más de sus tácticas?

–Está bien, dámelo –añadió Dante, y tendió la mano para que le diera el teléfono.

Ella se lo llevó al pecho.

–¿Qué vas a hacer?

–Haz una captura de pantalla y mándamela. Se la reenviaré a mi contable –dijo él, y miró el reloj–. Pero allí son las dos de la mañana. Estará durmiendo.

Cami frunció el ceño y le entregó el teléfono.

–¿Es esto lo que llaman un modelo clásico? –preguntó Dante observando aquella antigualla rayada.

–¿Sabes lo que cuesta un teléfono?

Él sonrió, desconcertado por la ira que mostraba ante algo tan banal. Luego tocó la pantalla y tecleó su número. Al instante se oyó un sonido en su bolsillo. Le devolvió el teléfono, sacó el suyo, mandó el mensaje y se lo volvió a guardar antes de encender el motor.

Cami fue a abrir la puerta, pero el coche ya se estaba moviendo bajo la lluvia. Suspiró y se puso el cinturón de seguridad.

–No pensaba ir contigo.

–¿Por qué no?

–Porque te tomas demasiadas confianzas.

Dante se quedó pensando en aquello mientras salían a la carretera principal. Nunca tomaba nada de una mujer que no estuviera dispuesta a darle.

–Te recuerdo que no fuiste tú quien paró, fui yo.

Se hizo un tenso silencio en el interior del vehículo. Quizá aquello fuera parte de un plan, pero parecía haber disfrutado tanto como él.

–Sé atenta con mi abuela.

–Lo soy, aunque creo que no sabes lo que es eso. Por ejemplo, cuando me cruzo con alguien que necesita ayuda, le ayudo.

–Permíteme que no opine sobre eso.

Los Fagan eran egocéntricos, desleales y mentirosos.

Cami esperó a que estuvieran llegando al hotel para responder.

–Fue mi padre el que te robó los bocetos, no yo.

Dante aminoró la marcha al girar en la entrada del hotel y detuvo el coche bajo las columnas. Luego puso el freno de mano y se volvió para mirarla.

–Aun así, tú también saliste beneficiada.

Lo que parecía una sombra de culpabilidad ensombreció sus facciones justo en el momento en que el aparcacoches abrió la puerta y Cami salió.

Dante se bajó por su lado, rodeó el coche para entregarle las llaves al chico y luego la condujo a través del vestíbulo hasta los ascensores.

–¿Dónde…?

La invitó a pasar antes que él y esperó a que se cerraran las puertas para hablar.

–Algunos de mis empleados se están quedando aquí. No pueden verme cenando contigo.

–En cambio, ¿sí te pueden ver llevándome a tu habitación? Los empleados me conocen. No quiero que me consideren una señorita de compañía. ¿Has pensado en eso?

–No –contestó él sin ninguna intención de disculparse.

Se distrajo con la idea de contratar sus servicios por una noche, de tener el poder de ordenarle hacer lo que quisiera.

Como si ella también estuviera pensando lo mismo y una serie de imágenes eróticas llenaran su cabeza, un rubor se extendió por sus mejillas. Separó los labios para tomar aire en un gesto poderosamente tentador.

El ascensor se detuvo y perdió el equilibrio. Dante la sujetó por el codo.

–Tu actuación es digna de una película.

Cami se soltó de su mano y salió nada más abrirse las puertas, antes de volverse para mirarlo. Era difícil alejarse cuando no sabía a dónde iba.

–La habitación de *noni* está por aquí –dijo él sonriendo.

Aunque no había vuelto a rozarla, sintió un cosquilleo en la piel. No sabía cómo demostrarle que decía la verdad y cada vez se sentía más frustrada.

–No menciones a tu padre. Mi abuela no sabe nada de eso.

Su tono severo la hizo estremecerse. No sabía qué decir. Ni

siquiera se podía creer que estuviera allí, dispuesta a tomar parte en aquella cena, pero no quería ser descortés con la anciana solo porque su nieto la sacara de quicio.

Dante se detuvo y llamó a la puerta. Un ama de llaves les abrió y les anunció que su anfitriona estaba atendiendo una llamada y enseguida estaría con ellos. Mientras, les sirvió algo de beber.

Nerviosa, Cami recorrió la suite con la mirada. Era una de las mejores habitaciones del hotel, con vistas a la montaña. La chimenea de gas estaba encendida y había una pequeña mesa adornada con flores y dispuesta con vajilla de porcelana, cubiertos de plata y copas de cristal.

En sitios como aquel, siempre había formado parte del personal de servicio. Tuvo que contener el impulso de ponerse a charlar con el ama de llaves, con quien se sentía más cercana, antes que tratar de encontrar algo en común con don Imperturbable.

Él la observaba como si esperase que en cualquier momento fuera a dar un paso en falso.

Justo cuando pensaba que iba a arder en llamas bajo su mirada, Bernadetta apareció con una cálida sonrisa en los labios. Era menuda y frágil, y llevaba el pelo cano recogido en un moño. Tenía mejor aspecto y una expresión más serena. Enseguida se disculpó por no hacerse entender el día anterior.

–No se preocupe, estaba angustiada. Me alegro de que ya esté bien –dijo Cami.

La anciana la tomó de los hombros y le plantó un beso en cada mejilla. Olía a rosas.

Bernadetta saludó de igual forma a Dante.

–Gracias por dar con ella. Buen chico –dijo, y le acarició la mejilla, en un gesto ridículamente tierno tratándose de un hombre hecho y derecho.

Bernadetta se sentó en la butaca, obligando a Cami a sentarse junto a Dante en el pequeño sofá. Sus muslos casi se rozaban.

–Tengo la suerte de tener una familia muy cariñosa. Llevo todo el día recibiendo llamadas. Ahora era Arturo, el primo de Dante. Está en Australia, valorando la compra de unos inmuebles, y en cuanto vio mi comentario en el grupo familiar quiso llamarme para asegurarse de que me encontraba mejor. Por cierto, me ha dicho que su nombre le suena –dijo tomando por sorpresa a Cami–, ¿le conoce?

Sobresaltada, sacudió la cabeza.

–No, no conozco a ningún Arturo.

Bernadetta frunció la frente.

–Me ha preguntado si Cami era una forma abreviada del nombre Cameo.

–Lo es, pero no creo que nos conozcamos. A menos que… Hace diez años viví durante una época en el norte de Italia, en la zona de los Alpes. Tenía catorce años.

La expresión de Dante se había vuelto más dura.

Cami se pasó la lengua por los labios. No era ella la que estaba dirigiendo la conversación hacia terreno pantanoso.

–Si lo conocí, no me acuerdo.

Bernadetta se inclinó hacia delante, interesada.

–¿Qué le llevó a Italia?

–El esquí. Nos fuimos toda la familia a vivir allí para que tuviera un buen entrenador.

Y eso les había costado una fortuna.

Bajó la vista a las manos y las cruzó sobre su regazo.

¿Sería por cumplir su sueño por lo que su padre había robado a Dante? Nunca lo sabría, pero siempre se había sentido responsable por lo que le había pasado a Dante, a sus padres y a su hermano. Si su padre no se hubiera empeñado en que tuviera aquel entrenador, no habría cometido el robo ni habrían dejado Italia ni habrían tomado aquella carretera helada en la que él y su madre habían perdido la vida.

–¿Esquí alpino? ¿Competía por Canadá?

–Y eslalon. Confiaba en entrar en el equipo, pero me lesioné y tuve que dejarlo.

–¿Ya no esquía? Es una lástima.

–Sí, sigo esquiando, pero no con la frecuencia que me gustaría. Doy clases a niños cuando puedo. Así los padres pueden disfrutar con la tranquilidad de que sus hijos están atendidos.

–Eso es algo maravilloso. Me gustaría que os fuerais a pasar el día esquiando en agradecimiento por haber cuidado de mí tan bien en este viaje.

Cami sintió que se le aceleraba el pulso.

–Con la cena es más que suficiente –se apresuró a decir–. De verdad.

–Shh. Dante trabaja mucho y así me hará otro favor. Iba a pedirle a mi nieto que me llevara mañana a dar un paseo en barca, pero después del percance que he sufrido, prefiero no salir.

–No quisiera robarle tiempo para estar con su familia –replicó Cami, y miró a Dante, incapaz de adivinar qué estaba pensando–. Además, me voy a Vancouver.

–¿Cuándo? Mi sobrina y su marido me recogerán el lunes para

llevarme a la ciudad. Voy a quedarme con ellos hasta que regrese a Sicilia. Si quiere, puede venir con nosotros. Tenemos sitio suficiente.

Cami confió en que Dante pusiera una excusa por ella.

–Gracias, *noni,* no tenía pensado esquiar, pero me gusta la idea.

¿Pasar el día juntos? Pero ¿qué clase de masoquista era?

–Es muy generoso de su parte –murmuró, sorprendida por su reacción–. Gracias.

Llegó el primer plato y el ama de llaves los invitó a sentarse a la mesa. A partir de aquel momento, Cami siguió charlando con Bernadetta sobre temas neutrales, atenta a Dante y a su lenguaje corporal, incapaz de quitarse de la cabeza que irían juntos a esquiar al día siguiente.

No quería hacerse ilusiones con un hombre al que odiaba. Tenía que olvidarlo.

–Es extraño que a tu primo le sonara mi nombre.

Dante había temido que todo se descubriera. Tenía que admitir que Cami se las había arreglado muy bien para cambiar de tema.

–Sí –replicó Dante, y miró su teléfono, que no había dejado de recibir llamadas de Arturo durante la cena–. Nuestras madres eran las mayores de siete hermanas. Pasábamos los veranos juntos, sobre todo después de que perdiera a mis padres y mis abuelos se hicieran cargo de mí. Arturo no compartía mi pasión por los coches y la electrónica, pero siempre me animó para que persiguiera mis sueños.

Durante una época, Dante se había preguntado si había sido su forma de empujarlo a convertirse en el sucesor de su abuelo, ya que Arturo nunca había demostrado interés en asumir responsabilidades. Con el tiempo, se había convertido en una pieza importante en las inversiones de la familia, reconociendo oportunidades como la adquisición del Tabor, pero en su juventud había sido todo un playboy, asistiendo a fiestas y arriesgando en los mercados bursátiles. Por suerte, le había ido muy bien.

–Cuando nuestro abuelo murió, Arturo siempre estuvo a mi lado y me fue de gran ayuda después de lo que me hizo tu padre. Me ofreció apoyo moral, además de financiero. Lo necesitaba. Somos como hermanos. Es normal que quiera saber por qué estoy tratando con alguien de la familia que me traicionó.

Cami se ruborizó.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

–Puedo arreglármelas para volver a casa –dijo Cami mientras atravesaban el vestíbulo.

Él la acompañaba indiferente y no se molestó en decir nada, tan solo entregó el vale al aparcacoches cuando llegaron a la entrada.

–Esperemos aquí dentro para no pasar frío.

Cami no llevaba abrigo y, después de que cayera la noche, el clima más parecía de invierno que de primavera.

–¿Y si te ven conmigo? –susurró ella, desafiándolo.

Dante abrió los ojos como platos, en un gesto de desdén y condena.

Estaba empezando a simpatizar con ella, sobre todo después de haberse besado, y por eso no había contestado todavía a los mensajes de su primo. Sabía que debía apartarla de su vida, pero no podía olvidar lo que había sentido al tenerla entre los brazos. Durante la cena, mientras le había estado recomendando a su abuela tiendas de artesanía, no había podido dejar de pensar en llevársela a su habitación y terminar lo que habían empezado en su apartamento.

El aparcacoches llegó y salieron al aire frío de la noche. Cami esperó a que pusiera el coche en marcha para hablar.

–No puedo ir a esquiar mañana. Vendí mis esquís y no puedo permitir que tu abuela me alquile el equipo.

–Pretendía invitarte yo.

–Entonces, de ninguna manera voy.

–Querrá ver fotos de lo bien que lo pasamos –dijo él burlón–. ¿Por qué vendiste los esquís?

–¿Me lo preguntas en serio? No tengo trabajo ni un sitio en el que vivir –replicó como si se lo estuviera explicando a un niño–. Se necesita dinero para alquilar un trastero.

Dante enfiló hacia el barrio de Cami, en la zona más modesta de la ciudad.

–¿Qué hizo tu padre con todo el dinero?

–Dímelo tú. No es cierto que saliera beneficiada por lo que hizo mi padre, al menos, no conscientemente.

–¿No?

Ella se removió en su asiento.

–Quizá fuera así, quizá lo destinó todo a pagar por mi preparación, no lo sé. Tenía catorce años y vivía en mi mundo. Apenas sabía en qué consistía ser ingeniero mecánico ni para quién trabajaba o qué estaba haciendo. Estuve a punto de conseguir un patrocinador, pero me caí. Quizá la desesperación pudo con él.

Su tono de autoinculpación parecía sincero, pero no podía

dejarse engañar.

–¿Tenía más deudas?

–No que yo sepa. Vivir en Italia era caro, lo sé. Lo vendimos todo para irnos y no teníamos nada cuando volvimos. Tanto mi padre como mi madre trabajaban, pero solo podían permitirse un pequeño apartamento en Calgary. Sé que discutían mucho en privado y que el dinero era el principal problema. Me di cuenta de que, si quería seguir entrenando, tenía que buscarme un trabajo y ahorrar. Después de que murieran, supe más de lo que pasó y saqué la conclusión de que mi padre había llegado a algún tipo de acuerdo para pagar una indemnización. Por eso me sorprendió que siguiera debiendo tanto.

–Me prometió pagarme hasta el último céntimo.

–Lo sé –dijo Cami jugueteando con el cierre de su bolso–. He visto el documento que firmó.

A lo largo de los años, cada vez que Dante se había topado con aquel papel, no había podido evitar sentirse furioso. Cuando por fin iba a hacer frente al pasado, aquella cautivadora mujer lo amenazaba con sufrir una segunda traición. Debería salir corriendo en dirección contraria y no estar pensando en algo inconcebible.

–Lo único que mi madre me contó sobre el asunto fue que se había declarado culpable para poder volver con nosotros a Canadá y evitar una larga batalla legal.

¿Qué otra cosa diría la esposa de un delincuente a sus hijos?

–¿Y tu hermano? ¿Es mayor que tú o menor? ¿Tiene dinero?

–No. Está estudiando Medicina en la universidad de Vancouver.

–¿Quiere ser médico?

–Sí.

–Estudiar en la universidad en Canadá es caro, ¿verdad?

–Sí, aunque tiene un par de becas. Una vez acabe, se va a pasar años devolviendo el préstamo de estudios, así que tampoco él se ha visto beneficiado por mi padre.

–Sabes que puedo comprobarlo.

–Ni se te ocurra interferir en sus planes –replicó Cami con un ligero temblor en la voz.

Dante aparcó delante del edificio. Era evidente que su hermano era un punto de presión.

Cami salió a la vez que él del coche y se ruborizó al ver que rodeaba el coche hasta su lado.

–Deberías esperar a que te abra la puerta.

Cami volvió la cabeza hacia la farola y vio la fina lluvia que caía sobre sus cabezas.

–Esto no es una cita. ¿Por qué ibas a acompañarme dentro? No voy a volver a besarte.

–¿Ah, no? –dijo él, conteniendo el impulso de acercarse a ella–. Entonces, corre adentro.

Ella volvió la cabeza para mirarlo. Por su expresión, parecía enfadada.

Él también lo estaba. Aquello no debería estar pasando. Debería odiarla, pero al ver que permanecía quieta, avanzó un paso, hundió los dedos en su pelo y tomó su cabeza entre las manos.

Un suspiro de impotencia escapó de la garganta de Cami. Parecía más de rendición que de protesta. Echó la cabeza hacia atrás y separó los labios, ofreciéndole su boca. Dante gruñó de satisfacción al tomar el beso que le ofrecía. Sus labios se frotaron contra los suyos, buscándolos una y otra vez, devorándolos.

Si estaba siendo brusco, no se lo hizo saber. Estaba aferrada a su camisa, tirando de él mientras movía sus labios bajo los suyos y gemía de placer. Cuando le metió la lengua en la boca, la enredó con la suya y tiró suavemente, volviéndolo loco.

Iba a arrepentirse de aquello toda la noche. Deseaba llevársela dentro y hacerla suya. Pero permaneció allí, bajo la suave lluvia, disfrutando de la dulzura de su boca hasta que ella se apartó para tomar aire. Él también se había quedado sin aliento. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración.

Cami dejó caer los brazos a los lados y dio un paso atrás, obligándolo a retirar sus manos.

–¿Por qué está pasando esto? –susurró ella.

El modo en que había formulado aquella pregunta resultaba inquietante. Era como si fueran víctimas de la misma tragedia y eso los hubiera unido. Debía recordar que su única intención era hacerle olvidar el delito que había cometido su padre.

Y a punto estaba de conseguirlo.

–Invítame a entrar –dijo Dante con voz ronca.

–No –dijo ella negando con la cabeza.

¿Estaba jugando con él?

Cami se había llevado la mano a la boca. Si le estaba pasando lo mismo que a él, sus labios estarían calientes e hinchados. Solo había una manera de poner fin a aquello y apretó los dientes, sintiéndose frustrado.

Podía aceptar que un puñado de hormonas lo hubiera hecho sentirse atraído por aquella mujer, su enemigo a muerte. Pero no estaba dispuesto a permitir que lo manipulara aprovechándose de aquella atracción.

–Vendré a buscarte temprano –consiguió decir como si su interés hubiera decaído.

–No voy a ir a esquiar contigo. Lo único que quiero saber de ti mañana es que tu contable te ha confirmado que has estado recibiendo mis pagos durante todo este tiempo.

–No te das por vencida, ¿no?

–¡Es que es verdad!

–Estate preparada o haré investigar a tu hermano –le advirtió.

Cami echó bruscamente la cabeza hacia atrás, como si hubiera recibido un golpe inesperado.

–¿Sabes?, mi padre te consideraba un visionario y me sentía celosa de que hablara de ti con tanta admiración. Quería que estuviera orgulloso de mí y me esforzaba mucho en todo para estar a la altura de alguien a quien tenía en tan alta estima. Siempre te he considerado digno de respeto, ya veo que estaba equivocada.

–Como yo, que también pensaba lo mismo de él.

Cami contuvo el aliento, sorprendida por sus palabras. Dante sonrió a pesar de que no se sentía satisfecho.

–Buenas noches, Cami.

–Adiós, Dante.

Salió corriendo con la elegancia de una gacela, saltando los charcos con aquellas botas tan sexys. Viéndola marchar se dio cuenta de que había empezado a creerla y quiso convencerse de que decía la verdad. Así sería mucho más soportable aquella atracción que sentía por ella.

Por eso fue por lo que se sintió tan defraudado cuando a la mañana siguiente le llegó un correo electrónico que demostraba una vez más que los Fagan eran unos mentirosos.

Capítulo 4

NO LO entiendo.

Cami no podía comprender lo que estaba viendo. Se le había caído el alma a los pies.

Desvió la mirada al teléfono de Dante y de vuelta a su rostro inexpresivo. Aquello no tenía ningún sentido.

–¿Cómo que no hay ningún registro?

–Has ido demasiado lejos con todo esto, Cami. Deja ya de fingir.

–¡No estoy fingiendo!

Sintió un nudo en la boca del estómago y se le aceleró el pulso. La cabeza le daba vueltas. No podía ser cierto, tenía que estar equivocado. Probablemente su contable no había mirado bien.

–Tengo que hablar con el banco –dijo Cami llevándose la mano a la frente.

Tenía que haber una explicación lógica.

–Es domingo.

–Tengo que aclararlo. Estamos hablando de miles de dólares.

–¿De verdad?

–No seas sarcástico –farfulló Cami.

Había conseguido dormir mejor, pensando que por fin iba a mejorar la opinión que tenía de ella. Quizá, a partir de ahí, pudieran… Bueno, prefería no pensar en eso hasta que no fuera posible, algo que en aquel momento estaba fuera de su alcance.

¿Por qué no aparecían los pagos reflejados en su cuenta?

Tenía que decírselo a Reeve. Se había llevado todos los papeles el verano anterior cuando había estado solicitando ayuda financiera para sus estudios y necesitaba demostrar su precariedad. De hecho, habían llegado a discutir por ello. Odiaba que se conociera su situación por vergüenza. Su hermano no podía ayudarla a pagar. Necesitaba cada céntimo para pagarse el alojamiento y la manutención. Siempre decía que ya habían pagado suficiente, pero ella no veía otra opción.

Con manos temblorosas le mandó un mensaje sin entrar en

detalles, simplemente pidiéndole que buscara los documentos más importantes.

No le sorprendió no recibir respuesta. Reeve solía pasar los domingos en la biblioteca o en cualquier lugar tranquilo, estudiando.

Al bajar el teléfono, Dante arqueó las cejas, expectante.

–Por el amor de Dios, no puedes pretender que vaya a esquiar contigo.

Era imposible que quisiera pasar el día con ella. La odiaba. No soportaría pasar horas con él siendo objeto de sus burlas.

–No quiero disgustar a mi abuela.

Cami abrió la boca para decir que quería ir al banco, pero recordó que estaba cerrado. Pensó en llamar al teléfono de atención al cliente, pero probablemente a aquella hora no pudieran hacer nada. Iba a tener que ir en persona para averiguar qué había pasado.

–Tengo que tomar un autocar en un par de horas.

–Mi abuela te ha ofrecido que viajes con ella a Vancouver mañana.

–¿Y dónde sugieres que pase la noche? Iba a devolver las llaves de camino.

Tenía la mochila cerrada y llevaba la misma ropa que la noche anterior.

Dante curvó una de las comisuras de sus labios en un gesto tan sexy como arrogante.

–¿Contigo? –añadió Cami–. Por favor, no buscaba una invitación.

Muy a su pesar, la idea le resultaba tentadora. Y él se había dado cuenta, lo cual era peor.

–¿Cuánto quieres?

–¿Por pasar la noche contigo? –preguntó ella alzando la voz.

–Por hacer de guía en la montaña –contestó Dante sin disimular un brillo divertido en la mirada.

–Mil dólares.

–Hecho.

–¡Estaba bromeando!

–Yo no. Vamos –dijo él señalando con la cabeza hacia la puerta.

–No.

–¿Quieres que negociemos también dónde pasarás la noche?

Su tono aterciopelado la envolvió en una sensación erótica.

–Deja de tratarme como si pudieras comprarme.

Su voz no sonó tan beligerante como le habría gustado. Más

bien, parecía estarle pidiendo clemencia.

Dante bajó la mirada y se quedó mirando fijamente sus botas.

–Fueron un regalo.

–Ya. ¿Qué clase de regalo quieres que te haga?

–¿Qué tal un poco de respeto? –sugirió Cami con dulzura.

–Eso es algo que hay que ganarse –replicó él entornando los ojos.

–Y supongo que me lo ganaría aceptando tu dinero, ¿verdad? Como le dije a tu abuela anoche, doy clases de esquí a niños y una de las madres me las regaló, no un amante. No voy por ahí acostándome con cualquiera.

Dante no dijo nada y permaneció inalterable.

Cami se sonrojó, consciente de que con su exagerada reacción le estaba enviando el mensaje equivocado. Tal vez tuviera una razón para sentirse interesado por ella, teniendo en cuenta el modo en que se había comportado con él, pero…

–¿Puedes salir de mi vida, por favor?

Se apartó el pelo de la cara y se dio cuenta de que temblaba. Estaba al borde de las lágrimas. ¿Cómo era posible que no le hubiera llegado el dinero?

Dante se guardó las llaves en el bolsillo sin dejar de mirarla. Cami se sentía cada vez más frágil.

–Quiero creerte, Cami, de veras que quiero creerte, pero no puedo hacerlo, ¿no lo entiendes?

–¿Te das cuenta de que ahora mismo me estoy volviendo loca? Pensaba que te estaba pagando lo que te debía.

Estaba sujetando con tanta fuerza el teléfono que iba a dejarle una marca en la palma de la mano.

Dante apretó el mentón y suspiró.

Justo en aquel momento, el teléfono de Cami sonó. Miró la pantalla y vio que era Reeve.

–¿Hola? –dijo contestando la llamada.

–¿Para qué necesitas esos papeles? Pensaba que estarías de camino.

–Todavía no he salido.

Dirigió la mirada hacia Dante, convencida de que podía oír a su hermano tan bien como ella.

–Mejor, porque el hermano de Seth acaba de llegar. Le dije que estabas de camino, pero si pudiera usar el sofá esta noche…

–Está bien, me quedaré en casa de Sharma. ¿Puedes mandarme esos papeles escaneados? No quiero esperar.

–Estoy en la biblioteca. Tardaré en llegar a casa. ¿Para qué los

necesitas?

–Quiero comprobar una cosa con el banco mañana por la mañana. Te mandaré un mensaje cuando esté de camino. Estudia mucho. ¡Y come verdura!

Cami colgó y envió un mensaje a Sharma antes de volverse hacia Dante. ¿Por qué se lo estaba poniendo tan difícil?

Estaba empeñada en demostrarle que decía la verdad. Pero ¿qué cambiaría? Nada podría borrar la traición de su padre y se sentía tan derrotada que deseaba ponerse a llorar.

–¿Ya estás preparada? –preguntó Dante echándose al hombro la mochila.

–¿De verdad insistes en esquiar?

–Sí.

¿Por qué no? Podía pasar el día haciendo lo único que conseguiría calmar su estrés.

Convencida, cerró por última vez la puerta de su apartamento y lo siguió hasta la calle.

Cami sabía mucho del pueblo, de las colinas y, lo más importante, de esquís. Dante aprovechó sus consejos y se compró un par, puesto que iba a pasar unas cuantas semanas allí.

–Me apasiona esquiar, ¿qué puedo decir?

Mientras elegía unos pantalones y un jersey, Cami desapareció, dejando a Dante a solas con sus pensamientos. Se daba cuenta de que lo único que ella obtenía con aquello era satisfacción personal. No tenía ningún interés en ganarse una comisión ni tampoco su favor. Parecía un acto desinteresado, como el que había tenido con su abuela.

Otra pieza que no acababa de encajar en aquel puzle era lo preocupada que se mostraba por que no le constaran las transferencias que había estado haciendo. Estaba intentando entender qué sacaba con aquella mentira cuando se la encontró en la fila del telesilla.

Había alquilado unos esquís y llevaba la ropa que le había visto sacar de la mochila en el todoterreno: un jersey negro de cuello vuelto, unos pantalones de yoga y un anorak rojo. Estaba muy atractiva.

La mente se le quedó en blanco, incapaz de pensar en otra cosa.

Justo en aquel momento el sol brilló por entre las nubes, haciendo destacar los reflejos castaños de su pelo. Se puso unas gafas de sol y sonrió con una emoción contagiosa y cautivadora.

–Decías que preferías la nieve en polvo, ¿no?

Por eso era por lo que quería esquiar a primera hora de la mañana. La lluvia que había caído en el pueblo durante la noche había formado una fina capa de nieve en la superficie. Si hubiera estado solo, apenas habría encontrado, pero Cami conocía todas las pistas y cómo moverse entre ellas.

Dejó que fuera ella la que los guiara y fueron bajando laderas. A media mañana, cuando el sol brillaba en lo más alto, tenía una agradable sensación de cansancio.

–¿Comemos?

–Me vendría bien un descanso –dijo ella–. Hacía tiempo que no esquiaba así.

Dante frunció el ceño al advertir un ligero temblor en ella.

–Deberías haberme dicho que te estabas cansando.

–Tu abuela quería que nos divirtiéramos –le recordó–. Volveré por una pista fácil, tú puedes volver por otra más complicada.

–Me quedaré contigo. Hay un refugio a medio camino, ¿verdad? Podemos comer allí.

Cami asintió y Dante la siguió a cierta distancia para asegurarse de que no se cayera.

La había estado observando durante la mañana y se había convencido de que eran ciertas las razones por las que toda su familia se había marchado a vivir a Italia. No temía a la velocidad y sus giros eran precisos incluso en aquel momento en el que se movía con suavidad, levantando una nube de nieve a su paso mientras descendían la ladera.

Una vez llegaron y se quitaron los esquís, les dieron mesa en una terraza con vistas a las pistas.

Dante pidió vino blanco y unos aperitivos para compartir.

–¿Te has hecho daño?

–No, es solo una antigua lesión –respondió ella.

Evitó decir nada más dando un sorbo de agua y ocultó la mirada tras las gafas de sol. Luego, se volvió hacia las cumbres blancas que contrastaban con el intenso azul del cielo.

–Ese sería un fondo perfecto para hacer una foto y mandársela a tu abuela –añadió.

Dante sacó su teléfono y se acercaron a la barandilla. Con todas aquellas cimas alrededor parecían estar en lo más alto del mundo. Se colocaron, puso el modo cámara y la rodeó con el brazo libre. Ella se puso rígida y lo miró sobresaltada, ruborizándose al instante.

La atracción que sentía hacia ella seguía sin aplacarse. Su esbelta figura resultaba muy femenina, a la vez que fuerte y

resistente.

Mientras se miraban a los ojos y el rubor de sus mejillas se hacía más intenso, Dante sintió que el calor de su interior se convertía en un infierno. Aquello era algo más que una respuesta física. El día estaba siendo perfecto y se sentía satisfecho. Sentía gratitud hacia ella por haberlo hecho tan agradable. Se inclinó para besarla, incapaz de resistirse.

Ella jadeó y separó los labios para recibir los suyos con la misma ansia que él. Como las otras dos veces, la pasión enseguida estalló.

Cami echó la cabeza hacia atrás bruscamente, batiendo sus pestañas húmedas.

–Por favor, no. No sé cómo llevar esto –susurró–. Por favor, no me avergüences delante de la gente solo para demostrar que puedes salirte con la tuya.

Mientras permanecía a escasos centímetros de ella, sintiendo cómo resonaban sus latidos en los oídos, fue asimilando el tono casi doloroso de su voz y la angustia de sus ojos húmedos.

No se estaba haciendo la remilgada. Su aflicción era real y eso lo incomodaba. Le gustaba provocarle una reacción tan intensa, pero no quería aprovecharse de eso.

Cami trató de zafarse de él, pero Dante la sujetó con el brazo para acabar con lo que estaban haciendo.

–Sonríe –dijo bruscamente, sosteniendo con no demasiada firmeza el móvil en la mano.

Ella tragó saliva, se colocó las gafas de sol en la cabeza y se pasó un dedo por debajo de cada ojo. Luego, levantó el rostro y miró hacia la pantalla.

–Graba un vídeo.

Dante hizo lo que le pedía y ella sonrió, fresca y radiante, pero con aspecto desamparado. Aquello le encogió el corazón.

–Gracias, Bernadetta. Hemos pasado un día estupendo.

Su voz era grave y lanzó al objetivo un beso con mano temblorosa.

–*Grazij, noni* –dijo Dante, estrechándola con su brazo en un intento de transmitirle seguridad y protección.

Quería insistirle en que no le haría daño, pero ya se lo había dicho. Un sentimiento de culpabilidad lo asaltó y apretó el puño. Disimuló su agitación y siguió grabando el paisaje.

–*Grazij,* Cami –dijo, y la soltó para enviar el vídeo.

Ella volvió a mirarlo con aquella expresión de fragilidad antes de volver a la mesa.

–Es bonito que estés tan unido a ella –comentó cambiando de

tema–. Mis abuelos murieron cuando era pequeña y apenas los recuerdo.

Les habían llevado el vino. Se sentaron y brindaron antes de probarlo.

–Es una lástima que tu abuela no tenga tiempo para conocer más la zona.

Seguía teniendo las gafas de sol en el pelo, por lo que podía ver perfectamente su expresión. Estaba observando el paisaje de la misma forma en que él disfrutaba de los viñedos en su casa, como si le transmitiera paz.

Por un segundo, se preguntó si Stephen sería el culpable de aquel amor por las montañas.

–Estuvo aquí con mi abuelo hace años. Siente nostalgia. Creo que no asimila bien el paso del tiempo. Prefiere quedarse en el hotel, pensando que aparecerá en la habitación en cualquier momento.

Le entristecía que se estuviera haciendo mayor.

–Mis abuelos siempre viajaron mucho –continuó–. Cuando se enteró de que habíamos comprado un hotel aquí y dijo que quería conocerlo, pensé que había renacido su espíritu viajero, pero creo que se trata más de volver a visitar los sitios en los que estuvo con mi abuelo. Por eso se acercó al Tabor el otro día. Le pedí un coche, pero prefirió ir andando. Anoche, durante la cena, fue la primera vez que habló de otras cosas que no fueran él. No es que me importe. Me está contando muchas historias que no conocía, pero me estoy dando cuenta de lo mucho que lo echa de menos.

–¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

–Casi cincuenta años.

–Ha tenido que ser muy difícil para ella perderlo –dijo Cami, y un brillo de melancolía asomó a sus ojos.

–Sí, mucho.

–Supongo que tú también estabas muy unido a él. Me contaste que se hicieron cargo de ti cuando tus padres murieron, ¿verdad? ¿Cuántos años tenías?

–Ocho –contestó él y se rascó la mejilla antes de dar un sorbo de vino.

–Qué pequeño –comentó Cami con el ceño fruncido–, aunque supongo que ninguna edad es buena para perder a unos padres, ¿no? ¿Tienes hermanos?

La empatía de su mirada hizo que a Dante le diera un vuelco el corazón. ¿Cómo habían acabado hablando de algo tan personal?

–No.

Dante tuvo que aclararse la voz. La sensación de abandono que había sufrido tras la muerte de sus padres había sido insoportable, pero de eso hacía mucho tiempo. La pérdida de su abuelo le había afectado mucho, y había reavivado aquel sentimiento de estar a la deriva. Cuando perdiera a su abuela, volvería a pasar por lo mismo.

–Pero tengo un montón de primos, tíos y tías.

De todos ellos era responsable. Aunque a veces era una carga difícil de soportar, no importaba. Eran toda la familia que tenía.

–Siempre he pensado que ser parte de una gran familia italiana tenía que ser maravilloso. ¿Es así?

–Exactamente, siciliana –la corrigió y se encogió de hombros, deseando dejar de hablar de sí mismo–. No tengo quejas. ¿Tú solo tienes un hermano?

–Sí, Reeve.

–¿Es mayor que tú?

–No, es cuatro años más pequeño.

Les sirvieron la comida, una variedad de platos locales incluyendo un tartar, vieiras gratinadas sobre un lecho de berros y salmón ahumado con batata frita.

–Gracias –dijo sonriendo con timidez–. Solo he desayunado un yogur.

Antes de que pudiera reprenderla por haber hecho tanto ejercicio sin apenas haber comido, ella continuó hablando.

–Si te dedicas a los coches de conducción autónoma, ¿cómo es que has comprado el hotel Tabor?

–Me hice cargo de la empresa familiar, Gallo Proprietà, cuando mi abuelo murió. Tenemos inversiones en varios campos, sobre todo en hoteles, restaurantes, transportes y operaciones de importación y exportación.

–Conozco a lo que se dedica Gallo Proprietà, y eso es a lo que me refería. Los coches de conducción autónoma no están entre los intereses de la compañía. ¿Por qué un negocio hotelero si tu pasión reside en algo completamente diferente?

–Mi intención siempre fue ser el sucesor de mi abuelo. Estudié dos carreras, Ciencias Empresariales e Informática porque me gustaba. Cuando acabé los estudios, los coches de conducción autónoma eran ciencia ficción, pero era algo en lo que creía. Mi abuelo confió en mí y decidimos que sería una buena idea que me dedicara a mi hobby durante unos años, pero murió inesperadamente. Tuve que dejar mi sueño a un lado y asumir la dirección de Gallo Proprietà.

–¿Te gusta lo que haces?

–No me desagrada, aunque eso no importa. Hice lo que tenía que hacer.

–¿Has hecho algo desde entonces relacionado con coches?

–¿Por qué? ¿También tú pretendes sacar provecho de la tecnología?

El brillo de curiosidad que había asomado a sus ojos se convirtió en dolor.

–De vuelta al punto de partida –murmuró ella con frialdad–. No puedo culparte por ser un cínico, pero yo no soy mi padre. Tan solo pretendía tener una conversación.

–Stephen… ¿cuándo…?

–Hace ocho años.

Cami dejó de comer y buscó algo en el bolsillo de su chaqueta antes de sacar una tarjeta de crédito.

–Guarda eso –gruñó Dante.

Ella la dejó junto a su teléfono y buscó con la mirada al camarero.

–Guárdala o me la quedaré.

Cami puso el teléfono y la tarjeta en su regazo, y lo miró.

–No voy a seguir sentada aquí mientras me acuses de cosas que no he hecho.

–Le apreciaba –farfulló molesto–. Por eso no me puedo creer lo que me hizo. ¿Cómo ocurrió el accidente?

Dio un sorbo de vino, pero le supo agrio. También él había perdido el apetito.

–Hielo en la carretera. Había conseguido un trabajo en la estación de esquí de Banff y me iba allí a pasar el invierno para poder entrenar en mis horas libres.

–¿Cuántos años tenías?

Le calculaba no más de veinticinco años.

–Dieciséis.

–¿Fue entonces cuando te rompiste la pierna?

–Sí.

Cami no quería decirle que se sentía culpable de que estuvieran en aquella carretera por ella, aunque Dante se dio cuenta por la gravedad de su voz. Podía adivinarlo en la angustia de su expresión. Eso le causaba un profundo malestar en el pecho.

–La pierna rota no fue lo único que te hiciste, ¿verdad? –preguntó mirando la fina línea de la base de su cuello.

–Me rompí la clavícula y tuve una perforación de pulmón. Pasé por seis operaciones en dos meses, y luego estuve en rehabilitación un año. Tuve suerte de salir con vida, no me quejo.

–¿Viajabais toda la familia? –preguntó, aunque conocía la respuesta.

Cami apretó los labios y asintió.

–Mi madre murió en el acto. Yo quedé inconsciente. Mi padre estuvo hablando con Reeve unos minutos, explicándole cómo detener una hemorragia. Reeve tenía doce años y el brazo roto. Se las arregló para subir el terraplén y pedir ayuda. Tardó un rato en pasar un coche, pero se detuvo y gracias a eso estoy aquí. Desde entonces, mi hermano y yo no dudamos en socorrer a quien haga falta.

Dante sintió que se le ponía la carne de gallina al pensar en que estaba viva gracias a unos desconocidos.

–Por eso ayudé a tu abuela y por eso también es por lo que Reeve quiere ser médico. Se sintió impotente. No eches a perder sus planes, Dante –dijo, y sus ojos airados se clavaron en él.

Dante se había imaginado que su hermano querría ser cirujano plástico o dedicarse a cualquier otra especialidad bien remunerada, así que aquella razón por la que quería estudiar Medicina lo pilló por sorpresa y se sintió incómodo.

«Cuidado, no olvides que los Fagan son unos mentirosos», se recordó.

Pero aquello parecía demasiado real. Había visto las cicatrices y percibía la agonía en su voz.

–¿Qué pasó después del accidente? ¿Adónde fuiste?

–A una casa de acogida –respondió envolviéndose en su anorak–. Reeve pudo quedarse en casa de un amigo del colegio. Eran buena gente, pero no pudieron acogerme. Pasaron apuros, aunque nunca lo dijeron. Pero estuve bien.

Apenas hacía cuarenta y ocho horas que lo conocía y le sorprendía la cantidad de veces que le había dicho que estaba bien.

–No nos veíamos demasiado. Yo estaba en Edmonton y él en Calgary. Cuando cumplí dieciocho años, me fui a vivir a Calgary, encontré trabajo y alquilé un apartamento. Me hice con su custodia y nos las arreglamos para salir adelante.

Su teléfono vibró y miró la pantalla.

–Reeve está en casa. Te voy a reenviar los documentos que me manda.

El teléfono de Dante emitió un sonido al recibir el mensaje, pero no lo miró.

–¿Qué pasa? –dijo ella, frunciendo el ceño al ver que dudaba.

–Ha tenido todo el día para preparar cualquier cosa.

Trató de mostrarse indiferente, pero lo cierto era que se sentía

conmovido por todo lo que le había contado. Aun así, se mostraba sonriente y dispuesta a ayudar.

—Ya veo que estoy perdiendo el tiempo —dijo Cami, y se levantó.

No sabía si la estaba llamando. El dolor de la pierna era insoportable y estaba haciendo todo lo posible por ignorarlo. Apretó los dientes y se aferró a la barandilla de la escalera exterior que llevaba hasta donde se dejaban los esquís.

«No llores».

Aquel hombre no merecía la pena, pero estaba al borde de las lágrimas y no solo por el dolor. Le había hecho bajar la guardia, ofreciéndole un día que parecía sacado de un sueño y luego besándola con tanta ternura que había estado a punto de llorar de emoción.

Había sido ella la que había puesto fin a aquel beso. Había tenido que hacer un gran esfuerzo porque se sentía muy vulnerable con su boca junto a la suya. Se sentía tan a su merced que le habría dejado hacerle el amor allí mismo, en público.

No acababa de entender por qué o cómo le hacía bajar la guardia con tanta facilidad. Le había abierto su corazón hablándole de sus padres, reviviendo su dolor, en un intento por ganarse un cambio en su consideración. No necesitaba castigarla, vivía en continuo sufrimiento. Al mismo tiempo, sentía una gran empatía hacia él porque también había perdido a sus padres.

Sin embargo, ni siquiera se molestó en mirar su teléfono para ver la carga que había puesto sobre ella después de que lo hubiera perdido todo.

No tenían nada que decirse el uno al otro y eso la hacía sentirse desolada.

Continuó descendiendo por la pista con mucha prudencia y valiéndose de su pierna sana. Estaba temblando de agotamiento cuando devolvió los esquís. Quizá en parte fuera por rabia, pero estaba muy cansada para saberlo. Estaba deseando llegar a la estación de autocares.

Pero se había dejado la mochila en el maletero del todoterreno de Dante. Parecía que aquel hombre no dejaba nunca de torturarla de una manera o de otra.

Recogió sus cosas de la taquilla y salió cojeando, preguntándose si ya se habría ido. Si era así, tendría que tomar un autobús e ir hasta su hotel.

—Cami.

Allí estaba su pesadilla, sin esquís. Se había cambiado y estaba muy guapo.

–¿Cómo…?

–He bajado por una pista negra.

–Cómo no se me ha ocurrido –dijo, y lo rodeó para esquivarlo–. Necesito mi mochila.

Estaba enfadada y dolida, en especial porque le había impedido disfrutar de lo que más le gustaba en el mundo, esquiar. Durante unas horas, el día había sido perfecto.

«No llores».

De repente, resbaló en el hielo y fue a caer en sus brazos.

–¿Qué demonios estás haciendo?

Dante la sujetó para que recuperara el equilibrio. Era una sensación maravillosa estar entre sus fuertes brazos. Lo odiaba, quería estrangularlo, pero la emoción le provocó un nudo en la garganta. Su masculinidad la debilitaba. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar fundirse en un abrazo con él y sollozar junto a su cuello.

Entonces Dante habló con una voz tan sombría que se le heló la sangre.

–¿De qué demonios conoces a Benito Castiglione?

–¿Lo has leído?

Se quedó observándolo atentamente, desesperada por ver alguna señal que indicara que lo que había visto le había hecho cambiar de opinión respecto a ella.

Pero más que escéptico, se le veía furioso.

–No lo conozco, solo sé que es el tipo que nos dijo a dónde enviar el dinero y cuánto –explicó Cami–. ¿Por qué, quién es?

–Era el abogado que me llevaba las patentes, pero murió unos días después de que tu familia se marchara de Italia.

Capítulo 5

CAMI parpadeó, tratando de comprender.

Una ligera esperanza la asaltó. Confiaba en que aquello significara que el dinero había aparecido en una cuenta y que le sería devuelto como si se tratara de un premio de lotería. Pero en el fondo sabía que eso no pasaría. Había perdido aquel dinero como tantas otras cosas en su vida: su trabajo en el Tabor, sus padres, la oportunidad de ganar una medalla de oro… Siempre pasaba lo mismo.

Trató de apartar aquellos pensamientos.

Su vida se había desmoronado muchas veces y ya no podía soportar un desastre más. El mundo se veía diferente desde lo alto de una montaña. Allí arriba era tan solo un ser diminuto en medio de la inmensidad del planeta.

Pero como si de un juego de mesa se tratara, había vuelto a la casilla de salida. Trató de pensar en cuáles serían sus siguientes pasos, pero solo encontró un vacío. Su cerebro estaba paralizado.

Sintió un cosquilleo en la mejilla y se dio cuenta de que estaba llorando. Dante la había hecho sentarse en el asiento del copiloto del coche alquilado y no paraba de verter lágrimas silenciosas como si fuera un bebé. Buscó en su bolso y sacó un pañuelo de papel. Se sonó la nariz y trató de recuperar la compostura.

Dante detuvo el coche y ella parpadeó repetidamente para aclararse la vista. Estaban en su hotel.

¿Qué esperaba, que la llevara a su apartamento? No eran amigos. A pesar de sus esfuerzos, no le había devuelto ni un céntimo del dinero que su padre le había robado. No le debía nada.

Se le aceleró la respiración al darse cuenta de que había perdido toda oportunidad de demostrar que no era una mentirosa. No había forma de que mejorara la opinión que tenía de ella. Solo parecería una lunática. Estaba en su derecho de despreciarla, pero le resultaba muy doloroso que siguiera haciéndolo.

El aparcacoches le abrió la puerta y se bajó, cojeando hasta la

parte trasera del vehículo para recoger su mochila.

–Dante.

Él había enfilado hacia la entrada y se volvió. La fulminó con su mirada oscura.

–Necesito mi mochila –dijo con un hilo de voz, señalando hacia el maletero del todoterreno.

Dormiría en el suelo en casa de Reeve. No sería la primera vez.

¿Qué diría su hermano de todo aquello? Se suponía que ella era mayor y más prudente, pero había vuelto a meter la pata.

Aquello era muy injusto. Todo el mundo pasaba malas rachas en su vida, pero ¿tan malas?

–Tenemos que hablar. Vamos dentro –dijo él.

–No puedo.

Apenas podía controlar sus emociones. Una vez asumiera todo aquello y decidiera qué hacer, estaría bien. De momento se sentía abrumada. ¿Adónde había ido a parar todo el dinero?

«No seas patética. Deja ya de llorar», se dijo, y se mordió el labio inferior tratando de contener su dolor.

–¿Necesitas que te ayude? –preguntó él en tono áspero–. ¿Quieres que avise a un médico?

–No, me refiero a que no puedo hablar contigo. Me resulta muy doloroso –dijo sin rodeos, y le tembló la mano al secarse los ojos.

Un músculo se tensó en el mentón de Dante.

–Quiero saber qué pasa.

La rodeó con su brazo y la condujo hacia el hotel.

Cami accedió porque estaba cansada y no tenía donde ir. Necesitaba sentarse y pensar, resolver algunas preguntas que ella misma se estaba planteando. También porque necesitaba apoyarse en alguien más fuerte, aunque ese alguien la odiara.

Al llegar al ascensor, no la soltó. Ella se recostó en él, disfrutando de su agradable olor y del calor de su cuerpo, y apoyó la cabeza en su pecho. En aquel momento en el que se sentía tan pequeña e indefensa, agradecía aquel contacto humano.

Poco después entraron en lo que debía de ser el lujoso ático. Era un espacio muy agradable, decorado en tonos tierra, con sofás de cuero claro en contraste con cojines de colores vivos, y una chimenea de gas encendida. En un rincón había una pequeña cocina con un aseo al lado. Junto a una gran cristalera de doble altura y vistas a las montañas, una escalera subía a lo que debía de ser el dormitorio. En un día de verano, las cuatro puertas se plegarían sobre sí mismas abriéndose hacia una terraza.

–Esto es muy bonito –murmuró Cami, y se volvió hacia el

paisaje, que en ese momento se veía dorado por los últimos rayos de sol.

–A *noni* no le gustan las escaleras. Si no, se lo habría quedado ella –dijo Dante, y se dispuso a preparar café.

Cami buscó en su bolso y extrajo un blíster de analgésicos con tan solo dos pastillas. Las sacó, se sirvió un vaso de agua y se las tragó bajo la atenta mirada de Dante.

–¿Por qué te empeñas en esquiar si no te va bien?

Había querido pasar tiempo con él, esa era la verdad. Se le encogió el corazón. Había muchas cosas en aquel hombre que le inquietaban.

–No tendré ocasión de hacerlo en una temporada. Hay que saber aprovechar las oportunidades cuando se presentan, ¿no?

La parca sonrisa de Cami y el modo en que evitaba su mirada no le parecían completamente sinceras, pero Dante ya no sabía qué pensar. Sacudió la cabeza y llevó la bandeja con el café hasta la mesa del salón.

Ella lo siguió y se sentó en el sofá. Luego tomó una taza y la rodeó con las manos. Estaba pálida y tenía la punta de la nariz roja. Debería haberla mandado al baño, pero necesitaba respuestas. Todavía seguía impactado después de haber visto el nombre de Benito en una carta fechada dos años atrás.

–Bueno, explícamelo –dijo sentándose frente a ella.

–Yo… –comenzó Cami y la ansiedad de sus ojos aumentó–. No sé qué decir. Durante todo este tiempo, pensé que te había estado devolviendo el dinero. Ya te dije antes que mis padres nunca nos contaron nada de lo que pasó en Italia, solo supimos que tuvimos que venderlo todo, incluidos mis esquís.

A pesar de que trataba de mostrarse serena, el tono de su voz y la expresión de su rostro la traicionaron. A juzgar por la pasión que sentía por aquel deporte, aquello debió de ser muy duro para ella. Seguramente, tanto como cuando sus diseños fueron copiados de su ordenador y entregados a la competencia.

–Más tarde, di por sentado que mi padre te había pagado una gran suma de dinero, pero no tengo pruebas. Al parecer, no tengo pruebas de nada.

Dante la observó atentamente. El aleteo de sus pestañas, el rubor de sus mejillas, la tensión de su frente, la rigidez de sus labios… Buscaba alguna señal para saber si le estaba mintiendo o le estaba contando la verdad, convencido de que debía haberla dejado

marchar y salir de su vida. Cuando la había visto irse de la comida, se había dicho que no merecía la pena aquel quebradero de cabeza.

Pero no había podido evitar echar un vistazo a los documentos que le había enviado. Nada más ver el nombre de Benito y la fecha, su cabeza estalló. Había seguido a Cami y la había visto esquiar con una pierna. No se había dado cuenta de que había abandonado la pista de principiantes hasta que había perdido su rastro y se había visto en otra más empinada. Había vuelto a verla al pie de las pistas, pero había estado muy preocupado por lo mucho que había tardado.

El efecto que tenía sobre él le resultaba perturbador. Una parte de él todavía quería alejarse de ella, pero no podía. Y no solo por aquel nuevo giro en el que había aparecido Benito, sino porque renegaba de aquel sentimiento que despertaba en él.

–¿Son estas todas las cartas que recibiste de Benito?

–Las más recientes. ¿Has visto esa de hace un año en la que le pido hablar contigo por teléfono?

–¿Para qué, qué querías contarme?

Cami se quedó pensativa unos segundos.

–Sé que no te importa, pero no ha sido fácil reunir el dinero. Estaba intentando ayudar a Reeve a pagarse los estudios y quería proponer un nuevo calendario de pagos. Benito me dijo que no estabas dispuesto a negociar, que tenía que cumplir lo acordado o me vería en el juzgado.

–¿Acordado por quién? ¿Por tu padre?

Parecía confusa, afligida.

–No lo sé –contestó–. No supe exactamente qué había hecho mi padre hasta que me fui a vivir a Calgary. Parece que alguien se ocupó del papeleo de la herencia de mis padres mientras estuve ingresada en el hospital. Los únicos documentos que vi fueron los que Benito me enseñó. Me dijo que mis padres estaban arruinados, que no nos habían dejado nada. En el testamento solo se decía que en cuanto fuera mayor de edad podría ser la tutora legal de Reeve y así lo hicimos. Llevaba unos meses conmigo cuando las cartas comenzaron a llegar.

–Las cartas de Benito, ¿no?

–Sí –dijo ella asintiendo con la cabeza–. Estaba muy asustada. No podía pagar a un abogado y mucho menos por un delito cometido en el extranjero. Nos mandó la confesión de mi padre y dijo que eso era todo. Mi padre se había declarado culpable y había prometido pagarte una enorme cantidad de dinero –añadió, y miró al techo, como si intentara contener las lágrimas–. No soy como tú,

no tengo el respaldo de una empresa familiar con propiedades por todo el mundo. Tan solo contaba con un viejo ordenador portátil y la alianza de boda de mi madre. No tenía de dónde sacar ese dinero. Pero quiero devolverlo porque estoy convencida de que mi padre lo usó para pagar mis entrenamientos. Estoy haciendo todo lo que puedo.

Dante pensó en su diminuto apartamento, en la reliquia de teléfono móvil que usaba y en los analgésicos que la había visto tomar, que sabía se vendían sin receta.

Pero también en lo protectora que era con las aspiraciones de su hermano.

–¿Qué pasó cuando empezaste a enviar los pagos?

–Me endeudé y nos echaron del apartamento porque dejé de pagar la renta. Me quitaron la custodia de Reeve durante dos meses hasta que pude volver a levantar cabeza. No me lo ha perdonado nunca –dijo Cami, y suspiró–. Lecciones que da la vida, ¿no? La asistente social me ayudó mucho. Me consiguió una beca para un curso de hostelería y así empecé a trabajar en hoteles y acabé aquí cuando Reeve empezó la universidad en Vancouver. Pero los alquileres en esta ciudad son muy altos. Por eso pensé que trabajar en el Tabor era un buen paso y que podría respirar, pero…

Había sido él el que había apretado el botón detonador.

Se pasó un dedo por los labios mientras dilucidaba si había sido víctima de una estafa o si lo que pretendía era estafarlo a él.

–¿Qué ha sido de Benito?

–Si los rumores son ciertos, murió asesinado en un ajuste de cuentas por deudas de juego.

–¡Dios mío!

–Sí, fue toda una sorpresa, sobre todo porque no había registrado todavía mis patentes. Me puse en contacto con sus compañeros de despacho, pero solo pudieron ofrecerme asesoramiento. Las pruebas contra tu padre eran circunstanciales. Me explicaron que podía perder años y una fortuna tratando de demostrar su culpabilidad, y que lo más probable era que nunca consiguiera una compensación, o que podía obtener su confesión y negociar un acuerdo. Así que eso fue lo que hice, previa firma de un acuerdo de confidencialidad para que no se viera afectada la imagen de Gallo Proprietà. La empresa no pasaba por un buen momento y teníamos que ser prudentes.

–Iré mañana al banco y cancelaré la orden de transferencia. Les pediré que averigüen lo que puedan acerca de la cuenta a la que han estado yendo a parar los pagos y que a partir de ahora los

hagan a una cuenta tuya –dijo Cami acariciándose una ceja–. Me siento como una idiota. Nunca se me ocurrió comprobar si era abogado de verdad. O si estaba vivo.

Dante tomó su teléfono y reenvió los documentos a su abogado, pidiéndole que los estudiara.

–Supongo que, si detengo los pagos, el falso Benito intentará ponerse en contacto, ¿no? –añadió Cami.

Él ladeó la cabeza, mostrándose de acuerdo con su razonamiento, a pesar de que todavía tenía reservas de si el falso Benito había surgido en Italia o en el ordenador del hermano de Cami.

–Todavía sospechas de mí –continuó ella–. Supongo que no puedo culparte, pero… No sé cómo convencerte, ni cómo arreglar esto. Este robo ha sido una terrible carga para mí a lo largo de estos años. Cuando echo la vista atrás, me siento muy egoísta, terca y responsable.

Cami tragó saliva. No parecía encontrarse bien.

Debería estarse deleitando con aquel reproche que se estaba haciendo a sí misma, pero no pudo evitar pensar que aquella cualidad era digna de toda una campeona. Su falta de miedo y su amor por la velocidad la llevarían muy lejos. Hacía falta determinación para conseguir logros. De hecho, probablemente no se habría recuperado de las heridas si no hubiera tenido ese empuje para superar obstáculos.

Lamentaba no haber prestado más atención cuando su padre le había hablado de ella. Recordaba vagamente que en una ocasión le había invitado a su casa para ver una competición. Por aquel entonces, Dante había estado más interesado en sus asuntos. Le habría gustado conocerla en sus mejores tiempos de atleta.

–¿Tenías dieciocho años cuando empezaste a recibir las cartas?

Cami asintió con la cabeza.

Siendo tan joven, había tenido que ejercer de madre de su hermano. Una situación de vulnerabilidad que cualquier desaprensivo habría aprovechado. Pero ¿quién conocía sus circunstancias para hacerlo? Solo los protagonistas principales de aquella historia, la mayoría de los cuales estaban muertos. ¿Tal vez uno de los colegas de Benito o alguno de los acreedores?

¿Era aquella una confesión ingenua o una maniobra para manipularlo?

Su cara era el problema. Proyectaba una gran inocencia con aquella mirada sincera y sus rasgos delicados. Su piel era suave, sus labios como pétalos. Solo tenía que mirarla para olvidarse de lo que

podía o no haber hecho, y desear devorarla.

El calor empezó a acumularse en su entrepierna y se movió incómodo.

–De verdad que quiero compensarte, Dante. Haría lo que fuera por saldar esta deuda y pasar página.

–¿De veras? –preguntó él sin poder evitarlo.

Una fuerte atracción sexual se estaba apoderando de él, haciendo más grave su voz.

Ella lo miró sorprendida y entrelazó sus manos sobre el regazo. Luego desvió la mirada hacia la ventana, con los labios apretados.

–¿Por qué sigues tratándome así? Nunca me he acostado con nadie por dinero, joyas o ropa. Nunca me he acostado con nadie, punto.

–Ja.

Aquello sí que era mentira, y le resultaba tremendamente decepcionante.

–¿Por qué te resulta tan imposible de creer? –preguntó Cami mirándolo fijamente.

–Tienes veinticuatro años.

–No me juzgues por tus estándares.

–¿De verdad esperas que me crea que eres virgen?

–¿Cuándo he tenido tiempo para tener citas? ¿Quién querría acostarse con una mujer después de todo lo que he vivido? –dijo agitando la mano en el aire–. ¡Me da igual si me crees o no! No es asunto tuyo, ¿no te parece? Ah, espera. Por eso no dejas de acusarme, ¿verdad? Quieres que lleguemos a un acuerdo y te ofrezca mi cuerpo para saldar la deuda de mi padre. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Sería mucho más fácil que tener tres empleos. Por cierto, ¿qué precio tiene la virginidad de una mujer? Tal vez me interese.

Cami escupió las palabras, sintiéndose insultada.

–A propósito, los tiempos han cambiado –añadió con amargura–. Ya no se desprecia a la mujer que se vende, sino al hombre que se aprovecha de ella.

Dante se levantó bruscamente y ella volvió a sentarse en el sofá. Aunque apenas se había acercado a ella, se sentía intimidada y contuvo la respiración.

–No creo que ninguno de los dos sea despreciable, ese es el problema –dijo él, y se metió las manos en los bolsillos–. No dejo de pensar en lo mucho que deseo acostarme contigo a pesar de lo que hizo tu padre. Eso me convierte en un estúpido. No puedo permitir que te aproveches de mí como hizo tu padre.

–¡Ni lo pretendo! No sé por qué te he besado, yo no soy así. Lo juro.

–Si tu padre no hubiera estado a punto de destruirme, lo consideraría como lo que es: química sexual.

Cami volvió a quedarse mirando por la ventana hacia las cumbres nevadas. Hacía unas horas había disfrutado esquiando junto a él por aquellas laderas nevadas, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

–Siempre pensé que, cuando sintiera algo así por alguien, sería… –comenzó y tragó saliva, avergonzada–. Bueno, ya sabes.

–¿Tu marido? Eso no va a pasar.

Su voz se había vuelto fría y dura.

–Alguien por quien sintiera algo especial –lo corrigió–. ¿De verdad crees que quiero casarme contigo? Sí, claro, eso funcionaría. Ni que quisiera convertirme en tu esclava sexual.

Aquello no agradó a Dante y su expresión se tornó más gélida.

–Ten cuidado, Cami. Estoy intentando mantener la calma.

–A mí tampoco me agrada sentirme atraída por ti –admitió ella–. Llevas años gobernando mi vida con mano de hierro. Te has llevado por delante lo poco que había conseguido construir aquí, el primer sitio al que consideraba mi hogar. No tengo futuro, a menos que me concedas uno. Tienes todo el poder, Dante. Lo único que me queda es la autoestima ganada a lo largo de estos años intentando hacer lo correcto. Pero incluso eso me estás quitando, al pretender aprovecharte de la reacción que despiertas en mí como si fuera algo con lo que se pudiera negociar. No puedo seguir haciendo esto.

Se levantó y tomó su bolso.

–No vas a irte.

–¿Cómo dices?

La expresión de Dante era indescifrable.

–Mañana iré al banco contigo.

–Muy bien, te veré allí.

–No voy a arriesgarme a que desaparezcas.

–¿Ni siquiera confías en que vaya a una de las reuniones más importantes de mi vida?

–No.

–¿Y qué vas a hacer, encerrarme aquí?

La idea de pasar más tiempo con él era aterradora. Acababa de admitir que se sentía atraído por ella y, aunque no lo conocía bien, estaba convencida de que no dejaría pasar la oportunidad de aprovecharse de ella.

–No te pongas melodramática, te ofrezco mi hospitalidad –dijo

Dante cruzándose de brazos–. Y eso incluye el jacuzzi que hay en el piso de arriba.

Cami sentía los músculos tan rígidos que a punto estuvo de gemir ante aquel plan tan tentador.

–Eso es cruel.

Dante descolgó el teléfono y habló con la recepción.

–Necesito que me suban una mochila del coche.

Capítulo 6

DANTE desapareció para hablar con su abuela, así que Cami decidió que era el momento de meterse en el jacuzzi. Necesitaba tiempo para pensar en todo aquello y buscar una solución a sus problemas.

Él apareció cuando estaba a punto de meterse en la bañera.

–No pensaba que fueras a acompañarme.

Cami se dejó el albornoz puesto para evitar quedarse en bañador más tiempo del necesario. Lo había comprado en rebajas y no se sentía muy favorecida con él, aunque tampoco importaba. Estaba retenida allí no porque hubiera química entre ellos, sino porque no confiaba en ella.

Se sentía atraída por él no solo física, sino emocionalmente. Sí, era un tipo arrogante, pero también era muy cariñoso con su abuela. Tenía un gran sentido del deber y era muy protector con su familia.

Sus defensas se fueron abajo al reparar en sus hombros anchos, su pecho desnudo y su escueto bañador rojo. Una sensación ardiente despertó en sus zonas más íntimas. Aquel pequeño trozo de tela apenas disimulaba el bulto de su entrepierna y no pudo evitar preguntarse si estaría excitado.

Bajó la mirada al agua y se quitó el albornoz, lo colgó de un gancho y se metió en el agua tan rápidamente como sus músculos doloridos se lo permitieron.

Dante se colocó al otro lado del jacuzzi y sonrió divertido mientras estiraba los brazos sobre el borde.

–¿Qué pasa? –preguntó Cami, sospechando que se reía de ella.

–Tal vez sí seas virgen.

No le apetecía volver a hablar de lo mismo. Le dolía aquel cinismo que empleaba con ella.

–Gracias por esto –se obligó a decir, tratando de desviar la conversación a temas menos íntimos–. Una ducha caliente no hubiera sido suficiente –añadió, acercando el muslo a uno de los

chorros de agua.

–¿Por qué empezaste a esquiar? –preguntó Dante con curiosidad.

Estaba relajado y eso debería haber servido para tranquilizarla, pero su sola presencia la alteraba. Un torbellino de sensaciones se había desencadenado en su interior.

–Mi madre competía –contestó tratando de poner orden en sus pensamientos–, pero empezó tarde y solo pudo participar en campeonatos provinciales. Desde pequeños, nos hizo tomar clases de esquí.

–Apoyaba tus aspiraciones.

–Completamente.

–Así que supongo que no fue tuya la idea de mudaros a Italia. ¿Fue ella quien lo decidió?

–Lo decidieron ambos, aunque lo cierto es que cuando mi entrenador me propuso que fuera, insistí hasta convencerlos.

Eso explicaba aquel intenso sentimiento de culpabilidad.

–¿Cómo murieron tus padres? –añadió Cami.

–Tuvieron un accidente en un barco debido a una tormenta.

–Lo siento.

Sus miradas se encontraron y Cami volvió a sentir aquella conexión que sobrepasaba lo sexual. Sus historias eran diferentes, pero compartían el mismo dolor.

Fue Dante el que rompió el contacto visual al hundirse ligeramente para apoyar la cabeza atrás y quedarse mirando al techo. Al sumergirse, algo la rozó en la cadera. Cuando se dio cuenta de que era su pie, lo miró a tiempo de verlo erguir la cabeza y sonreír.

Su expresión no había cambiado, pero sentía el roce de su pie junto a la cadera. Estaba intentando provocarla, mientras mantenía aquella expresión inocente. Ella le sostuvo la mirada, impasible, pero consciente de lo que estaba pasando bajo la superficie del agua.

Cami se quedó mirándolo.

–¿Eres católico? –preguntó ella bruscamente.

–Sí, pero no soy buen practicante.

–¿Porque estás de acuerdo con los preservativos, con el sexo antes del matrimonio?

«Cállate, Cami», se dijo sin saber muy bien qué pretendía con aquello.

–Son pecados por los que me confieso, aunque no esté del todo de acuerdo.

–¿En qué crees?

–En la lealtad, en la responsabilidad, en cuidar de una familia –dijo poniéndose serio.

Ella asintió mostrando su acuerdo.

–*Carpe diem* porque puede que no vivas para hacer todo lo que quieres.

–Claro.

Cami se enderezó, apartó la pierna del chorro de agua y se masajeó el músculo.

–¿No te fastidia no poder esquiar como te gustaría?

–Sí –dijo Cami y reconoció el resentimiento en su propia voz–. Y tú, ¿no echas de menos diseñar coches?

–Sí.

Durante largos segundos, intercambiaron una mirada de comprensión, en la que cada uno descargó sus frustraciones.

–Pero siempre tienes la posibilidad de dedicarte a los coches en el futuro. Tienes recursos. Aunque esperes a jubilarte, es algo que siempre podrás hacer. Yo nunca podré competir. Mi mayor aspiración es pasar un día como hoy.

Dante se aproximó a ella, obligándola a ahogar un gemido. Sus fuertes manos tomaron posesión de su muslo y lo sujetó con fuerza para evitar que lo apartara. Luego, empezó a masajear sus músculos.

–No pensé que fuera a resultarte tan duro. Deberías habérmelo dicho.

Cami estuvo a punto de protestar, pero ante el alivio que le proporcionaba se rindió.

Mucho tiempo atrás, había tenido que recurrir a un masajista profesional. Dante presionó con los pulgares sobre el músculo dolorido y fue bajando por el muslo hasta la rodilla y de vuelta otra vez.

–Qué sensación tan agradable.

Se dejó llevar, aferrada al borde del asiento, mientras Dante comprimía, friccionaba y amasaba su pierna, liberándola de la tensión. Una espiral de deseo se fue formando en su vientre mientras seguía disfrutando de sus atenciones. Trató de contener su reacción, a pesar de que algunos de sus rincones más secretos ardían de deseo y su mente se perdía en pensamientos que ya no podía reprimir.

Las manos de Dante volvieron a subir por su muslo y Cami contuvo la respiración, imaginándose qué pasaría si la tocaba un poco más arriba.

–Cami.

Su voz le sonó lejana. Abrió los ojos y se dio cuenta de que había separado las piernas. Dante tenía las manos en la parte más alta de su muslo y su pulgar acariciaba el borde del bañador.

–No quiero que te sientas avergonzada por lo que sientes por mí.

–Fíjate en quiénes somos. Esto no está bien.

–No es lo más sensato, pero no está mal.

La rodeó con los brazos y la hizo sentarse sobre su regazo. Ella se sintió como si flotara, fascinada por el brillo de deseo de sus ojos. Alzó la cabeza y sus labios se unieron en un beso cálido y pausado.

Sentía contra su nalga algo duro, muy duro.

En las pocas ocasiones en las que se había besado con un hombre, aquello siempre había hecho saltar las alarmas. Antes de que su cita pensara que podía llegar más lejos, prefería poner fin al asunto.

Aunque Dante y ella apenas habían empezado. Con un brazo lo rodeó por las costillas y con el otro por el cuello para poder girar el torso y besarlo.

¡Cómo besaba! Le picaba en la barbilla su incipiente barba, pero no se cansaba de sus labios. Eran suaves y gruesos, como una fruta exótica y afrodisíaca. Cuanto más tenía de él, más deseaba. Su lengua buscó la de ella y la sensación de intimidad aumentó.

Cami se movió, invitándolo a acariciar su cuerpo como si fuera un escultor estudiando sus curvas, a la vez que recorría con sus manos su torso, sus hombros y sus fuertes pectorales.

Entonces, sin saber muy bien de dónde había sacado el coraje para hacerlo, acarició su miembro erecto por encima de la tela que lo cubría. Se echó hacia atrás y buscó sus ojos, mientras deslizaba la mano bajo la cinturilla elástica y cerraba los dedos sobre lo que parecía mármol recubierto de suave raso.

Su respiración se volvió entrecortada al explorarlo.

Con los ojos entornados, Dante metió la mano entre sus muslos y le apartó el bañador, exponiéndola al agua caliente y al roce de sus dedos. Luego la besó y siguió acariciándola, separando sus pliegues y provocándole una oleada de sensaciones húmedas y peligrosas, íntimas y precisas.

–Mueve la mano, acaríciame –le susurró junto a los labios, antes de fundirse con ella en un beso.

Cami se dio cuenta de que le estaba quitando el bañador. Toda la piel que había estado cubierta recobró vida haciéndola sentirse nueva. Dante dejó el bañador a un lado del jacuzzi mientras ella volvía a sumergir la mano en el agua para acariciarlo y explorarlo.

Él hizo lo mismo y rápidamente Cami sintió que perdía el norte.

Gimió y echó la cabeza hacia atrás, ofreciéndole su boca. Él la besó a la vez que la penetró con un dedo y empezó a trazar círculos con el pulgar mientras la llevaba al límite entre jadeos de placer.

Se sentía aletargada, caliente e increíblemente excitada. Dante recorrió su cuerpo desnudo con la mirada, deteniéndose en sus cicatrices y en sus erectos pezones rosados.

Cami solo podía pensar en que aquel dolor no había sido suficiente. Quería que la poseyera, que le hiciera el amor.

–¿De verdad eres virgen?

–Sí.

¿Iba a llamarla mentirosa otra vez? ¿La rechazaría? Si lo hacía, se moriría.

–¿Quieres seguir siéndolo?

–No.

–Bien –dijo él antes de llevarla a su cama.

–Vamos a mojar las sábanas.

En cuanto Dante la depositó sobre el colchón, hizo amago de incorporarse.

–No importa –dijo él.

A continuación se quitó el diminuto bañador, lo dejó caer al suelo y se colocó sobre ella, obligándola a tumbarse de espaldas.

Cami se puso rígida por los nervios y lo tomó por los hombros, más como medida de cautela que como protesta. Nunca antes había estado debajo de un hombre, desnuda y temblando. Se consideraba una mujer fuerte y en forma, pero de repente se sentía menuda y ligera, vulnerable.

Podía hacerle daño, partirla en dos.

Dante cargó el peso sobre un codo y se colocó entre sus muslos.

–La primera vez que vi esto –dijo él deslizando un dedo por su clavícula–, quise besarlo.

Le rozó la cicatriz con los labios y Cami cerró los ojos, dejándose llevar por una oleada de emociones.

¿Cómo era posible que aquello estuviera pasando? Parecía que la hubiera hechizado y estuviera bajo el embrujo de su propia sensualidad. Se sentía débil y derrotada, y eso le gustaba. Dante no confiaba en ella y probablemente tampoco ella debería confiar en él, pero al sentir sus labios recorriendo su cuello, un cosquilleo bajó hasta sus pezones y se dejó llevar. Tal vez estaba nerviosa por sentir su erección contra la cadera. Era una excitación parecida a la que solía sentir antes de las carreras.

Le acarició el pelo húmedo y lo atrajo para besarlo. No se cansaba de su boca y a él parecía gustarle. Se arqueó contra él, con los pechos duros e hinchados, deseando rendirse.

Dante deslizó su gran mano desde su cintura y tomó uno de sus pechos. Luego levantó la cabeza y comenzó a acariciarle el pezón erecto con el pulgar, observándola jadear y retorcerse de placer. Aquel huracán de sensaciones hizo que la tensión fuera acumulándose en su entrepierna. Dante hundió la cabeza y succionó con tanta fuerza que Cami soltó un grito. Un deseo ardiente la invadió. Cualquier gota de agua que pudiera quedar en sus cuerpos se evaporó en un chisporroteo inaudible.

Lo acarició con todo su cuerpo, deleitándose con el contacto de la piel de sus manos, sus vientres y sus muslos. Al abrir las piernas, él se colocó entre ellas y le hizo separarlas aún más. Luego, la reclamó con su boca.

Una oleada de placer la recorrió al sentir las caricias de su lengua, y empezó a temblar de puro deseo. Estaba completamente desinhibida, dispuesta a dejarse hacer todo lo que él quisiera. Le pertenecía.

Justo cuando estaba a punto de estallar, Dante volvió a colocarse sobre ella y no pudo evitar jadear ante aquella agonía. Una súplica se formó en sus labios. Sintió que el pecho se le comprimía y fue incapaz de hablar. Sus ojos fieros se encontraron con los suyos y Cami se dio cuenta de que sabía que era suya. Podía verlo en la sonrisa de satisfacción de sus labios.

Pero había algo más, un atisbo de cinismo. No acababa de creerse que fuera virgen. Debía de ser aquella respuesta infernal que despertaba en ella lo que lo hacía dudar. Bueno, ya lo comprobaría. Entonces, tal vez así se diera cuenta de una vez por todas de que no era una mentirosa.

Dante alargó el brazo hacia la mesilla para sacar un preservativo. Mientras lo observaba ponérselo, le asaltó una duda: ¿le dolería? Enseguida lo sabría.

Cami estudió su rostro tenso y serio mientras se disponía a penetrarla. Al sentir que empujaba, se puso rígida y apoyó las manos en su pecho para separarlo.

–¿No quieres?

–Lo siento –murmuró, alterada–. Estoy nerviosa.

Intentó relajarse y deslizó las manos por los costados de Dante. Él dijo algo en siciliano y dejó de fruncir el ceño. Le dio un suave beso en los labios y acarició la zona que iba a invadir. Un estremecimiento de placer la recorrió y se relajó. Dante se apretó

contra ella.

Le dolió, pero no mucho. Fue como un pellizco y luego un acoplamiento. Después, una sensación de plenitud. Se sentía llena. Aquel hombre parecía tener mucho que ofrecer. Se incorporó sobre los codos, hundió los dedos en su pelo y se retiró un poco antes de volver a empujar. Cada vez que pensaba que iba a salir, se hundía un poco más.

Estaba temblando, pensando que, aunque no era el instante romántico que siempre había soñado, era muy real. Era la primera vez que hacía aquello, y le estaba resultando un acto más físico y carnal de lo que se había imaginado.

Era imposible ocultarle nada estando unida a él de aquella manera. Aunque tenía los ojos cerrados, era incapaz de contener los jadeos. Tenía que estarse dando cuenta de que estaba temblando a pesar de que no paraba de moverse.

Abrió los ojos y lo vio morderse los labios. Un músculo de su mentón se tensó. Cuando pensaba que no podría soportarlo más, se acopló a ella y la penetró hasta el fondo. Luego la miró directamente a los ojos.

–*Bedduzza* –susurró acariciándole la frente–. ¿Te duele?

Cami sintió que una lágrima escapaba por el rabillo del ojo.

–Es solo que… No esperaba que fuera así.

Se sentía diferente. Era su primer amante y recordaría por siempre su mirada al poseerla, fiera hasta el punto de resultar aterradora, pero lo suficientemente tierna como para besarla allí donde caían las lágrimas. La sensación era maravillosa.

–Me estás matando.

Dante la hizo abrazarlo con las piernas por la cintura y se hundió unos milímetros más. Luego tomó su rostro entre las manos y dijo algo más en siciliano antes de cubrir su boca con la suya, con destreza y dulzura. Su único propósito era hacerla disfrutar y a eso se dedicó.

Cami enseguida respondió y jadeó junto a su boca. Sus besos adquirían un nuevo sentido cuando sus cuerpos estaban unidos. Lo sentía vibrar en su interior y se dejó arrastrar de nuevo por aquellas sensaciones que despertaba en ella.

Dante empezó a moverse.

Le dolía, pero a la vez le proporcionaba placer. No sabía qué hacer, pero su cuerpo sí. Se arqueó contra él y encontró el ritmo que alimentaba aquel fuego. Estaban perfectamente compenetrados.

Al aumentar las embestidas, también lo hizo su deseo. Otra vez estaba a punto de llegar a la cima y se aferró a él con todo su ser,

dejando escapar gemidos de placer mientras él se movía cada vez más rápido.

No podía esperar más. Se dejó llevar y se hundió en aquel abismo que había abierto ante ella. Dante empujó sus caderas con fuerza y sus jadeos se unieron a los de ella mientras sus cuerpos estallaban en mil pedazos.

Dante se quedó tumbado en la cama, con el brazo sobre la frente, oyendo a lo lejos los sonidos procedentes del baño. El cerebro apenas le funcionaba. Ni siquiera se molestó en tratar de adivinar qué estaría haciendo. Se las había arreglado para quitarse el preservativo y darle un pañuelo de papel al ver la sangre. Ella se había limitado a suspirar y se había ido al cuarto de baño en donde estaban sus cosas.

Se había quedado en la cama, lamentando haberle hecho daño, pero recreándose en el mejor sexo que había tenido en su vida. Todavía sentía un hormigueo por todo el cuerpo.

Ni siquiera había sido su intención besarla. Le había ordenado que se quedara con el único propósito de vigilarla. Quería ir con ella al banco al día siguiente y descubrir el misterio de Benito.

Bueno, tal vez sí que había pensado en el sexo porque ambos habían reconocido lo evidente. Desearla era traicionarse a sí mismo, pero le había resultado imposible contener aquella atracción. Ambos eran adultos y no se le había pasado por la cabeza que no tuviera experiencia. No se había creído que fuera virgen, no cuando se comportaba como si hubiera hecho el amor mil veces.

Había sido todo lo delicado que había podido cuando se había dado cuenta de que aquello era nuevo para ella. Su fragilidad le había impedido dejarse llevar de manera desenfrenada. Un sentimiento de posesión lo había asaltado. Tal vez esa restricción que se había impuesto había hecho que el placer aumentara, no lo sabía, pero desde luego que le había afectado saber que era el primer hombre que había disfrutado de su pasión. Quería ser el único que lo hiciera. Un impulso primitivo le hacía desear ser el único hombre que conociera. Alcanzar juntos el éxtasis había sido un cataclismo, algo que nunca había experimentado.

Había disfrutado tanto que estaba deseando volver a hacerle el amor.

Pero aquello podía resultar destructivo. No podía olvidar que era una Fagan, una familia de mentirosos y ladrones.

Aunque no le había mentido acerca de su virginidad. Eso le

hacía pensar que debía concederle credibilidad a su versión de que había estado ingresándole dinero. De ser cierto, significaba que ambos estaban siendo víctimas de un estafador.

Cami salió del baño y sus pasos se dirigieron a la escalera.

Dante se apartó el brazo de la cara y vio que se había puesto su minifalda y su jersey. ¿No tenía otra ropa? Estaba cansado de verla vestida así. Debería llevarla de compras como haría cualquier amante. ¿Era eso para él?

–¿Adónde vas?

–A casa de Sharma –contestó ella con la mano en el pomo.

Aquel recién descubierto sentimiento de posesión lo hizo ponerse en alerta.

–Vas a quedarte aquí conmigo.

Si le quedaba alguna duda acerca de si era virgen, enseguida desapareció al advertir su expresión atormentada. Nunca había visto tanta contrariedad después de hacer el amor. Siempre trataba de mostrarse distendido con sus amantes, pero con Cami no le era posible. Estaban ligados por su pasado y, a partir de aquel momento, por una experiencia única: su primera vez.

Una sensación de incertidumbre lo invadió. ¿Qué recuerdo le quedaría a Cami de aquello? ¿Y a él? Nunca la olvidaría, de eso estaba seguro. Todavía no se había recuperado de la intensidad de aquel encuentro.

Cami seguía evitando su mirada. Era evidente que se había puesto a la defensiva. ¿Debería reconfortarla? Pero, si lo hacía, ¿qué mensaje le estaría enviando?

Mientras el silencio se alargaba, ella se volvió y empezó a bajar la escalera.

–Cami –dijo incorporándose sobre un codo.

Ella se detuvo y hundió los hombros.

–No puedo seguir haciendo esto, Dante.

–Yo tampoco –mintió él, malinterpretándola a propósito–. Has hecho lo imposible, dejarme exhausto.

–Estoy segura de que eso se lo dices a todas las mujeres.

Entonces lo entendió.

–Sabías que yo no era virgen –dijo, relajado–. Creo que lo mejor es que tu primera vez haya sido con alguien experimentado.

–Pero no esperaba que fuera con un extraño. Apenas te conozco. Tampoco esperaba que fuera a ser tan… Bueno, supongo que no debería sentir nada, ¿verdad? Así son estas cosas, ¿me equivoco?

No supo muy bien por qué, pero aquello le dolió.

–Ven aquí –dijo dándole unas palmadas al colchón y, al ver que

dudaba, añadió–: ¿Tengo que ir a buscarte?

Cami frunció los labios y se acercó a la cama.

–¿Te he hecho daño?

–No –contestó ella alisándose la falda–. Bueno, un poco, supongo que lo normal –dijo, y se encogió de hombros, ruborizada–. Estoy bien.

Le gustaban las mujeres coquetas, femeninas y complacientes. Le gustaba mimarlas, darles todos los caprichos y disfrutar de la calidez de sus cuerpos.

La hizo tumbarse a su lado, a pesar de su resistencia. Cami hizo una mueca y levantó la cabeza de la almohada.

–Está mojada.

Dante la cambió por otra y se quedó observando cómo evitaba su mirada. Aunque no se apartó de él, no parecía relajada.

–No te creía –admitió, sospechando que esa era la razón por la que se quería marchar–. Eres muy sensual. El del jacuzzi no era tu primer orgasmo, ¿verdad?

–Oh, por favor, conozco muy bien mi cuerpo –dijo ella poniendo los ojos en blanco.

–Y ahora, yo también –afirmó él, y observó cómo sus mejillas se sonrojaban–. ¿Te molesta?

–Sí. Tengo la sensación de que estás haciendo un estudio sobre la reacción que despiertas en las mujeres y yo no soy más que la última muestra de ese estudio.

–Así que te arrepientes de haberme dado tu virginidad.

–Un poco. Me llevas ventaja en todo y ahora también tienes eso para alardear.

–Entonces, ¿por qué conmigo?

–Porque he querido. Digamos que he aprovechado la oportunidad que se me ha presentado.

Dante le acarició suavemente la mejilla y la miró a los ojos. Rebosaban ansiedad.

Deslizó los nudillos por la cálida piel de su cuello, haciéndola estremecerse. La respuesta de aquella mujer lo hacía sentirse poderoso. Estaba deseando desnudarla y volver a hundirse en ella hasta alcanzar aquel grado de euforia.

La besó y sintió que se le aceleraba el pulso. Luego, se apartó.

–¿Y qué me dices de ti? –preguntó ella, alzando la barbilla–. ¿Te arrepientes?

–Sí –respondió él, y le acarició los labios–. No voy por ahí acostándome con empleadas ni con nadie con quien no tenga algún tipo de relación. No me gusta mezclar los sentimientos con los

negocios.

Cami se alejó de él, deslizándose hasta el otro lado de la cama.

–Lo que sientes por mí es odio, ¿verdad? Me arrepiento de haber hecho el amor con alguien que me odia. Quizá me lo merezco puesto que es culpa mía que mi padre te robara, pero aun así me duele. Ya te dije que haría cualquier cosa por deshacerme de esa carga, pero creo que esto solo va a servir para que me pierdas el poco respeto que me tienes. Me siento avergonzada y preferiría marcharme.

–Esa opción no se plantea.

–¿Por qué? Te dije que era virgen y lo era. ¿Eso no me da un margen de confianza?

Lo cierto era que no quería que se marchara.

–Hasta que no resuelva este misterio sobre Benito, no puedo bajar la guardia. El banco tardará unos días en averiguar lo que ha pasado, así que te quedarás conmigo hasta que tengamos las respuestas.

–¿Aquí, en tu cama? ¿Haciendo qué? ¿Pagando las deudas de mi padre con mi cuerpo? ¿Qué valor tiene mi virginidad? No se me da bien negociar.

Le dolía que siguiera sin confiar en ella.

–¿Quieres que olvidemos el pasado o no?

Dante trataba de hacerle ver que su actitud insolente no era de ayuda, pero ella continuó por los mismos derroteros.

–Déjame pensar. Si me acuesto contigo, ¿dejarás a mi hermano en paz?

–Claro.

No tenía ninguna intención de ir tras su hermano.

–Y exactamente, ¿cuántos pagos quieres que te haga? –preguntó Cami entornando los ojos.

–Haremos el amor el número de veces que queramos –respondió con disgusto–. Pero ahora mismo no voy a pedirte nada porque estarás cansada.

–Ah, no –dijo Cami en tono encendido–. Si voy a pagar por esta deuda, quiero hacerlo cuanto antes.

–¿Me estás desafiando?

Dante enredó los dedos en su pelo y la sujetó mientras la cubría de besos. No paró de provocarla hasta que sus labios buscaron los suyos. Cami gimió de frustración. La tenía sujeta por el pelo y no le permitía corresponder a sus besos.

Sus manos se movían desesperadas por su espalda y buscó ansiosa su miembro erecto, pero él se lo impidió sujetándole ambas

muñecas por encima de la cabeza. Con la otra mano le acarició el pecho por encima del jersey, tomándose su tiempo para estudiar su forma y sentir cómo su pezón se endurecía. Ella se retorció y levantó las caderas contra él, a pesar de que la tenía sujeta a la cama con sus piernas.

–Dante.

–No soy un monstruo, *bedduzza.*

Dante deslizó la mano por su cintura y se la introdujo lentamente bajo el jersey. Su estómago se encogió bajo sus caricias.

–Dime que no quieres esto y me estaré quieto.

–Vas a provocarme de todas maneras, ¿verdad?

Su mano cubrió su pecho y ella se arqueó. Al instante, su pezón se puso rígido. Ambos estaban deseando que lo descubriera y lo lamiera, pero él se contuvo a pesar de que estaba cegado por el deseo.

–Si de verdad quieres ganarte mi confianza, Cami, tienes que ser sincera con lo que quieres en este momento.

–Tú eres lo que más deseo ahora mismo –confesó ella jadeando.

A continuación, Dante le dio lo que quería.

Capítulo 7

CAMI estaba sola cuando se despertó. Se incorporó para sentarse y dejó escapar un suspiro. Estaba agotada. El jacuzzi había aliviado algunas de las molestias que sentía, pero al igual que no había dejado que le afectaran para bajar las pistas, tampoco había permitido que le impidieran estar con Dante.

Se tapó la cara con las manos, consternada. Aquel hombre tenía un gran apetito sexual y, al parecer, ella también.

Estaba pagando el precio de tanta actividad física. Después de darse una ducha, se sintió algo mejor. ¿Qué le había hecho aquel hombre? Tenía los pezones sensibles y los labios agrietados. No había sido violento, pero sí implacable. La había hecho disfrutar y podía afirmar sin ninguna duda que le encantaba el sexo.

Al recordar cómo habían alcanzado juntos el éxtasis, la manera en que había acariciado su cuerpo con sus manos y su boca, volvió a sentirse excitada.

Cerró los ojos ante su reflejo, aterrada por el deseo que la invadía. Miró hacia la puerta cerrada del baño y se preguntó si se habría ido de la suite.

«Sé sincera con lo que quieres».

Pero ¿qué era lo que quería? Nunca se había permitido el lujo de enamorarse. Después de perder a sus padres, su mundo había sido su hermano. Mentalmente, se sentía a años luz de los hombres de su edad y los pocos con los que había tratado, enseguida se habían asustado al conocer su situación financiera y la gran responsabilidad que tenía sobre los hombros.

Hacía tiempo que había renunciado al sueño de encontrar su alma gemela. Dante era tan solo un instrumento para descubrir su sexualidad y lo único que podía esperar de aquella relación era resolver la deuda de su padre, de una manera u otra.

¡Dichosa deuda! Miró la hora y se dio cuenta de que no quedaba mucho para que abriera el banco.

Se secó el pelo, y se puso unos vaqueros y una camiseta de

manga larga.

–¿Dante? –lo llamó desde la escalera.

Solo hubo silencio.

Bajó cojeando a la planta principal y buscó alguna nota, además de analgésicos, pero no encontró ninguna de las dos cosas. Tampoco le había mandado ningún mensaje de texto, aunque sí le había dejado una tarjeta de acceso. Al menos, podría bajar al vestíbulo y volver a la habitación. Le dolía la pierna como si se la hubiera roto y necesitaba tomar algo cuanto antes.

En el ascensor, decidió mandarle un mensaje.

–Quieres que quedemos en el banco?

Dante contestó enseguida.

Iremos juntos. Espérame.

Cruzó el vestíbulo en dirección a la tienda. ¿Cuánto tardaría en llegar?

–¡Cami! –exclamó una voz suave a su espalda.

Con la atención puesta en el teléfono, no había visto que se acababa de cruzar con Dante, Bernadetta y otra pareja. El grupo estaba sentado en el comedor en el que se servía el buffet del desayuno, apurando sus cafés. Una hilera de helechos los separaba.

Al volver la mirada, sus ojos se encontraron con los de Dante. A su mente acudieron imágenes de todo lo que habían estado haciendo y una oleada de calor se expandió desde su pecho.

Sin embargo, lo último que Dante parecía tener en la cabeza era la noche que habían compartido y se quedó mirándola fijamente con cierta hostilidad.

La emoción de volver a verlo se desvaneció ante su mirada reprobadora.

–Dante me ha dicho que ha decidido quedarse en Whistler y que no va a venir a Vancouver con nosotros. Pero no me dijo que se estuviera quedando en el mismo hotel.

Bernadetta miró interrogante a su nieto. Dante dio un sorbo a su café, en un intento por ganar tiempo.

La indignación de Cami se tornó en desprecio al reparar no solo en que estaba desayunando con sus familiares sin haberla invitado, sino en que no quería que supieran que había pasado la noche con él.

–Voy a quedarme en casa de una amiga –dijo dirigiéndose a Bernadetta.

La anciana le presentó a su sobrina y a su marido.

–Cami es la joven que tan amablemente me socorrió el otro día.

–Me alegro de haberla ayudado –replicó quitándole

importancia–, y ha sido un placer conocerla. Gracias por el día de esquí y por su ofrecimiento. Ahora tengo que irme, voy a hacer un recado. Que tenga buen viaje.

Se inclinó para despedirse de Bernadetta con un abrazo e ignoró a Dante. Se sentía tan humillada que no podía soportarlo.

Dante encontró a Cami pagando un frasco de analgésicos en la tienda de regalos. Estaba espectacular con unos vaqueros ajustados y unas botas de tacón alto que acentuaban los muslos con los que lo había abrazado la noche anterior.

Su melena, aquella cortina sedosa que había acariciado su piel y que lo había embriagado con su olor a flores y almendras, caía en suaves ondas sobre sus finos y delicados hombros.

Le había resultado difícil separarse de ella aquella mañana. Había tenido que hacer un gran esfuerzo para no tomarla por las caderas y hundirse en ella.

Estaba obsesionado y por eso se había obligado a irse con su prima y su abuela a pesar de que su cabeza estaba unos cuantos pisos más arriba, haciéndole el amor a Cami una y otra vez.

Apartó aquellos pensamientos y cargó la compra a su cuenta.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó ella.

–¿Qué estás haciendo tú? Podrías haber pedido que te subieran esto.

–Difícilmente –replicó ella abriendo el frasco mientras salían de la tienda.

–¿Qué quieres decir?

–El personal del hotel no da abasto. No voy a pedir que me suban algo que yo misma puedo conseguir –contestó Cami mirando hacia el comedor–. ¿Dónde está Bernadetta?

–Se han ido.

Se detuvo en la mesa del buffet y se sirvió un vaso de agua con el que se tragó las pastillas.

–¿Quieres desayunar algo?

–Es un poco tarde para esa invitación, ¿no te parece? No, gracias –replicó ella con desdén–. Me voy al banco.

–Pensé que te vendría bien dormir unas horas más.

A él no le habría venido mal. Habían acabado exhaustos. Cada minuto había sido fantástico.

–No me pediste que te acompañara cuando supiste que ya estaba levantada. De hecho, te cambió la cara cuando me viste aparecer. Siento que pasaras tanto apuro.

–Deja de ponerte tan melodramática –dijo él caminando a su lado–. Precisamente es todo lo contrario. Mi abuela está tan encantada contigo que no ha parado de hablar de ti en el desayuno. Quiere que siga viéndote.

–Entonces, ¿por qué…? Ah, ya.

En cuanto salieron al pórtico, Cami se detuvo.

Dante le entregó el vale al aparcacoches y se metió las manos en los bolsillos. A juzgar por la manera en que Cami se había quedado pálida y con la mirada perdida al frente, estaba atando cabos.

–No quieres que piense que lo nuestro tiene futuro –dijo al cabo de unos segundos.

–Está deseando que me case, pero no tengo ningún interés en sentar la cabeza. No es nada personal.

–Claro –asintió ella, y avanzó unos pasos al ver que el coche llegaba.

No le debía ninguna explicación, pero nada más sentarse tras el volante, Dante se sintió obligado a seguir hablando.

–Nunca he conocido a una mujer que me haya hecho pensar en el matrimonio. No puedo poner en riesgo la fortuna familiar otra vez.

–Ahora, supongo que será también culpa mía que no puedas enamorarte y casarte, ¿no? La traición de mi padre te impide hacer feliz a tu abuela y engendrar un heredero para todo lo que tu abuelo construyó, ¿verdad? Gira a la izquierda en el siguiente semáforo.

Dante puso el intermitente y cambió de carril.

–Nunca he dicho que fuera culpa tuya.

–No, pero lo has dado a entender –afirmó Cami, y miró por la ventanilla antes de volver a mirarlo–. Y, por lo que se ve, debo de ser buena en la cama para conseguir que lo olvides todo. Exactamente, ¿cuántos orgasmos hacen falta para que abras tu corazón al amor?

–No lo sé, Cami. ¿Y a ti cuántos te hacen falta para que dejes de hacerte la mártir? ¿Este es el banco? –preguntó al reconocer el logotipo que había visto en las transferencias.

–Sí. ¿Y qué se supone que significa eso? ¡No estoy haciéndome la mártir!

–Escucha, todo el mundo tiene deseos –dijo él mientras maniobraba para aparcar el coche–. Yo quería estar a la vanguardia de la tecnología. Eso no me convierte en una mala persona a la que se pueda robar el trabajo. Tú sigues comportándote como si participar en competiciones de esquí fuera un delito. No, son solo

sueños y todos tenemos derecho a perseguir nuestros sueños. Ayer esquiaste muy bien. Deja de disculparte por disfrutar de lo que te gusta y querer demostrar lo buena que eres esquiando.

–Aun así me consideras culpable. Me despediste del Tabor.

–Sí, lo hice. Cómo me afecte el pasado es asunto mío.

No era algo en lo que hubiera pensado antes, pero después de conocerla se había dado cuenta de que la traición de Stephen lo había corroído por dentro. Gracias a ella se estaba replanteando los motivos por los que su padre había cometido el robo.

La reunión en el banco fue menos fructífera de lo esperado. La directora los había recibido muy amablemente y había escuchado con atención todo lo que Cami le había contado. Había quedado en que transmitiría la información al departamento jurídico del banco y alguien se pondría en contacto con ella.

Después, había cancelado las órdenes de pago y le había impreso el historial de las transferencias que había hecho a la cuenta de Benito y que sumaban una cantidad importante con la que Cami habría podido pagar los estudios de su hermano.

Dante se pasó media reunión mandando mensajes de texto.

–¿Decías en serio lo de quedarme en Whistler? –preguntó Cami nada más salir del banco–. Porque no tiene ningún sentido.

Él levantó la vista de su teléfono y frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–No te ha importado nada lo que ha pasado en el banco y tampoco quieres que te vean conmigo, así que…

–Ahora mismo estoy hablando con el banco de Benito en Milán. Conozco a uno de los vicepresidentes. Le mandé un correo electrónico esta mañana y no esperaba que me contestara todavía por la diferencia horaria, pero resulta que está en Estados Unidos visitando a su familia y ya ha empezado a hacer gestiones. Parece que la cuenta pertenece a una empresa y el dinero pasa por varios canales antes de llegar a su destino. Dice que este tipo de operaciones se emplea habitualmente para ocultar al verdadero titular. Seguirá indagando.

–Vaya.

–Respecto a lo de que no quiera que me vean contigo, ya te he explicado que me resulta incómodo por mi abuela. Aun así, iba a preguntarte si querías que fuéramos esta noche a un club. Me he encontrado a un conocido en el desayuno. Es el dueño de Afterglow y me ha invitado.

Afterglow era el sitio al que iban los famosos cuando estaban en Whistler. Siempre había deseado conocerlo por dentro, pero ir de discotecas era un lujo que no podía permitirse. Como siempre le pasaba con él, aquella invitación era tentadora simplemente por el hecho de tener la oportunidad de pasar más tiempo en su compañía, pero estaba tan desconcertada que no sabía qué decir.

–¿Quieres ir tú?

–No podemos estar haciendo el amor sin parar –respondió él con una sonrisa arrogante.

–Bueno, sería cuestión de intentarlo –murmuró ella.

Dante se rio justo en el momento en que su teléfono emitía el sonido de haber recibido un mensaje.

–Tengo que ir al Tabor –dijo leyendo la pantalla–. ¿Tienes algo que hacer hasta la comida?

–Aprovecharé para buscar trabajo, a ver si puedo quedarme aquí en vez de mudarme a Vancouver.

Un brillo que no supo descifrar asomó a los ojos de Dante. Su buen humor parecía haberse esfumado.

–Buena suerte. Hasta la comida.

Se despidió con un beso y se marchó.

Cuando volvieron a su suite al final del día, se encontraron un perchero lleno de vestidos y accesorios en el salón.

–¿Qué…?

–Necesitarás algo que ponerte para ir al club.

Un vestido, no un armario.

–Me he comprado un top en la tienda del hotel a juego con mi minifalda –dijo ella mostrándoselo.

Dante hizo una mueca mientras abría una botella de vino.

–¿Qué tiene de malo?

Llevaba todo el día preguntándose si estaría haciendo lo correcto. Quería que dejara de odiarla, que se diera cuenta de que se estaba esforzando en hacerlo lo mejor posible.

–Anda, dame el gusto y pruébatelos –replicó él, señalando con la barbilla hacia los vestidos mientras servía las copas.

Luego, se sentó en el sofá como si se dispusiera a ver un partido.

–¿Quieres que me los pruebe para ti? –dijo Cami tratando de mostrarse indignada, aunque en el fondo se sentía excitada.

–Digamos que es parte de los preliminares, pero si prefieres que no…

Dante se encogió de hombros, pero la curva de sus labios no

ocultaba su decepción. No había conseguido hacerla reír.

–¿Así que te gusta ir a clubs de striptease? –preguntó Cami, mirándolo de reojo mientras ojeaba los vestidos.

Había tanto sobre él que no sabía…

–No, pero me gusta ver mujeres bonitas con ropa bonita, como a cualquier hombre heterosexual.

–No soy bonita –dijo ella distraídamente.

Luego sostuvo un vestido de flecos dorados contra su pecho y se quedó observándolo a la espera de su reacción.

Él asintió en señal de aprobación.

–Lo eres.

–Si acaso, resultona –replicó ante su halago, sonrojándose–. Y no pretendo que me piropees. Me conozco muy bien. Tengo una piel decente y un pelo bonito, pero no soy una modelo.

Se metió detrás del perchero y él oyó cómo se bajaba la cremallera de las botas.

–Son ridículos esos estúpidos estándares que os ponéis las mujeres –comentó Dante mientras ella se quitaba los vaqueros y el top–. Me estás volviendo loco ocultándote ahí detrás. Anda, sal de una vez.

Cami contuvo la risa. Estaba disfrutando de aquel juego. Abrazó el vestido a su torso desnudo y decidió dejar de preocuparse por el futuro y saborear lo que tenían. Con movimientos lentos, se puso el vestido y muy lentamente, lo dejó caer por sus piernas desnudas.

–Pagarás por esto –le advirtió Dante.

–Vamos a tener que llevar la cuenta.

Salió de detrás del perchero sujetándose la parte superior del vestido y se acercó hasta él para que le subiera la cremallera.

Él dejó su copa a un lado y se enderezó en su asiento.

–Apártate el pelo.

Cami obedeció y al instante el vestido se ajustó a su cuerpo. Luego, sintió que sus fuertes manos la tomaban por las caderas y un cosquilleo recorrió su espalda.

–Tacones, *pi fauri* –dijo Dante antes de acomodarse en su asiento.

Una sensación ardiente se extendió por su cuerpo mientras se acercaba al perchero y elegía unas sandalias doradas con pulsera en el tobillo y diez centímetros de tacón.

–Deja que te ayude –dijo él antes de que se sentara para ponérselas.

Su voz era grave e intensa. Separó los muslos para que pudiera poner el pie en el sofá, entre sus rodillas. Se tomó su tiempo para

acariciarle el tobillo antes de ponerle la sandalia y cerrarle la hebilla. Luego, hizo lo mismo con el otro pie.

A Cami le costaba mantener el equilibrio. Le flaqueaban las rodillas y tuvo que sujetarse a su hombro.

–Camina hasta la ventana –le ordenó Dante.

Ella obedeció, sintiendo su mirada en la espalda. Aunque no se consideraba guapa, en aquel momento se sentía glamurosa y atractiva. Lo miró por encima del hombro, adoptando una pose provocativa.

–Este no me gusta. Voy a probarme otro.

–Por supuesto.

Se probó otro vestido vaporoso, en tonos granates, con tirantes muy finos.

–¿Qué opinas? –preguntó agitando la falda al aire para dejar entrever sus piernas–. ¿No te parece de baile de fin de curso?

–Quedará bien con unos zapatos negros.

Su voz cálida y sensual la envolvió. Le costaba respirar.

–No –negó ella sacudiendo la cabeza–. Quiero probarme alguno más.

–Pruébate el azul.

Era un vestido mini, con escote palabra de honor, que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel.

–Ahora, sí, los zapatos negros –dijo Cami, y contoneándose se acercó a recogerlos.

–Tráeme esa bolsa.

Dante señaló una bolsa rosa con las asas de seda. Cami no había reparado en que tenía el logotipo de una marca de lencería.

Sintió un aleteo de mariposas en el estómago mientras hacía lo que le había dicho.

Dante rebuscó en el interior de la bolsa y sacó una prenda minúscula de color azul oscuro con el ribete de encaje.

–Te ayudaré. Quédate quieta.

Se quedó paralizada, sin apenas respirar, mientras él le separaba las piernas con las rodillas. Lentamente fue subiendo las manos por sus muslos, por debajo de la falda. Al llegar a las caderas, deslizó los dedos por el borde de sus bragas blancas de algodón y se las bajó hasta que cayeron a sus tobillos.

–Ahora, mete un pie por aquí –dijo sosteniéndole las nuevas.

Cami obedeció y tuvo que volver a sujetarse a su hombro porque sentía las piernas débiles. Ya no sabía quién estaba al mando de la situación. No pudo evitar estremecerse al sentir el roce erótico del encaje por sus muslos.

Dante le ajustó el tanga y se aseguró de que no hubieran quedado pliegues. Luego, le acarició el triángulo de la parte frontal y Cami sintió un cosquilleo tan intenso que a punto estuvo de sollozar.

–Voy a estropearlas –susurró.

–Espero no tardar mucho en arrancártelas, *bedduzza* –dijo suavemente y muy despacio sacó las manos de debajo de la falda y le alisó el vestido–. ¿Quieres desfilar para mí o prefieres cambiarte de zapatos antes?

–¿Qué prefieres?

–Que te cambies los zapatos.

Ella tragó saliva y apoyó el pie en el cojín. La falda se le subió, ofreciéndole una interesante vista mientras le quitaba las sandalias doradas y se las cambiaba por unos zapatos de terciopelo negro.

Al ir a bajar el pie, Dante le agarró el tobillo y la obligó a quedarse como estaba.

–No creo que las estés estropeando –dijo, y le acarició lentamente la parte interior del muslo hasta llegar a la seda húmeda–. Tu reacción me resulta muy excitante.

Introdujo los dedos por debajo del tejido y acarició sus pliegues un par de veces antes de separárselos y explorarla más profundamente.

–Creo que… no me tengo en pie –susurró Cami.

Era incapaz de pensar. Tragó saliva y se mordió el labio inferior mientras dejaba escapar un gemido.

–¿Ah, no? ¿Y cómo te sientes ahora? –preguntó él mientras seguía acariciándola–. Llevo todo el día pensando en lo de anoche. Fue increíble. Eres maravillosa.

Cami no esperaba que dijera esas cosas y se le llenaron los ojos de lágrimas. Se tambaleó y la sujetó antes de tirar de ella para que se sentara a horcajadas sobre sus muslos. Luego se besaron con urgencia y ardor. Al sentir que buscaba la cremallera, Cami alzó la cabeza y se retiró el pelo.

Nada más soltarse el vestido, Dante le bajó el corpiño. A continuación metió las manos por debajo de su trasero, levantándole la falda hasta la cintura mientras la obligaba a ponerse de rodillas para chuparle los pezones. Estaban muy sensibles y le puso la mano en la mejilla, instándolo a que fuera más suave.

Dante echó la cabeza hacia atrás, con un ansia voraz. Luego buscó en su bolsillo, sacó un preservativo y lo sujetó con los dientes mientras se abría la cremallera del pantalón.

Con gran destreza, le arrancó el tanga recién estrenado con un

giro de muñeca. Unos segundos después, le llevó la mano hasta su miembro erecto.

Su mundo se redujo a la ferocidad de sus ojos mientras la penetraba centímetro a centímetro y la tomaba por las caderas para acompasar su ritmo.

Cami se aferró al respaldo del sofá y cabalgó sobre él, dejándose llevar por aquellas sensaciones tan placenteras. Al poco, alcanzó el clímax y se arqueó jadeando al sentir las sacudidas.

–Ha sido precioso –susurró Dante–. Vuelve a hacerlo.

Dante había tenido amantes antes, pero ninguna como ella. Estaba demostrando tener un gran interés en el plano sexual de su acuerdo, pero seguía siendo virgen en todo lo demás, lo cual era una combinación excitante a la vez que frustrante.

Mientras escuchaba al nuevo director del Tabor tratar de impresionarlo, vio a Cami hablando con la directora de Recursos Humanos de la cadena. El tema elegido para la fiesta de inauguración era el mar y el cielo. El techo se había cubierto con unos cortinajes azules salpicados de luces brillantes y globos transparentes a modo de estrellas. Cami estaba llevándose toda la atención con un atuendo etéreo que la hacía parecer una ninfa. Era un vestido en tonos verdes, con un amplio escote en la espalda, que se ajustaba a su trasero perfecto. Unas pequeñas mangas salían de sus hombros, como si de unas alas se tratara, lo que aumentaba la impresión de que era una criatura mágica enviada para hechizarlo.

Cami se llevó la mano a la oreja y tocó delicadamente el pendiente. Temía perderlos, lo cual era una prueba más de que no sabía cómo plantearse su relación.

–No había visto los accesorios –le había dicho Cami un rato antes, en la habitación, al darle el collar de zafiros–. Han elegido muy bien, ¿verdad? Combinan a la perfección con el vestido.

Acababa de arreglarse el pelo para la fiesta y la melena le caía en bonitas ondas sobre los hombros de la bata del hotel.

–Es un regalo que te hago –le había aclarado–. Levántate el pelo.

–¿Cuándo has tenido tiempo para ir de compras? ¿Es de la boutique del vestíbulo?

Se había vuelto para mirarse en el espejo nada más ponérselo.

–Hay una joyería cerca del Tabor.

–¿Es de verdad? –le había preguntado acariciando el collar–.

Pero es solo prestado, ¿no? ¿Es un acuerdo publicitario? ¿Te han dicho si tengo que decir algo?

–Es un regalo.

Y muy modesto para lo que era habitual en él, pero era lo mejor que había encontrado en aquella joyería. Sin embargo, Cami había reaccionado como si acabara de regalarle una joya familiar.

–Ya me has dado mucho.

Un puñado de vestidos y unas cuantas prendas más de su gusto que del de ella no suponían una ruina económica. Tampoco aquella bonita joya que, sin embargo, parecía negarse a aceptar.

–¿No te gustan? Puedes cambiarlos.

–Me preocupa que pueda perderlos. Nunca he llevado nada tan caro. No es así como se supone que funcione esto. Bastante te debo ya.

No le gustaba que hablara así. Restaba valor a cada beso, a cada grito de placer que le arrancaba, haciéndole pensar que la única razón por la que estaba allí era por la deuda de su padre y no porque quisiera.

–Estoy satisfecho con lo que obtengo a cambio. Déjame ver.

Sus miradas se habían encontrado en el espejo antes de que Cami se diera la vuelta y se aferrara al borde de la cómoda. Cada vez que mencionaban el pasado, surgía entre ellos aquella fisura que los distanciaba. Había empezado a cuestionarse qué demonios estaba haciendo reteniéndola a su lado de aquella manera, y tenía la desagradable sensación de que ella se estaba preguntando lo mismo.

Todavía estaban a la espera de que el banco les diera respuestas, así que estaban en un punto muerto. La única manera de superar aquella situación era dejándose llevar por la ardiente pasión que sentían el uno por el otro. No era la mejor estrategia, pero no se le había ocurrido otra cosa.

Lentamente había tirado del cinturón de la bata hasta soltarlo.

Ante aquella visión de piel pálida enmarcada en seda blanca había contenido el aliento, y sus pezones se habían endurecido bajo su mirada. Se le había hecho la boca agua.

Le había puesto el collar de platino y zafiros en el cuello y lentamente había deslizado las manos por el borde de la bata para abrírsela un poco más. Por su olor había sabido que estaba lista para él y se había agachado para lamerle un pezón y después el otro.

–Dante…

Con un rápido movimiento de muñeca, liberó su erección de los

calzoncillos. Luego, la había sentado sobre la encimera del lavabo y se había colocado entre sus piernas para penetrarla.

–Ponte un preservativo.

–Saldré a tiempo.

No podía esperar. Hundirse en ella era como sumergirse en un cálido manantial y un estremecimiento había recorrido su espalda. Le había tomado el trasero con las manos para amortiguar la embestida. Ella lo había rodeado con sus piernas y lo había besado mientras se clavaba en ella. Nunca antes lo había hecho sin protección. La sensación era demasiado buena y una oleada de estremecimientos le recorrió la espalda. Ella había apoyado las manos por detrás para arquearse y acoplarse a sus embestidas. Sus pechos se balanceaban con cada impacto. Había buscado su reflejo en el espejo que había detrás de ella y había visto en sus ojos una desesperación inquietante. Había tenido que distraerse observando cómo el rostro de Cami se contraía por la agonía del deseo.

Había incrementado el ritmo en su afán de darle placer y enseguida había sentido sus convulsiones. Sus gemidos de placer se habían convertido en sollozos de delicioso abandono. Había contenido su descarga sin dejar de embestirla frenéticamente, en una suerte de tortura. Se había sentido al borde de la muerte viéndola echar la cabeza hacia atrás, rindiéndose, mientras le clavaba los talones en el trasero.

Había salido de ella y se había derramado en su vientre, dejándose llevar por una poderosa fuerza, completamente desarmado y con la seguridad de que nunca volvería a ser el mismo.

Luego, había apoyado la frente sudorosa en su hombro, temblando, hasta que había vuelto en sí.

Sin dejar de temblar, la había ayudado a ponerse en pie y la había secado con una toalla. Al ver el collar balanceándose sobre sus pechos, había recordado el porqué de aquel frenético y desenfrenado encuentro.

–Eres mi pareja esta noche –había susurrado–. Quiero que se vea lo poderoso que soy o seguirán los rumores de que el Tabor pasa por apuros. Dime gracias, Cami.

–Gracias, Cami –había repetido ella burlona antes de llevarse la mano al collar–. Gracias, Dante. Es precioso.

A pesar de que se lo había dicho con total sinceridad, había evitado mirarlo.

Había pasado un rato de aquello, pero todavía seguía

trastornado por el encuentro. Quizá a ella le pasara lo mismo. No había dejado de fruncir el ceño en todo el camino hasta la fiesta.

Aquello le fastidiaba. ¿Cuándo le había preocupado tanto lo que una mujer pensara por un collar que le había regalado? Si no le gustaba, podía devolverlo o incluso venderlo.

Pero quería que le gustase, quería que pensara en él cuando se lo pusiera y que recordara lo que habían disfrutado juntos.

Aquella noche estaba siendo interminable. Miró su reloj. Todavía tenía que dar un discurso y saludar a unas cuantas personas más antes de volver a estar a solas con ella.

Sabía muy bien lo que realmente le estaba fastidiando: solo le quedaban dos noches con ella. Había empezado la cuenta atrás. No había parado de ajustar su agenda para sacar más tiempo con ella, aunque lo que de verdad quería era llevársela a Sicilia.

–Dante.

Una familiar voz masculina lo hizo darse la vuelta.

–¡Arturo! –exclamó, y abrazó a su primo–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Salvarte una vez más. ¿Qué demonios estás haciendo?

Cami sabía lo que Karen estaba pensando de ella por la forma en que la miraba de arriba abajo. Sus ojos fueron a clavarse en las joyas que lucía en las orejas y el cuello.

«No es lo que piensas», quería decirle, pero cada vez estaba más enfadada consigo misma porque era precisamente eso.

De alguna manera, había logrado convencerse de que Dante y ella eran una pareja normal. Parecía sentirse a gusto teniéndola en su habitación e incluso había cocinado un par de veces para él en la pequeña cocina de la suite. Estaban conociéndose y olvidando el pasado.

Pero mientras la atracción que sentía por él se estaba convirtiendo en algo auténtico que ni siquiera se atrevía a nombrar, él parecía dispuesto a mostrarse impasible, excepto en sus apasionados encuentros. Mientras ella le estaba ofreciendo su corazón, él le ofrecía joyas. Conocerse no era solo compartir duchas y comidas.

Cuando le había dado aquellas joyas, relegándola al simple papel de amante, le había hecho pensar que se estaba acostando con él para pagar la deuda de su padre. Era evidente que se tomaba el sexo con ella como una mera forma de disfrute.

–Me alegro de que las cosas te vayan bien y de que hayas

encontrado otro puesto –dijo Karen, haciendo que Cami volviera a aquella incómoda conversación en la que estaba intentando justificar por qué había llegado del brazo del hombre que la había despedido.

Se había acercado a Karen para darle las gracias por ayudarla a encontrar el empleo en el que iba a empezar a trabajar la semana siguiente. Se trataba de un puesto de encargada en el turno de noche, con un horario pésimo, pero al menos tenía algo.

–¿Has conseguido quedarte en tu apartamento?

–No, pero tengo otras opciones.

–Entonces, ¿dónde estás viviendo?

–Con amigos.

Karen dirigió la mirada hacia la barra a la que Dante se había acercado con la promesa de llevarles champán.

Cami se sentía avergonzada y no pudo evitar sonrojarse. Le habría gustado poner fin a las conjeturas de Karen.

–Debería volver con mi cita –susurró–. Me alegro de verte. Muchas gracias otra vez.

Al dirigirse hacia Dante reparó en que estaba con un hombre que podría ser su hermano. Era tan guapo como él e iba muy elegante con un traje hecho a medida. Su voz también era grave. Al verla acercarse por detrás de Dante, la miró con un interés que habría puesto la carne de gallina a cualquier mujer.

Dante se volvió y le dirigió una fría mirada.

–Me da igual lo bueno que sea el sexo. Es una Fagan. Por favor, no me digas que se te ha olvidado lo que te hizo su padre.

Cami palideció y no pudo evitar quedarse con la boca abierta.

–¿Quién es este hombre?

–Mi primo Arturo.

Dante le había hablado de él con cariño en más de una ocasión, pero, dejando a un lado su aspecto, no había nada de aquel hombre que le agradara, en especial su forma de hablar.

–Soy el hombre que arriesgó su dinero cuando su padre le robó a Dante. Quizá esté dispuesta a compensarme de alguna manera –dijo bajando la mirada a sus pechos.

–¡Arturo! –exclamó Dante, a modo de reprimenda hacia su primo.

Mientras tanto, la estaba mirando como aquel primer día en el vestíbulo.

–Fue idea tuya que me quedara –le recordó.

La había obligado a quedarse con él.

–Estoy seguro de que la venganza ha sido muy dulce a la vista

de ese cuerpo –continuó su primo–. Ahora se entiende que hayas estado pensando con la bragueta.

Cami tuvo que contenerse para no darle un puñetazo en la cara, pero fue incapaz de apartar la vista de Dante.

–Así que de eso se trata, ¿no?

En aquel momento se sentía despreciada. Le costaba respirar. Había intentado ganarse su confianza, sin cuestionarse sus motivos.

–Solo querías vengarte –añadió.

–¿Qué otra cosa iba a querer? –intervino su primo.

–¡Cállese! –le dijo Cami a aquel tipo despreciable.

–Ya está bien –terció Dante, y la tomó del brazo–. Tenemos que hablar.

Ella se soltó, apartándose.

–No, no hay nada de que hablar.

La gente estaba mirando, incluso algunas personas les habían oído. De lo que no había ninguna duda era de que todo el mundo pensaba en aquel momento que era una mujer que podía comprarse.

¿Y por qué iban a pensar otra cosa? Llevaba un vestido y unas joyas que le había comprado Dante. Estaba viviendo en su habitación de hotel y comiendo su comida.

Sacudió la cabeza. Se odiaba a sí misma. Cada vez que trataba de seguir los dictados de su corazón…

No, no podía sentir nada por él. No podía enamorarse de él. Aquello solo era…

Se mordió el labio inferior con tanta fuerza que sintió el sabor de la sangre, y salió corriendo.

Cami salió con la cabeza bien alta. Solo Dante sabía que se le había caído el alma a los pies.

–Todos tenemos nuestro punto débil –le dijo Arturo mientras luchaba contra el impulso de salir tras ella–. El tuyo es pensar bien de todo el mundo.

–Ella no buscaba nada de esto –protestó Dante, aceptando la copa de whisky que le ofrecía su primo y bebiéndose media de un trago–. ¿Cómo te has enterado de que estaba con ella?

Era una reacción pueril, como si el problema fuera la intromisión de su primo y no que se estuviera acostando con el enemigo.

Arturo pareció sorprenderse por su pregunta y dio un sorbo a su bebida.

–*Noni* me comentó que habíais ido a esquiar. No para de hablar de Cameo Fagan –dijo, y se pasó la lengua por los labios como si al pronunciar su nombre le hubiera quedado un sabor amargo–. Pensé que debía ver lo que estaba pasando. ¿Merecía la pena? –preguntó mirando de reojo a Dante–. Ya veo que estás colado por ella, ¿verdad?

A punto estuvo de contarle que Cami era virgen y que con su sinceridad había empezado a ganarse su confianza. Acarició el borde de la copa recordando el placer que había sentido a su lado. Su mundo se había vuelto tan deprimente en aquel momento que tuvo que contenerse para no romper el cristal con la mano.

–Ha intentado pagarme mediante transferencias a una supuesta cuenta de Benito Castiglione.

Arturo arqueó las cejas.

–Hacía tiempo que no oía ese nombre. Murió hace años, ¿verdad?

–Sí, pero por eso… ¿Cómo es posible que conozca ese nombre?

–Tal vez lo haya visto en antiguos documentos de su padre –supuso Arturo–. Me alegro de haber llegado a tiempo para impedir que te gastes un dineral en baratijas.

–¿Señor? –los interrumpió el encargado de la organización del evento–. ¿Le parece bien dar el discurso ahora?

Dante no tenía ganas ni de respirar, pero se obligó a cumplir con lo programado e ignoró las miradas curiosas de los asistentes después de la escena con Cami.

Cuando llegó a su hotel, estaba furioso consigo mismo.

–Seguramente habrá salido corriendo –dijo Arturo–. Lo cual te viene bien. Mejor no tenerla cerca tratando de convencerte de lo inocente que es. ¿Quieres que entre contigo? –le preguntó al llegar a la puerta de su suite.

Dante lo despidió con un gruñido de impaciencia. Lo que había pasado entre Cami y él era algo íntimo. Nada más abrir la puerta, supo que se había ido. Lo que no esperaba era encontrarse el vestido en el suelo del salón, como si se lo hubiera quitado nada más entrar, junto con los zapatos. Las joyas que le había regalado estaban sobre la mesa. El único calzado que faltaba eran sus botas de tacón alto.

Subió la escalera y comprobó con desolación que la lencería y los vestidos que le había comprado seguían en el armario. La mochila, el ordenador portátil y su cepillo de dientes no estaban. Se había llevado todo lo que era suyo.

Se pasó la mano por la cara, preguntándose si se habría dejado

engatusar.

Su teléfono móvil vibró al recibir un mensaje, avisándole de que Cami acababa de hacerle una transferencia por la cantidad que solía mandar a Benito.

Capítulo 8

Un mes más tarde

Dante vio la notificación del correo electrónico y supo que era otro pago de Cami, el tercero, y lo rechazó al igual que había hecho con los dos anteriores. Cada vez que estaba a punto de quitársela de la cabeza…

¿A quién estaba tratando de engañar? No se la sacaba del pensamiento y no dejaba de compararla con todas las mujeres que se cruzaban en su camino.

Así pasaba el día. Por la noche, se despertaba bruscamente en mitad de sueños en los que le hacía el amor a Cami para descubrir que estaba solo en su cama y que nunca volvería a tenerla a su lado.

«Olvídala», se dijo, aferrándose a su escritorio.

–El señor Donatelli ha llegado –le anunció su secretaria por el intercomunicador.

–Que pase.

Dante dejó su teléfono y rodeó la mesa para recibir al invitado. Su empresa había hecho algunas operaciones con el banco de inversiones de Vito Donatelli. Eran parientes lejanos y a menudo hacían negocios en común. Se conocían bien y mantenían una buena amistad.

–¿Estás de vacaciones? Has hecho un largo viaje solo para venir a verme –dijo Dante mientras se sentaban a tomar un café.

–Es un asunto delicado y pensé que sería mejor tratarlo en persona. Después de muchas averiguaciones, llegamos a una conclusión y le pedí a Paolo que lo confirmara. Quería estar completamente seguro antes de hablar contigo.

Paolo, el primo de Vito, era el presidente del banco, prueba de lo serio que era el asunto.

–Es por la cuenta de Benito, ¿verdad? –preguntó Dante frunciendo el ceño–. No estoy seguro de querer saberlo.

Dante no quería confirmar que Cami había seguido los pasos de su padre, dispuesta a convertirse en su amante para arrebatarle todo

lo que pudiera.

Pero ¿qué había sacado de todo aquello? La respuesta a esa pregunta era lo que lo estaba volviendo loco.

–Me lo imagino –replicó Vito, y esbozó su sonrisa de empresario inflexible–. Pero Paolo y yo no estamos dispuestos a permitir que se cometan delitos en nuestro banco. Paolo va a informar hoy mismo a las autoridades. La mía es una visita de cortesía puesto que gracias a ti supimos lo que estaba pasando.

La imagen de Cami entre rejas asaltó su mente.

–¿Hay alguna forma de evitarlo? –preguntó Dante poniéndose de pie bruscamente.

–No podemos hacerlo. Estas cosas pueden hundir nuestro banco. No nos queda más remedio que presentar una denuncia contra él.

–¿Contra él? ¿No estábamos hablando de Cameo Fagan?

–Sí, ella es la víctima –asintió Vito–. Pero Arturo es el delincuente que se ha hecho pasar por Benito Castiglione para quedarse con su dinero.

Cami no sabía por qué a aquellas alturas del verano todavía había partidos de hockey, pero no se quejaba. Necesitaba las propinas y aquel bar, con sus grandes pantallas, contaba con una clientela abundante.

Estaba atendiendo la barra y no daba abasto. Al menos, la mayoría bebía cerveza.

Al salir de la barra, vio a Dante en el otro extremo, mirándola fijamente, y no pudo hacer nada para impedir que se le cayera la bandeja cargada. Llevaba una chaqueta de cuero, gafas de sol y barba de varios días. Al ver la curva de sus labios, se le disparó la adrenalina.

«No estoy preparada», pensó antes de que la bandeja tocara el suelo.

El estruendo se oyó por encima del barullo y sintió los trozos de cristal en las piernas. Los clientes la vitorearon como si hubiera marcado un gol.

–Buena la has liado –le dijo Mark, su compañero de turno en la barra, antes de tomar una segunda bandeja y empezar a llenarla.

Cami recogió los cristales, guardó la escoba y se dispuso a continuar con su trabajo. No podía parar de temblar. ¿Qué demonios estaba haciendo Dante allí?

Le resultaba imposible ignorarlo a pesar de intentarlo.

–¿Ves a aquel tipo que está al final de la barra? –le preguntó a

Mark–. ¿Puedes ocuparte de él?

–Claro.

Mark era un compañero de clase de su hermano gracias al que había encontrado aquel trabajo.

–Quiere saber a qué hora sales de trabajar –dijo Mark al volver, después de servirle una cerveza.

En algún momento iba a tener que hablar con él. Hacía tan solo dos días que sabía que su vida iba a quedar irremediablemente ligada a la suya, después de hacerse una prueba de embarazo.

O quizá no. Estaba de muy pocos días y todavía podía pasar cualquier cosa. No deseaba que el embarazo se malograse, pero viendo cómo iba su vida, era lo más probable.

Todavía no había tenido tiempo de asimilar la noticia. Le habría gustado haber tenido un plan antes de hablar con él, pero ni en sueños se habría imaginado que iría a buscarla. ¿Por qué estaba allí? Todavía no estaba preparada para contárselo.

Siguió trabajando y se sintió decepcionada cuando al rato vio que había desaparecido. ¿Habría sido una casualidad que hubiera aparecido en el bar? Quizá ni siquiera había querido verla.

Unos minutos más tarde, lo vio sentado y a punto estuvo de que una copa se le resbalara de las manos. Durante el resto del tiempo permaneció observándola atentamente.

Cuando el partido terminó y el bar se quedó vacío, tomó un taburete y la llamó.

–¡Cami!

¿Cómo era posible que su voz la desarmara?

–¿Puedes llevarme a casa? –le preguntó a Mark.

–Claro, tengo el coche aparcado delante de tu casa.

–Me estás acosando –empezó a decirle a Dante, antes de reparar en que tenía mala cara.

Llevaba varios días sin afeitarse, tenía los ojos hundidos, el pelo revuelto y parecía cansado, muy cansado.

–¿Qué pasa? –preguntó mientras limpiaba la barra con una bayeta–. ¿Acaso tu abuela…?

–Mi abuela está bien. Quiero hablar contigo.

–Tienes que aceptar las transferencias.

–Precisamente de eso quería hablarte.

Había sido una estúpida por hacerse ilusiones. Sacudió la cabeza y siguió haciendo su trabajo.

Pero, cuando terminó su turno, se despidió de Mark y del resto de compañeros, recogió su bolso y la chaqueta que le había prestado su hermano, y dejó que Dante le sostuviera la puerta para

salir.

–¿Qué quieres? –preguntó una vez en la calle, mientras empezaban a caminar por la acera.

–Este barrio es terrible –dijo Dante mirando de soslayo el callejón por el que pasaban.

–Nadie te ha pedido que vinieras.

No quería sentir nada, pero las palabras se le amontonaban. Había tenido tiempo para reflexionar sobre su relación y se había dado cuenta de lo estúpida que había sido al pensar que eran amigos o incluso algo más. Quizá por ser virgen había sido más propensa a imaginarse algo que no existía, pero incluso antes de que se descubriera la estafa de Arturo, se había dado cuenta de que para él no era más que una acompañante a sueldo. Le había dolido mucho. La gota que había colmado el vaso había sido que sospechara de ella.

¿Qué pensaría de su embarazo? No sabía cómo decírselo ni si sería capaz de enfrentarse a su reacción. Había pocas posibilidades de que la noticia fuera recibida con alegría.

–¿Y tu primo?

Dante respiró hondo.

–Da igual –murmuró ella–, ni siquiera me importa. Me hizo un favor. Me estabas tratando como a… Bueno, lo nuestro nunca debería haber pasado –dijo acariciándose el vientre.

Dante se pasó una mano por la cara y ella tragó saliva, a la espera de sus palabras.

–Arturo está tratando de llegar a un acuerdo mientras siguen las investigaciones sobre fraude y espionaje industrial ligado al crimen organizado. Él fue quien lo hizo, Cami, no tu padre.

–¿Qué? No lo entiendo.

Dante la sujetó del codo para que no perdiera el equilibrio. Aquel simple roce la hizo estremecerse.

–Yo tampoco –dijo Dante.

Cami distinguió la rabia y el dolor en su voz. Siguió caminando en silencio. No sabía muy bien qué significaba para ellos.

–¿Mi padre era inocente, es eso lo que quieres decir?

–Sí.

–Pero firmó una declaración de culpabilidad.

–La gente desesperada hace cosas desesperadas.

No estaba hablando solo de su padre.

¿Se creería que aquel bebé era suyo o pensaría que era un acto de desesperación por su parte?

Llegaron a la casa en la que vivía, dividida en cuatro

apartamentos. En la zona vivían muchos estudiantes, además de jóvenes parejas y algunos drogadictos y gente de mal vivir. No era la primera vez que Cami vivía en sitios así.

–¿Estará levantado tu hermano? Quiero hablar con él también.

Dante se adelantó y le abrió la puerta. Su caballerosidad la desconcertaba. Lo guio por el lateral de la casa hasta la escalera de su apartamento.

Giró el pomo y encontró la puerta abierta como solía hacer Reeve cuando la estaba esperando.

–¿Eres tú? –gritó desde su habitación.

–Sí. ¿Puedes salir un momento?

–Dame un segundo que termine esto.

Colgó la chaqueta en el respaldo de la silla. Dante cerró la puerta y se metió las manos en los bolsillos mientras estudiaba los muebles gastados y la estantería junto a la que estaba su mochila. Había sábanas dobladas en un extremo del sofá.

–¿Ahí duermes? –le preguntó.

–No me juzgues, Dante –contestó Cami cruzándose de brazos–. No estás en situación de hacerlo.

–Lo sé –admitió él–. ¿Es así como has estado viviendo estos años?

Su mirada se cruzó con la de ella y enseguida la apartó. Una expresión de intensa emoción asomó a su rostro.

–Me pone enfermo –concluyó.

Cami no quería sentir compasión, no se lo merecía, pero aun así no podía evitar sentir algo por él. Quería reconfortarlo tanto emocional como físicamente.

–No puedo ni imaginarme lo difícil que debe de ser esto para ti –murmuró.

Siempre había hablado con cariño de su primo.

–Creo que sí puedes.

–¿Qué pasó?

–Arturo tenía deudas de juego. Tenía ese vicio desde los veinte años, aunque ninguno lo sabíamos. Si no hubiera actuado en connivencia con Benito y se hubiera apropiado de mi diseño y del dinero de la cuenta, culpando a tu padre de ello, habría acabado muerto en cualquier callejón. Así fue como volvió a llevarse bien con su corredor de apuestas. Pero al poco volvió a tener problemas y fue entonces cuando empezó a extorsionarte con la supuesta deuda de tu padre.

Reeve salió de su habitación, extrañado de tener una visita a aquellas horas. Cami los presentó.

–No queremos hablar con usted. Limítese a recibir los pagos y déjenos en paz –protestó Reeve.

Cami no le había contado todo lo que había pasado en Whistler, tan solo que Dante se había negado a contratarla y que los pagos se habían hecho a una cuenta fantasma.

–Papá no lo hizo –dijo, y le explicó lo que Dante acababa de contarle.

–¿Cuándo ha sabido esto? –preguntó Reeve a Dante.

–Hace unos días. Han pasado muchas cosas y quería ser yo el que os lo dijera –declaró Dante y suspiró–. También quería deciros que lamento mucho que vuestro padre se viera implicado. Os compensaré lo mejor que pueda.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre que dejó sobre la mesa de la cocina.

–Es el reembolso de la cantidad que habéis estado depositando en la cuenta de Benito Castiglione. Todavía falta por calcular lo que vuestro padre pagó antes de abandonar Italia. Creo que al menos triplica la cantidad, sin contar los intereses y la indemnización por los daños causados. Veréis en el documento que ha preparado mi abogado que es simplemente un adelanto como señal de buena fe. Contratad a un abogado y que se ponga en contacto con el mío. Los gastos legales correrán por mi cuenta.

–¡No puedes hablar en serio! –exclamó Cami–. Es un dineral.

–Eso es lo de menos –intervino Reeve–. Me gustaría partirle la cara.

–¡Reeve!

Dante lo miró desafiante.

–No te preocupes. Quiero llegar a ser cirujano. No voy a romperme la mano por mucho que se lo merezca.

–No ha sido él, Reeve. Él es tan víctima como nosotros.

–Ha tardado diez años en darse cuenta de que no había sido papá. Y te despidió sin más.

Cami se llevó las manos a la cintura, pensando que eso no era lo único que había hecho.

–Quiero que vengas a Sicilia conmigo para hacer una declaración –le dijo Dante.

–De ninguna manera –murmuró Reeve–. Nos comunicaremos a través de nuestros abogados. Aléjese de nosotros.

Su hermano no sabía que tenía alguien más en quien pensar, alguien sobre el que Dante tenía derechos.

–¿Cuándo te vas? –preguntó volviéndose a Dante.

–En cuanto hagas la maleta.

–No le debes nada, Cami –insistió su hermano.

–Tengo que avisar en mi trabajo. Tenemos que pagar el alquiler dentro de cuatro días.

–Ahí hay suficiente dinero como para cubrir los gastos de alojamiento de varios años y en una casa mejor –dijo Dante dirigiéndose a Reeve, y señaló el sobre de la mesa–. Cami se viene conmigo o se va a un hotel. No estoy dispuesto a permitir que siga viviendo así ni un día más.

–Ya hemos empezado a buscar otro sitio –dijo Reeve poniéndose a la defensiva.

Era cierto. Él se conformaba con menos, pero ahora que iban a vivir juntos y a compartir gastos, podían permitirse algo un poco mejor.

–Mi abuela quiere verte. Nunca ha sabido nada de esto y se lo he tenido que contar después de que Arturo fuera arrestado. Está muy disgustada y quiere disculparse contigo. Quiero que se quede tranquila cuanto antes.

–Eso es chantaje emocional –objetó Reeve.

–Escucha –intervino Cami–. Hay muchas cosas que asimilar y no puedo pensar oliendo a cerveza y nachos. Voy a darme una ducha y a meterme en la cama. Vete a tu hotel o a donde quiera que te estés quedando. Te mandaré un mensaje por la mañana.

Quince minutos más tarde, Dante seguía allí. No se le había ocurrido nada nuevo durante el rato que había estado bajo el chorro de agua caliente. Tan solo se había dado cuenta de lo cansada y poco preparada que estaba para tener un bebé. Además, le preocupaba la reacción de Dante.

Él y Reeve estaban sentados a la mesa de la cocina, cada uno con una taza de café. Estaban revisando unos papeles y el ambiente era tenso.

–Deberías habérmelo dicho –dijo Reeve al verla.

–¿El qué?

Nunca le había ocultado nada.

–Que hubo algo entre vosotros en Whistler.

A Cami le dio un vuelco el corazón y se volvió hacia Dante.

–¿Por qué se lo has contado?

–Me lo ha preguntado.

–¿Qué te hizo pensar…?

Cami se quedó sin palabras, mirando a su hermano, el futuro médico. Aquella misma mañana le había preguntado preocupado si

había vuelto a vomitar.

–No acababa de entender por qué no aceptaba las transferencias –dijo Reeve furioso.

Estupendo. Su hermano se había dado cuenta del problema en el que estaba metida.

–Tengo derecho a tener vida privada –murmuró, buscando en su bolso la crema hidratante.

–Cami –dijo Reeve, y esperó a que lo mirara–. No necesitamos esto –añadió, señalando los papeles que tenía delante de él–. No es necesario que hagas nada. Sin la deuda, tenemos otras opciones. Puedo dejar los estudios un par de años. Ya nos las arreglaremos, siempre lo hemos hecho.

Nunca había querido a su hermano tanto como en aquel momento. Con un nudo en la garganta, asintió.

–Gracias, pero tengo que ir. Por papá.

No lo había pensado hasta que había pronunciado aquellas palabras. Tenía que limpiar el nombre de su padre.

–Entonces, yo también iré.

–No, iré yo.

Tenía que pensar en su hijo, en el hijo de Dante.

No podía mirarlo. Le temblaban las manos cuando empezó a hacer la maleta.

Capítulo 9

LA ADRENALINA había mantenido a Dante con fuerzas hasta que había visto a Cami. Cuando por fin le había puesto los ojos encima, su mundo se había venido abajo como las copas que se le habían caído a Cami. Era tan guapa como la recordaba. Irradiaba luz y calidez con su aspecto natural, dulce y tierno, hasta que lo había visto.

Se había cerrado como una flor pisoteada, negándose a hablar con él. Había odiado a Arturo con todas sus fuerzas por haberle hecho pasar por aquello.

En aquel momento la tenía sentada a su lado, pero se había hecho un silencio denso e impenetrable entre ellos. Había pensado que le costaría meterla en un avión, pero enseguida se había mostrado dispuesta a limpiar el nombre de su padre. Él también estaba deseando hacerlo.

Había experimentado una sensación extraña hablando con Reeve. La voz de Stephen había emanado de un rostro desconocido, pero que a la vez se parecía mucho a él. Mientras le había presentado sus disculpas, había reconocido en Reeve la personalidad de su viejo amigo. Cuando Reeve le había preguntado si había pasado algo entre Cami y él en Whistler, Dante se había quedado tan sorprendido que su rostro había revelado la verdad antes de poder disimular.

Le había dolido el rechazo de Reeve aunque era consciente de que cualquier intento por demostrarle que sus intenciones eran buenas sería recibido con desprecio.

De lo que no había duda era de que Cami no tenía ningún interés en retomar lo suyo. Se lo había dejado muy claro incluso antes de que le contara lo de Arturo.

Sin embargo, allí estaba, dócil y sumisa sentada a su lado. Si no la hubiera visto hablándole a su hermano con tanta determinación, habría pensado que estaba a la defensiva.

Seguramente estaba cansada y harta. Desde el momento en que

Vito le había contado que Arturo estaba detrás del robo, Dante había sentido náuseas, asqueado por lo que aquello había supuesto para Cami y su hermano. Al ver donde vivían, se había sentido peor. Había sido completamente sincero cuando había dicho que no permitiría que siguiera viviendo así un día más.

A la traición se unía un gran dolor. La muerte de Stephen se hacía mucho más injusta y difícil de llevar. Todo lo que Dante había visto en él, la confianza en sus ideas, su apoyo, su orgullo paternal y su deseo de que triunfara habían sido reales.

Había sido muy afortunado por haber tenido tres figuras paternales, aunque la sensación de haber sido engañado persistía.

–Nunca me perdonaré por haber apartado a tu padre de mi vida –le dijo después de que la azafata le llevara a Cami el té que le había pedido–. Era un buen amigo. No debería haber desatendido a sus hijos.

–Todavía no puedo hablar de todo esto. Estoy demasiado cansada para asimilar todo lo que ha pasado. Ahora mismo solo quiero tomarme el té y dormir un rato. Ya hablaremos cuando lleguemos a Sicilia, ¿te importa?

–No. Usa la habitación –dijo Dante señalando la puerta que había tras ellos.

–Estoy bien aquí.

Cami se volvió hacia la oscuridad de la ventanilla y durante la siguiente media hora fue dando pequeños sorbos a su té. Después, se durmió. Dante se desabrochó el cinturón de seguridad y la llevó a la cama, tentado de tumbarse a su lado y abrazarla. Necesitaba sentir su calor.

En vez de eso, la cubrió con una manta y regresó a su asiento. Se quedó profundamente dormido y, cuando se despertó, le dolía el cuello y le picaban los ojos.

–No, estoy bien –le estaba diciendo Cami a la azafata–. Es que los viajes no me sientan bien. Unas tostadas no me vendrían mal, gracias.

–¿Mareada? –le preguntó cuando volvió a su asiento.

Estaba pálida, despeinada y olía a pasta de dientes.

–A veces me pasa –contestó ella, y evitó su mirada desviando la vista a la ventanilla.

–Ya queda poco –dijo Dante señalando al mapa de la pantalla.

A pesar de las circunstancias, estaba deseando enseñarle su país.

–Dante…

Al volverse para mirarlo a los ojos, tenía una expresión lánguida. La gravedad de su voz lo asustó.

–¿Qué pasa?

–Estoy embarazada.

–Ni se te ocurra preguntarme si es tuyo –susurró, temiendo que la azafata la oyera.

Lo miró por el rabillo del ojo, pero su expresión era hierática. A Dante s le daba muy bien ocultar sus sentimientos.

La azafata volvió para servirles el desayuno y empezaron a comer en silencio.

–Necesito saber si era una forma de venganza. Es evidente que soy muy inocente y sabiendo lo furioso que estabas…

–Cami, voy a necesitar tiempo –dijo Dante tomándola por la muñeca.

Después de unos segundos, la soltó y dio un sorbo a su café.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Desde hace unos días.

–¿Pensabas decírmelo?

–Todavía no lo había decidido. Pero cuando apareciste anoche… ¿Por qué nos pasan estas cosas, por qué vamos de mal en peor?

Dante fue a decir algo, pero la azafata apareció para servirles más café y siguieron comiendo en silencio.

–Vas a tenerlo.

Cami no supo si era una orden o una petición.

–Eso espero, aunque nunca se sabe. Por eso nunca se cuenta en el primer trimestre. La vida me ha dado muchas sorpresas, así que no quiero dar nada por sentado.

Después de aquello, no hablaron mucho más. Dante hizo algunas llamadas y Cami se entretuvo leyendo un libro en su teléfono hasta que se prepararon para el aterrizaje.

–¿Ese es el monte Etna? –preguntó Cami mirando por la ventanilla.

–Sí –contestó él sonriendo por primera vez en el viaje–. ¿Por qué?

–Me encantan las montañas.

–No vas a poder esquiar en una temporada.

–Tienes razón –susurró ella, pensando en la criatura que crecía en su interior.

No le importaba tener que cuidarse más, pero el hecho de tener que afrontar de nuevo una época de incertidumbre la angustiaba. Sabía que lo superaría, pero no podía evitar sentir ansiedad.

Quizá fuera porque estaban a punto de tomar tierra. De repente,

echaba de menos su casa.

En cuanto aterrizaron y se subió al deportivo azul de Dante, recuperó la calma. Había algo en aquella seguridad que derrochaba que la tranquilizaba. Retiró la capota del coche para disfrutar de la brisa y abandonaron el aeropuerto privado. Cami suspiró relajada.

Mientras conducía, fueron disfrutando del paisaje. El paso de los siglos era evidente por todas partes y se respiraba una sensación de perpetuidad.

Al rato, Dante condujo el coche por una carretera sinuosa entre viñedos que subía una colina hasta llegar a unos setos recortados alrededor de una fuente, frente a una gran construcción de piedra. Desde allí, las vistas se perdían en la lontananza y Cami reparó en el suelo empedrado del patio y en las vides que cubrían la fachada de lo que parecía un castillo medieval.

–¿Es un hotel?

–Es mi casa –contestó Dante con una nota divertida en la voz mientras se bajaba del coche.

Cami sabía que era rico, pero no tan rico. Todavía estaba asimilándolo en el asiento del copiloto cuando le abrió la puerta y le ofreció su mano para bajarse.

–Es precioso –murmuró.

–Es una reliquia. Mi abuelo hizo algunas reformas para modernizarlo, como poner electricidad y cambiar la fontanería, pero, aparte de la cocina que cambiamos hace unos años, no hemos hecho nada más. *Noni* está muy cómoda y no quiero molestarla con obras innecesarias.

–¿Bernadetta está aquí?

–Por supuesto.

–Pero ¿qué pensará…? No quiero que sepa que estoy… No quiero que se compliquen aún más las cosas.

–Si insistes…

–¿No me digas que por una vez voy a salirme con la mía? –dijo Cami mientras Dante sacaba su mochila del maletero.

–No es la primera vez que hacemos las cosas a tu manera.

Cami suspiró al recordar cómo le había dejado llevar la iniciativa cuando habían hecho el amor, aunque siempre había sido él el que había tenido el control.

En aquel momento, se le veía satisfecho mientras la conducía hasta el cuarto de invitados.

–Esta es tu habitación –anunció Dante, y le señaló un teléfono y una tableta–. Llama a tu hermano, querrá saber que has llegado bien. La cena es a las siete. Tu ropa está en el armario.

La dejó para que se pusiera cómoda y Cami aprovechó para mandarle un mensaje a Reeve y ducharse. Luego echó un vistazo al armario y reconoció los vestidos que Dante le había comprado en Whistler.

No sabía cómo interpretarlo, pero mientras contemplaba el paisaje de viñedos desde su balcón, decidió que no podía presentarse ante Bernadetta en vaqueros y camiseta. Después de maquillarse, se puso un vestido que aún tenía la etiqueta.

Cuando Dante apareció en su puerta, estaba recién duchado y afeitado. Olía a jabón y especias, y a algo característico siciliano. Era la esencia de su hogar.

Dante se fijó en el sencillo vestido azul que se había puesto, con escote en forma de corazón, cuerpo ajustado y falda vaporosa. Era el más recatado que había encontrado. Quería demostrar un poco de decoro delante de su abuela, a la vez que deseaba que él la encontrara atractiva.

Cami se sonrojó y bajó la vista al suelo.

–Por aquí –le indicó Dante.

Ante su falta de respuesta, Cami no pudo evitar sentirse desilusionada.

Se obligó a caminar con la cabeza bien alta y los hombros erguidos mientras recorrían un pasillo alfombrado con retratos colgando de las paredes.

Al ver a Cami y Dante entrar en el salón, Bernadetta se levantó para saludarlos.

–Hola, querida.

Parecía haber envejecido, lo que entristeció a Cami. La mujer debía de estar devastada no solo porque le hubieran ocultado lo que había estado pasando, sino también porque su nieto había cometido un delito y estaba pagando las consecuencias.

–Por favor, no se preocupe por mí. Estoy bien –dijo Cami tomando las manos temblorosas de la anciana entre las suyas.

Dante emitió un sonido y Cami advirtió cierta impaciencia en su cara, pero volvió su atención a Bernadetta y se sentó con ella en el sofá para tranquilizarla.

–Fuiste muy amable conmigo aquel día. Eres encantadora y nuestra familia te ha tratado muy mal.

–No es culpa suya.

–Tal vez fui demasiado permisiva con la madre de Arturo. Fue muy díscola. Deberíamos habernos traído a Arturo a vivir con nosotros después de que se divorciara. Tal vez no habría sido así.

Cami apretó suavemente la mano de Bernadetta.

–No sufra por cosas que ya no tienen remedio. Dante y yo nos encargaremos de todo. No se preocupe por mí. ¿Por qué no me cuenta su visita a Vancouver?

–Gracias por distraerla –le dijo Dante unas horas más tarde, después de que *noni* se fuera a la cama y se quedaran a solas.

–Es muy dulce –replicó Cami, acercándose a la balaustrada de la terraza que miraba hacia las laderas de la montaña–. Siento mucha curiosidad por ese antiguo anfiteatro del que me habéis hablado.

La música había empezado a sonar antes de que acabaran de cenar y Bernadetta le había explicado que había sido construido por los griegos y que su abuelo lo había restaurado. Uno de sus mayores placeres era asistir a las representaciones y elegir las producciones de la temporada.

–Parece que todavía están ensayando. Si quieres, podemos acercarnos paseando, a menos que estés cansada.

–Me encantaría. Para mi cuerpo es mediodía –dijo ella, y después de tomar un chal, empezaron a caminar por el sendero–. Huele muy bien. ¿Es azahar?

–Sí, tenemos un huerto de naranjas. ¿Cómo está tu pierna?

–Bien.

–Eso es lo que dices siempre, pero no estás bien.

–Claro que sí –dijo ella envolviéndose en el chal–. No me conoces.

–No es cierto.

–Tu opinión sobre mí está basada en una impresión equivocada. También yo estaba equivocada contigo.

A pesar de sus palabras, estaba esperando un hijo suyo e iba a tenerlo.

Estaba deseando compartir la noticia de su inminente paternidad, pero ¿a quién podía contárselo? Su abuela se llevaría una alegría, pero se disgustaría mucho si pasara algo. Ya se había hecho a la idea de que iba a tener un hijo con ella y se quedaría desolado si no se hacía realidad.

Llegaron a la zona iluminada del anfiteatro y Dante saludó al director y al reparto, antes de presentárselos a Cami. Luego, volvieron al escenario y les obsequiaron con la representación de una escena que estaban ensayando.

–Ha sido increíble –le dijo Cami más tarde, mientras subían de

vuelta la colina–. Qué lástima que no vaya a ver la obra.

–¿Por qué no?

–Me han dicho que la estrenan dentro de un mes. Supongo que no estaré aquí más de dos semanas.

Dante soltó una carcajada.

–Podrás ver todas las obras que quieras. Ahora vives aquí.

Cami se detuvo en seco en la oscuridad del viñedo y se volvió para mirarlo.

–Vamos a casarnos, Cami –anunció Dante.

¿De veras era aquello una proposición? Todos los sueños de su niñez se evaporaron en un abrir y cerrar de ojos, a pesar de que hacía tiempo que había renunciado a la fantasía de perder la cabeza por amor.

–Qué emoción –exclamó irónica.

–No nos queda otra opción –añadió Dante.

–No estás bien de la cabeza.

Cami enfiló hacia la villa, pero él la detuvo, tomándola del brazo.

–Quédate aquí. Las ventanas están abiertas y mi abuela podría oírnos.

–¿Te estás escuchando?

–¿Y tú? Me debo a mi familia y ahora formas parte de ella – afirmó él y posó una mano sobre su vientre.

–Tal vez el bebé sí, pero yo no. ¿Qué piensas hacer con el resto de tu familia? ¿Vas a darle la espalda a ese primo que era como un hermano para ti?

Dante bufó y retiró la mano antes de apretar los puños.

–Arturo podría haber acabado con todo esto –dijo señalando con la cabeza lo que los rodeaba–. Primero me falló a mí, luego a todos los demás.

–¿Ha confesado algo?

–No.

–Así que todavía podría haber más sorpresas. Quiero creer que está detrás de esta estafa. No sabes las ganas que tengo de olvidar esta pesadilla. Y, para ser completamente sincera –añadió mirando hacia la casa con un nudo en la garganta–, no puedo evitar pensar que habrías preferido que mi padre fuera el culpable. De esa manera, no tendrías que volver a pasar por todo esto. Si todavía no estás resentido conmigo, pronto lo estarás, al igual que el resto de tu familia.

–No es cierto. Mi abuela te adora.

–Esto va a durar años, Dante, créeme, sé de lo que estoy

hablando. No quiero estar casada contigo cuando decidas odiarme más de lo que ya me odias.

–Y ahora llegamos al quid de la cuestión. No soy yo el que está lleno de resentimiento, ¿no te parece?

–Está bien, de acuerdo, te odio –estalló Cami, tratando de no subir el tono de voz–. Me da igual que fuera idea de Arturo o de Benito. La única persona que ha estado presionándome durante todo este tiempo has sido tú. Estoy muy enfadada contigo y me odio por haber sido tan estúpida como para acostarme contigo y quedarme embarazada. De ninguna manera quiero atarme a ti de por vida.

–Pues aquí estamos –dijo, y tiró de sus brazos para acercarla a él–, unidos por un hijo que llevas en tus entrañas. Si piensas que eso es todo lo que nos une es que no estabas prestando atención cuando lo engendramos.

Dante tomó su boca y la besó con tal ferocidad que se olvidó de todo excepto de la ardiente pasión que había surgido entre ellos desde el mismo momento en que se habían conocido.

Como tantas otras veces, perdieron el control rápidamente. Ella lo rodeó por el cuello y hundió los dedos en su pelo para atraerlo. Cuando sus lenguas se encontraron, el beso se volvió desesperado y exigente.

Dante intentó tomar el control, pero Cami se lo impidió. Esa vez no se lo permitiría. Estaba demasiado furiosa. Se había aprovechado de ella y esa vez sería ella la que se aprovechara de él. Le mordió el labio inferior y se arqueó contra su cuerpo.

De un movimiento brusco, le quitó el vestido por los hombros, y se quedó mirándolo con los ojos abiertos de par en par al sentir la caricia del aire en sus pechos desnudos. Estaban al aire libre, en el viñedo.

–Tienes razón –gruñó Dante–. Aquí no.

Al ver que parecía estar recuperando el control, Cami se sintió desafiada y un arrebato de ira se apoderó de ella. Necesitaba demostrar que era más fuerte que él y que podía hacer prevalecer su voluntad. Quería que estuviera tan excitado como ella.

Justo cuando Dante se volvía hacia la casa, se arrojó sobre él, obligándolo a tomarla en brazos mientras lo rodeaba con las piernas por la cintura.

–Sí, aquí.

Volvieron a besarse y acabaron rodando por el suelo. Cami sintió la fría humedad de la hierba en la espalda mientras Dante deslizaba su cálida boca por su cuello.

–No puedo soportar la facilidad con la que consigues que me rinda. Incluso cuando me siento vencedora, soy incapaz de no entregarme a ti. Soy tuya.

–A mí me pasa lo mismo, ¿no te das cuenta? Ahora mismo, solo tengo ojos para ti, eres lo único que hay en mi mundo. ¿Crees que me agrada esta reacción?

Dante acopló las caderas a sus muslos, presionando su erección contra ella. Aquello, unido a sus palabras, fue todo lo que necesitó para sentirse arrastrada por una dulce agonía. Sus piernas se aferraron a él y buscó los botones de su camisa. Sabía que debía mantener algo de cordura, pero, cuando Dante hundió la cabeza y comenzó a lamerle los pezones, se le quedó la mente en blanco y se dejó llevar.

Cami apartó su hombro y, sin molestarse en desabrocharle los botones, tiró de su camisa. Ambos gimieron al sentir la calidez de sus torsos unidos y Dante fue subiendo poco a poco, dejando un reguero de besos por su cuello, deteniéndose en la pequeña cicatriz, hasta llegar a su boca. Unos segundos más tarde, le quitó las bragas, las arrojó a la maleza y a continuación se incorporó sobre un codo para desabrocharse los pantalones.

Cami lo guio hasta su entrada y, de una embestida, la penetró. Luego, deslizó las manos por su espalda, bajo la camisa, animándolo a mantener el ritmo de sus acometidas. Su orgasmo fue tan rápido e intenso que no pudo evitar gritar enloquecida. Dante ahogó sus gritos cubriéndole la boca con la suya y no paró de moverse. El ritmo de sus embestidas prolongó su clímax y al cabo de unos minutos más, volvió a alcanzar el éxtasis.

Una oleada de placer se apoderó de ella haciéndola sacudirse hasta que fue incapaz de distinguir dónde acababa su cuerpo y dónde empezaba el de él. En aquel momento, lo único en lo que podía pensar era en el deleite que le acababa de proporcionar, y no estaba dispuesta a dejarlo marchar.

Entonces, mientras aceptaba que era parte de ella, sintió que los músculos de su espalda se contraían. Dante levantó la cabeza y la echó hacia atrás, soltando un aullido al unirse a ella en aquel placer supremo.

El hombre civilizado que había en él quería pedirle disculpas por haberla tomado así, en el suelo, pero no estaba dispuesto a rebajarse. Un sentimiento de posesión lo había hecho enloquecer. Era suya. Si tenía que volver a demostrárselo, lo haría, el resto de

sus vidas si era necesario.

No se cansaba de ella. Su cuello, su pulso todavía acelerado bajo sus labios, el sonido de sus gemidos, la redondez de sus cálidos pechos…

Parecían dos náufragos que hubieran alcanzado la orilla, afortunados de seguir con vida.

–No he usado preservativo.

–El daño ya está hecho –murmuró Cami–. Tenía miedo de que no quisieras tener nada que ver conmigo.

–Es evidente que la pasión sigue viva entre nosotros.

–Eso no cambia nada, Dante –dijo ella empujándolo para que se apartara y pudiera incorporarse.

Tenía hierba pegada a la piel y la ayudó a sacudírsela. A la luz de la luna, parecía una diosa tratando de embrujarlo con su belleza.

–De hecho, la prueba de que nuestro matrimonio sería un desastre es esto. Somos la perdición el uno del otro.

–¿Te sientes menospreciada por nuestra aventura? Llámalo locura, arrebato, pero mi intención nunca fue hacerte daño.

Tal vez era demasiado tarde para preguntárselo después de haberla tomado entre las viñas de aquella manera.

–Me siento insignificante porque dejas a un lado tus sentimientos.

–¿Tú no?

Aquella pregunta la hizo sentirse muy vulnerable.

–Era virgen. Supongo que le he dado más importancia de la que debía.

–Claro que ha sido importante, Cami. Para mí también ha significado mucho.

–Eso no significa que debamos continuar con esto o empeorar las cosas casándonos.

–¿Empeorar? ¿Qué clase de marido crees que sería?

–Nunca has querido casarte con nadie, y mucho menos conmigo.

–Eso era verdad cuando te lo dije –replicó él tomándola de la parte baja de la espalda–. Pero quiero casarme con la madre de mi hijo. Quizá no me imaginaba casándome cuando tuvimos la aventura, pero entre nosotros hay pasión y suficiente complicidad como para construir algo juntos.

–Lo has llamado arrebato. No quiero ser para ti una especie de adicción.

–Seamos cuidadosos con el vocabulario.

Cami se sintió como si avanzara por la cuerda floja, con el riesgo de caer a un abismo en cualquier momento, incapaz de mirar hacia

el otro extremo por miedo a que no hubiera nada.

–Has estado viviendo en la miseria, Cami –dijo él, y se sentó a su lado–. No espero que me perdones por ello, pero la mejor compensación que puedo ofrecerte es el matrimonio. Tendrás derecho a la mitad de mis bienes y nuestro hijo lo heredará todo.

–No quiero tu dinero, Dante.

–¿Qué quieres? ¿Vivir sola en Canadá e impedir que vea a mi hijo? No estoy dispuesto a permitirlo.

Quería su corazón, pero estaba acostumbrada a no recibir lo que quería. Metió los brazos en el vestido y se puso de pie.

–¿Por qué no esperamos a que avance la investigación antes de decidir qué pasos dar?

Dante se colocó bien los pantalones y se sacudió las rodillas. Luego fue a abrocharse la camisa, pero vio que había perdido todos los botones.

–Si necesitas tiempo para pensar, de acuerdo.

Cami resopló y se marchó.

Al día siguiente, después de desayunar, Bernadetta le mostró a Cami orgullosa la colección de fotos familiares, explicándole nombres y parentescos. La foto de boda de Bernadetta le gustó especialmente. En ella aparecía sobrecogida al lado de su marido, un hombre apuesto y seguro de sí mismo.

–Dante se parece mucho a él. Debieron de quererse mucho.

La anciana se quedó pensativa y Cami no pudo evitar mirarla sorprendida.

–Mucho –dijo Bernadetta sonriente, antes de que su expresión se ensombreciera al volver a mirar la foto–. Pero necesité tiempo. El nuestro fue un matrimonio de conveniencia. Para él fue la manera que encontró para dar solución a un problema burocrático y yo quería escapar del control de mi padre, un hombre muy estricto. Pensé que viviría mejor con Leo. Dante también se parece a él en temperamento.

–Oh, vaya.

–Los hombres Gallo son muy autoritarios. No se enamoran con facilidad, pero, cuando entregan su corazón, lo hacen para siempre.

Cami no quería hacerse ilusiones con algo tan imposible.

–¿Y qué me dice de usted? ¿Le llevó tiempo enamorarse?

–Me resistí todo lo que pude. Ni siquiera quería acostarme con él para reservarme para mi verdadero marido. Pero no duró ni un día –dijo Bernadetta, y le guiñó un ojo–. Era muy persuasivo.

Cami no pudo contener la risa. Le parecía asombroso que aquella anciana bromeara sobre el sexo.

–Si no hubiera sido tan obstinada, aquellos primeros años habrían sido más fáciles. Pero encontramos la forma de que lo nuestro funcionara. Lo mismo os pasará a Dante y a ti.

Cami sintió que se le aceleraba el pulso. Tal vez Bernadetta los había oído la noche anterior. Esa posibilidad hizo que se sintiera avergonzada.

–Anoche no probaste nuestro excelente vino –dijo la anciana, mirando con ternura a Cami–. No creas que no he visto las fotos tuyas con Dante en la inauguración del Tabor. Me gusta estar al corriente de lo que hace mi familia. Hay pocas cosas que mis chicos puedan ocultarme.

–Yo… No quiero que piense que tenía todo esto planeado. Todavía no me he recuperado de mi asombro.

Le caía bien Bernadetta. No sabía si soportaría que su única aliada le diera la espalda.

–Oh, querida, es imposible que alguien pueda aprovecharse de Dante. La única razón por la que Arturo lo consiguió fue porque habían estado muy unidos desde siempre –dijo la anciana, y su expresión se ensombreció al recordar a su nieto–. De hecho, tengo miedo de que Dante se venga abajo por lo que ha ocurrido entre ellos. Lo único que puede salvarle es tu perdón.

–Por favor, no me cargue con esa responsabilidad, Bernadetta.

–Si lo rechazas, si le niegas formar parte de la vida de su hijo, se sentirá culpable y se volverá aún más cínico. Ahora entiendo por qué en estos últimos años, después de que muriera Leo y tuviera que hacerse cargo de los negocios familiares, se volvió tan austero. Creo que corre el riesgo de convertirse en un amargado. No quiero que se distancie de mí ni de todos los que le quieren. Lo único que puede impedirlo es el amor.

–No me ama –murmuró Cami, apartándose un mechón de pelo de la cara.

–Todavía no. Solo hay una manera de que un hombre tan fuerte se mantenga firme: encontrando su punto débil. Te lo digo por experiencia.

–No soy como usted, Bernadetta.

–No, eres más valiente de lo que yo nunca he sido. ¿O acaso crees que alguna vez he intentado batir un récord esquiando?

–Ah, aquí estáis –dijo Dante entrando en el salón–. Deberíamos irnos ya.

Iba a llevar a su abuela a una reunión con los investigadores.

Bernadetta tomó de la mano a Cami y sonrió a su nieto.

–Dante, me has hecho la mujer más feliz del mundo. No sé cómo sería capaz de superar todo lo que está pasando sin algo tan maravilloso como una boda y un biznieto en camino.

Cami se quedó de piedra y Dante la miró como cuando Bernadetta los había animado a irse a esquiar. Luego, le dio un beso a su abuela.

–Me alegro de que estés contenta.

–Lo ha adivinado y no he sabido qué decirle –le explicó Cami unos minutos más tarde, a solas en el coche–. Lo siento.

–¿Por qué? Ahora ya podemos dormir juntos.

–¿No estás enfadado?

–Anoche te dije que quería casarme contigo. Has accedido antes de lo que pensaba. *Grazij, noni.*

–Todavía pienso que no es una buena idea.

Aun así, con el paso de los días, Dante le hizo cambiar de opinión. A pesar de lo difíciles que estaban siendo las reuniones, se mostraba solícito y protector con ella, y en cuanto tenían un rato libre, aprovechaban para hacer turismo. Había vuelto a surgir entre ellos la complicidad de Whistler y había empezado a hacerse falsas ilusiones.

Y las noches… ¡Oh, las noches! No tenía ninguna duda de que podía pasar el resto de su vida disfrutando de la unión de sus cuerpos desnudos.

De hecho, mientras los días se adentraban en el verano, había empezado a convencerse de que lo suyo tenía posibilidades. El médico le había confirmado que el embarazo iba según lo previsto y su hermano había comprado el billete para asistir a la boda y llevarla al altar. Había llegado a convencerse de que algún día, Dante la amaría como ella lo amaba a él.

¿Se estaría engañando? Las dudas la asaltaban cada vez que estaba sola, como en aquel momento, viendo fotos de vestidos de novia en la terraza. Levantó la vista de la tableta y disfrutó del paisaje del monte Etna, sintiéndose en medio de un cuento de hadas. Había aprendido a no creer en ellos, así que no acababa de entender cómo era posible que estuviera viviendo uno. ¿Cuánto duraría?

Estaba desesperada por encontrar la calma. Dante tenía muchos frentes abiertos en aquel momento, pero por muy ocupado que estuviera, siempre parecía alegrarse de verla. A veces aprovechaba

para tomarse un café con ella y, en más de una ocasión, un beso casto era el preludio de un revolcón sobre su escritorio. Aquella atracción física que sentía por ella alentaba sus ilusiones de un futuro en común.

Si el comentario hubiera procedido de otro de sus familiares, Dante no se lo habría tomado tan en serio, pero su tío Giorgio era asesor fiscal, uno de los hombres más sensatos e inteligentes que Dante conocía. Estaba casado con la cuarta hija de *noni* y nunca había mostrado preferencia por ninguno de sus muchos sobrinos. De hecho, siempre se mostraba neutral y era un excelente mediador.

–Dejando a un lado lo que ha hecho Arturo, este embarazo resulta muy conveniente.

–Es un poco tarde para consejos.

–¿Te has hecho la prueba de paternidad? Esta boda es muy precipitada. Tú nunca has sido impulsivo, Dante.

Era consciente de ello. Había ido a Canadá llevado por el impulso de compensar a Cami y a su familia por el delito de Arturo. También por el deseo de volver a verla, aunque dadas las circunstancias, no había creído que fuera a convencerla fácilmente para que se subiera a un avión y mucho menos para que se acostara con él. Su embarazo le había resultado muy conveniente porque le había permitido establecer la relación íntima que quería o, mejor dicho, que necesitaba. Aquello lo asustaba.

–Ni siquiera estás seguro de que ese bebé sea tuyo. Nos arriesgamos a perder mucho. Hazte un test de paternidad y espera a que Arturo sea condenado antes de casarte con ella. No eres responsable de sus actos, tan solo de los tuyos. No te dejes engañar por las apariencias.

Aquello le dolió porque era verdad. Nunca había sospechado del comportamiento de Arturo porque nunca se había imaginado que fuera capaz de traicionarlo. En vez de eso, había preferido creer que Stephen era el ladrón.

–Mantén los ojos abiertos –continuó Giorgio–. Aunque el bebé sea tuyo, cuestiónate sus motivos. No es un hijo fruto del amor.

–Entiendo tu punto de vista –dijo Dante, deseando que su tío se fuera–. Lo pensaré.

Una vez se fue, Dante se quedó mirando por la ventana a la espera de que Cami apareciera.

Lo que su tío no sabía era que Cami nunca le había mentido. Una y otra vez le había demostrado que era sincera y digna de su

confianza.

Se le perló la frente de sudor al recordar la primera vez que se lo había demostrado. Su primera vez. Había confiado en él como para entregarle su virginidad.

Había intentado saldar la deuda de su padre y, lo que había sido más sorprendente, cuando había descubierto que su padre era inocente, no se había enfadado con él. No le había ocultado que estaba embarazada y había accedido a casarse con él, a pesar de todo el daño que le había causado a lo largo de su vida.

En ningún momento lo había traicionado. Era la mujer más leal, íntegra y adorable que…

Por el rabillo del ojo vio una mancha azul. Su chófer estaba cargando la mochila de Cami en el coche.

«Demonios, no».

¿Qué podía decirle a Bernadetta, que lo sentía?

Apoyó el bolígrafo sobre el papel y a punto estuvo de escribir que no era tan valiente como ella, pero aquello solo la hacía sentirse más avergonzada por salir huyendo. ¿Qué se suponía que debía hacer, vivir de por vida esperando lo peor? No, no podía. Si no ponía fin a aquello de inmediato, otra cosa surgiría.

Siempre surgía algo. Prefería ser ella la que pusiera fin a lo que había entre ellos a implicarse más y que la ruptura fuera más dolorosa en el futuro. Bastante le dolía ya.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo? –preguntó Dante, irrumpiendo en la biblioteca.

Cerró la puerta con tanta fuerza que Cami se sobresaltó. Trató de erguirse en su asiento, pero, cuando Dante se inclinó sobre el escritorio mirándola fijamente, se levantó bruscamente.

–No hablo bien siciliano, pero he entendido lo suficiente. Quieres una prueba de paternidad. Muy bien –dijo arrojando el bolígrafo sobre la mesa–. No voy a casarme con un hombre que no me crea en una cosa así.

–¿Vas a permitir que una acusación infundada destroce la vida que estamos intentando construir? ¿Cuál de nosotros es el que tiene un problema de confianza?

–Venga ya, Dante, una acusación infundada lo tergiversó todo. Mi vida fue destrozada por una acusación infundada.

A pesar de las lágrimas de sus ojos, lo vio echar la cabeza hacia atrás como si acabara de recibir un puñetazo en la barbilla. Había emoción en su rostro. Algo que parecía desesperación asomó en sus

ojos.

–Y tú no me perdonas que creyera a mi primo antes que a tu padre.

¿Cómo era posible que pudiera soportar su dolor, pero no el de él?

–No es un tema de quién tiene que pedir perdón. Siempre quise creer que mi padre era inocente, a pesar de la evidencia. Entiendo muy bien por qué no se te pasó por la cabeza que podía haberlo hecho tu primo. Siempre queremos creer a las personas que amamos.

–Eso explica cómo te sientes, ¿no?

–Tú no me amas. Nunca creerás en mí, por mucho que intente demostrarte… –comenzó Cami, y tuvo que morderse los labios para tranquilizarse–. No puedo vivir así. Si no crees en mí, no puedo confiar en lo nuestro. No construyo castillos en el aire.

Rodeó el escritorio y se dispuso a abandonar la habitación.

–Te quiero.

–No, por favor, al menos seamos sinceros entre nosotros.

–¿Crees que mentiría en algo así? –dijo Dante tomándola de los hombros y obligándola a darse la vuelta para mirarlo–. Debería habértelo dicho en Whistler, pero ¿crees que sabía reconocerlo? Nunca antes había sentido algo así. Todavía me cuesta asumir que pueda sentir algo tan apasionado e intenso.

–Dante, nunca en mi vida he conocido los finales felices. No quiero hacerme ilusiones y empezar a creer en lo que me ofreces para luego ver que todo desaparece. Tengo que irme antes de que me resulte imposible superarlo.

–Ya es demasiado tarde, nos destrozaría a ambos.

Cami empezó a llorar y Dante la atrajo contra su pecho y la besó en la frente.

–Es culpa mía –continuó él–. Tienes que darme la oportunidad de demostrarte que tenemos un futuro en común.

–El pasado siempre podrá destruirnos. No puedo vivir así, a la espera de que pase algo. No puedo construir algo y luego perderlo, no lo soportaría.

–¿Así que prefieres tirarlo todo por la borda? No, escúchame. No somos enemigos, estamos hechos el uno para el otro. Si te vas hoy, con el tiempo volveremos a encontrarnos. Es inevitable. Tu padre me invitó a ir a verte esquiar, ¿lo sabías? Puse una excusa. Si no hubiera pasado nada, un día habría ido a verte, te habría conocido y me habría enamorado de ti porque eres increíble y maravillosa.

–Tenía catorce años.

–Te habría esperado. De hecho, sin saberlo, te he estado esperando todo este tiempo. Tú tampoco encontraste a nadie. Sí, nuestros caminos se cruzaron en circunstancias difíciles, pero lo importante es que nos encontramos. ¿Qué probabilidades había de que eso ocurriese? ¿Y de que nos enamorásemos después de todo este lío? Nuestros sentimientos son muy fuertes y eso nos asusta. Tenemos que darnos tiempo para que la confianza se afiance entre nosotros. Sé que es difícil, pero aunque te cueste creer en mí, tienes que creer en nosotros.

–¿De veras crees que puedes olvidar… todo? –preguntó Cami mirándolo a los ojos.

–Lo hice la primera vez que te besé en Whistler. ¿Y tú?

–Es lo que quiero.

–¿Porque me amas?

–Sí, te amo.

–Me asombra tu capacidad para perdonar –dijo Dante muy serio–. Tienes un corazón muy generoso. No te fallaré nunca y voy a demostrártelo.

A continuación fue a besarla, pero Cami se lo impidió poniéndole una mano en el pecho.

–¿Y la prueba de paternidad?

–Sé que ese bebé es mío, pero no iba a decirle a mi tío que recordaba muy bien, con todo lujo de detalles, el momento exacto en el que lo habíamos engendrado. Lo único que siento es que ese día estabas enfadada conmigo. Pero ya estabas enamorada de mí, Cami. No me cabe ninguna duda de que ese niño es hijo mío.

Dante le acarició el vientre y ella se sonrojó, incapaz de contener las lágrimas.

–Aquel día nos arriesgamos y fíjate cómo nos ha unido el destino.

Con una sonrisa temblorosa, se puso de puntillas y dejó que el amor de sus labios absorbiera su alma. Una sensación de alegría y euforia la invadió, y unas lágrimas de felicidad rodaron por sus mejillas.

Tres semanas más tarde, tomaba del brazo a su hermano. Estaba muy guapo con un traje y ella había elegido un vestido de corte imperio para disimular su incipiente barriga.

–No quiero perderte –dijo Reeve con una tierna sonrisa–. Eres todo lo que tengo, pero se te ve tan feliz…

–Lo soy, Reeve.

La confianza entre Dante y ella era cada vez más sólida. Había encontrado por primera vez en su vida adulta la tranquilidad que

tanto había ansiado.

Un rato más tarde pronunció sus votos, mirando a los ojos a su marido. No temía el futuro y así se lo dijo esa misma noche en la suite nupcial, a la luz de las velas.

–No sé cómo será nuestra vida dentro de diez años, pero estoy deseando averiguarlo.

Dante la envolvió entre sus brazos y se besaron sin prisas, con ternura, dejándose llevar por las emociones. Como de costumbre, se dedicó en cuerpo y alma a proporcionarle placer. Cada roce, cada beso, cada caricia tenía un nuevo sentido.

Entre ellos había compromiso, entrega y amor, mucho amor.

Epílogo

DANTE sostuvo en brazos a su hijo, Leo, hasta que se quedó dormido. Luego, lo metió en su cuna.

Aquella tarde se había ocupado de bañarlo y ponerle el pijama sin que Cami interviniera. Después, le había leído un cuento y lo había mecido en sus brazos hasta que el pequeño había dejado caer la cabeza sobre su hombro.

Leo no estaba enfermo ni alterado. Era Dante el que había tenido un mal día. Arturo había sido sentenciado y enviado a prisión.

Dante había llegado a casa agotado y hundido, y había buscado consuelo en su hijo. Cami había hecho todo lo posible por mantenerse al margen. Sabía que el amor inocente, incondicional y puro de un niño era sanador. Cada vez que a ella le asaltaban sus fantasmas, miraba a su hijo y volvía a enamorarse de su marido por haberle dado aquel niño.

Había sido una semana larga y difícil, y no le había dado la noticia. No se habían planteado tener otro hijo y no sabía cómo se lo tomaría. No había querido preocuparlo con más cosas. Quizá fuera un poco egoísta por su parte, pero no quería que algo que tanta felicidad le deparaba se viera mezclado con algo que solo le causaba dolor.

Dante se volvió y vio que lo estaba observando desde la puerta de la habitación de Leo, con una sonrisa comprensiva en los labios. Intercambiaron una mirada cómplice y, al salir, la tomó de la mano y la condujo hasta el dormitorio.

Cami sintió que el corazón se le salía del pecho como le pasaba cada vez que la tocaba. Una cálida sensación la invadió. Había llegado su turno. En aquel momento era a ella a la que necesitaba.

Nada más cerrar la puerta de su habitación, Dante la tomó entre sus brazos. Su urgencia disparó el deseo de Cami y sus bocas se fundieron en un apasionado beso. De manera frenética y desesperada le hizo el amor contra la pared y ambos explotaron al

unísono entre jadeos.

–He sido más brusco de lo que pretendía –dijo él entrecortadamente.

Luego la hizo rodearlo con las piernas por la cintura y se dirigió a la cama.

–No me importa –replicó ella, y lo besó en la mejilla–. Me gusta saber que no puedes resistirte, que todavía te hago perder el control.

–Pero estás embarazada. Debería ser más cuidadoso.

La dejó sobre la cama y se colocó sobre ella.

–¿Cómo lo sabes?

–¿Crees que no conozco tu cuerpo tan bien como tú?

–No sabía si estarías preparado para tener otro hijo.

–Más que preparado, lo estoy deseando, ¿tú no? ¿Es por eso por lo que no me lo habías contado?

–Estoy muy contenta, pero no sabía cómo te tomarías la noticia después de todo por lo que has pasado esta semana.

–Las buenas noticias han sido las que me han dado fuerzas. Ahora más que nunca, necesito sentirte muy cerca. No quiero que el pasado se interponga y renuncies a lo nuestro.

–Nunca haría eso.

–Lo sé. Yo tampoco. Te quiero.

–Yo también te quiero, así que repitámoslo. A ver si esta vez duras un poco más que antes.

–Me lo tomaré como un desafío, *bedduzza* –dijo Dante, y se dispuso a demostrarle de lo que era capaz.